

LEONA KARR

*Herencia
maldita*

e lit

LEONA KARR

*Herencia
maldita*

e^{lit}

HERENCIA MALDITA

Leona Karr



 HARLEQUIN™



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2003 Leona Karr. Todos los derechos reservados.
HERENCIA MALDITA, N° 57 - julio 2017
Título original: Semiautomatic Marriage
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.
Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2004.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9170-003-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla

Créditos

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Si te ha gustado este libro...

1

Carolyn Leigh miraba con los ojos muy abiertos a los dos hombres que estaban sentados frente a ella, en la mesa del despacho de abogados.

—Creía que esta reunión era para hablar sobre mi benefactor anónimo, el que ha estado sufragando mis estudios de medicina a través de este bufete de abogados.

—Bueno, en cierto modo lo es —le aseguró el señor Bancroft, el abogado de mayor edad, un hombre de pelo gris, mientras se ajustaba las gafas sobre la nariz con el dedo índice.

—¿Tengo que devolver el dinero? —preguntó ella sin alterarse, intentando que no se le notara la aprensión en la voz. No podía permitirse tener más deudas. Acababa de licenciarse hacía un mes, y estaba intentando encontrar un trabajo a tiempo completo lo antes posible para pagar todo lo que ya debía.

—No. La beca era suya, y no tiene que devolver nada —le dijo el abogado—. La noticia que tenemos que darle es buena.

Carolyn se puso tensa. ¿Buena? Había crecido sin familia propia, enfermiza y acogida en diferentes casas, sin encontrar ningún lugar permanente ni satisfactorio. Incluso en aquel momento, cuando ya era una adulta que se las había arreglado para terminar la carrera de medicina trabajando al mismo tiempo, durante seis años, sintió que una angustia conocida le atenazaba el estómago. Todavía tenía pesadillas acerca de ser una niña indefensa, arrojada de una experiencia traumática a otra. Siempre se había sentido como un peón en un diabólico juego de ajedrez. «Ya empezó de nuevo», pensó, intentando prepararse para resistir cualquier cosa que fuera a chocar de lleno con sus planes.

Desde el primer momento en que Carolyn había entrado en el despacho, había tenido la sensación de que los dos hombres tenían dudas, de que no sabían exactamente cómo proceder. Solo había visto al mayor de los dos, William Bancroft, en una ocasión anterior, y no conocía al más joven, Adam Lawrence. Bancroft se lo había presentado mencionando únicamente el

nombre, sin decirle por qué estaba allí ni quién era. Ella supuso que era un socio joven del bufete.

Le ofrecieron café con amabilidad, pero ella lo rechazó.

—Muy bien. Entonces, ¿por qué no empiezas a explicar la situación, Adam? —sugirió Bancroft—. Después nos ocuparemos de los detalles legales.

El joven, moreno y guapo, le sonrió, y entonces ella se fijó con más atención en sus rasgos marcados, su piel ligeramente bronceada y el hoyuelo que tenía en la barbilla. Debía de tener unos treinta años. Entrecerró ligeramente sus ojos azul grisáceo, como si estuviera buscando el modo más apropiado de empezar. A Carolyn se le aceleró el corazón mientras esperaba a que empezara a hablar. ¿De qué se trataría todo aquello?

—¿Ha oído hablar de Arthur Stanford? —le preguntó, en tono relajado, y volvió a sonreír como si se hubiera dado cuenta de que ella estaba muy tensa.

—No —respondió Carolyn con su sinceridad habitual.

Él pareció sorprenderse un poco de su franqueza.

—¿Y sobre Horizon Pharmaceuticals?

—Por supuesto que sí. Todo el mundo que esté relacionado con la medicina ha oído hablar de Horizon. Es uno de los mayores fabricantes de medicamentos del noroeste del país, creo.

Él asintió.

—Exacto. Arthur Stanford era el propietario de Horizon Pharmaceuticals. Ha muerto hace muy poco tiempo.

—¿Y hay alguna razón por la que yo tenga que saber eso? —probablemente, la muerte de aquel hombre habría sido anunciada en los medios de comunicación, pero ella había estado demasiado ocupada estudiando como para leer el periódico. Algo acerca de aquella reunión la había puesto a la defensiva, algo que no entendía. Durante su vida, había aprendido a protegerse de cualquier golpe que pudiera sobrevenir, así que se preparó mentalmente.

—La ayuda económica que usted ha estado recibiendo venía de Arthur Stanford. Él dispuso que se le hiciera llegar mensualmente a través del despacho del señor Bancroft.

—¿De verdad? —preguntó ella, totalmente asombrada.

—Sí, de verdad.

A menudo, Carolyn se había preguntado quién le habría concedido aquella

beca ininterrumpida, y había supuesto que se trataría de una organización y no de un individuo. La verdad era que había solicitado todas las becas que se ofrecían en la facultad, y nadie se había quedado más sorprendido que ella cuando el director del departamento la había llamado para comunicarle que había sido elegida por un benefactor anónimo y que le había concedido una generosa asignación.

—Siempre he estado muy agradecida por esta beca —admitió ella rápidamente—. Me habría costado dos o tres años más terminar la carrera si no hubiera sido por ella. Mi asignación era muy generosa, más que la mayoría de las otras. ¿Es que el señor Stanford ayudaba a muchos estudiantes?

—No. Usted es la única.

—¿La única? —repitió con incredulidad—. Pero, ¿por qué? Quiero decir, ¿por qué soy yo la afortunada?

Adam dudó. No estaba seguro de cómo continuar. Bancroft había insistido en que fuera él el que le dijera la verdad y él había accedido rápidamente, pero la doctora Carolyn Leigh no era lo que él se había esperado. Para empezar, era muy atractiva: tenía rasgos pequeños, suaves, los labios gruesos, los ojos azul claro y el pelo del color de la miel. Ni siquiera su sencilla blusa rosa de verano y su falda azul marino disimulaban la exuberancia de su cuerpo esbelto y bien formado, que podría quitarle cualquier idea de la cabeza a un hombre con mucha facilidad.

Y aunque solo se habían visto durante unos minutos, él ya se había dado cuenta de que había mucho más que su atractivo físico. Era una persona dura y se notaba que tenía gran capacidad de recuperación. Adam estaba seguro de que sería capaz de poner a cualquier hombre que le lanzara una mirada lasciva en su sitio, con una palabra afilada o alguna pulla bien clavada. No le resultaba difícil imaginársela con la bata blanca de médico y un estetoscopio colgándole del cuello, al lado de la cama de un paciente inquieto, manejando la situación con habilidad y encanto.

No. Ella no era como se la había esperado. Se preguntó si no estarían llevando mal toda la situación, pero no le quedaba otro remedio que continuar y ser tan sincero como le fuera posible.

—Que recibiera una beca tan generosa no fue algo casual —le explicó—. Verá, Carolyn, Arthur Standford tenía un interés personal en usted.

—¿Y cómo es posible? Ya le he dicho que no lo conocía de nada —

respondió ella con firmeza—. Nunca había oído su nombre, que yo sepa. Y no tengo ninguna razón para creer que él pudiera tener un interés especial en mí.

Claramente, ella no iba a aceptar la verdad hasta que tuviera más hechos en los que apoyarse. Adam pensó que aquel rasgo tan fuerte de su personalidad podría causar estragos en sus planes. Intentó mantener un tono neutral, como si estuvieran hablando sobre algo que no fuera a cambiar su vida para siempre.

—¿No es cierto, Carolyn, que usted ha crecido sin familia y sin saber quién la abandonó siendo un bebé?

Ella asintió. Su origen desconocido había sido como una piedra colgada del cuello desde que había tenido la edad suficiente como para entender el significado de la palabra huérfana. Siempre la habían tratado como a alguien que no le pertenecía a nadie, ni a ningún lugar. Desde muy pequeña había aprendido a hacerse camino en el mundo por sí misma, y en lo que a ella concernía, aquello no iba a cambiar.

—No entiendo qué importancia puede tener mi pasado en todo esto —dijo, y levantó la barbilla al mirarlo—. ¿De qué se trata?

—Carolyn, sé que lo que voy a decirle va a ser una fuerte impresión para usted. Supongo que no hay forma de prepararla para la noticia, así que se lo diré directamente —Adam tuvo el estúpido impulso de levantarse y tomarle la mano, pero no lo hizo. Ella habría rechazado el gesto—. Carolyn, Arthur Stanford tenía un interés muy personal en usted, porque era su abuelo.

Abuelo. La palabra explotó en la mente de Carolyn como una granada. Intentó decir algo, pero los labios no le respondían. Casi instantáneamente, sacudió la cabeza para negarlo. No era cierto. No podía ser cierto. Con un gran esfuerzo, consiguió hablar.

—¿Me está diciendo que el dinero que he estado recibiendo era de Arthur Stanford y que él era mi abuelo?

Él asintió.

—Exactamente. No hay ninguna duda. Usted es la nieta de Arthur Stanford.

Durante toda su vida, Carolyn había soñado con tener a alguien de su misma sangre, había deseado saber cuáles eran sus genes familiares. Había luchado contra el sentimiento de soledad, y mientras miraba la cara tranquilizadora y los ojos amables de Adam, estaba suplicando en silencio:

«Por favor, que sea cierto».

Él debió de leer la súplica en la expresión de su cara, porque sonrió y le tomó la mano. El contacto cálido hizo que Carolyn se sintiera un poco más segura y que empezara a creer lo imposible.

—Aquí hay un informe completo —le dijo Bancroft, alargándole una carpeta a Carolyn.

Los dos hombres se quedaron en silencio mientras ella lo leía.

Por primera vez en su vida, Carolyn desentrañó el misterio de su nacimiento. Su madre, Alicia Stanford, era una niña de dieciséis años cuando descubrió que estaba embarazada y huyó. Los esfuerzos de su familia millonaria por encontrarla fueron en vano, y terminaron un año más tarde, cuando ella regresó a casa con una enfermedad terminal. Se negó a decir qué había ocurrido con el bebé y no quiso identificar al padre. Aparentemente, la familia no había hecho nada por encontrar a la criatura perdida hasta hacía unos pocos años. Carolyn leyó en el informe que justo cuando empezaba la carrera de medicina, los detectives privados contratados por su abuelo viudo la encontraron, y el millonario empezó a sufragar sus estudios.

—¡Él supo durante seis años que yo era su nieta! —la incredulidad dio paso a la desilusión. Las lágrimas amenazaban con derramársele por las mejillas—. ¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué me lo ocultó?

—No lo sabemos —respondió el abogado—. Cuando su abuelo lo dispuso todo para que le hiciéramos llegar la asignación, insistió en que todo fuera completamente secreto.

—Él recibía continuamente informes sobre usted —apuntó Adam—. Sabía que empezó a trabajar para la empresa Champion Realty and Investments justo al terminar el bachillerato, y que podría haber ascendido en esa firma. Según todos los informes, usted podría haber tenido una carrera tan brillante en el mundo de los negocios como en el de la medicina, Carolyn.

Bancroft carraspeó.

—Y todo esto nos lleva a los asuntos legales. La buena noticia. El testamento.

Los dos hombres la miraron de una forma que hizo que se le cortara la respiración.

—¿Me ha dejado algo?

Adam no pudo evitar chasquear la lengua.

—Más que algo, diría yo.

Bancroft sonrió resplandeciente.

—Arthur Stanford hizo un nuevo testamento pocos meses antes de morir. Carolyn, usted es la principal heredera.

El abogado le explicó a Carolyn que Stanford le había dejado el cincuenta y uno por ciento de Horizon Pharmaceuticals, su elegante mansión y una considerable fortuna.

Ella los miró sin dar crédito con los ojos abiertos como platos. ¿Qué clase de broma macabra era aquella? Ella nunca había creído en los cuentos de hadas, y verdaderamente, tampoco creía aquella historia. Tenía que ser un engaño. Una manipulación cruel.

Adam se dio cuenta de que ella estaba enrojeciendo por momentos, y se apresuró a explicarle:

—Es cierto, Carolyn. Su abuelo murió hace unas semanas, y dejó todos sus asuntos bien atados. Solo hubo que hacer algunas verificaciones antes de decírselo a usted.

—¿Y usted se espera que yo crea que Arthur Stanford me dejó a mí la mayor parte de su fortuna, en detrimento de otros? ¿A su nieta desconocida?

—Sí, Carolyn. Eso es exactamente lo que ha sucedido.

—¿Y qué ocurre con las personas que formaban parte de su vida? —preguntó ella, mientras conseguía mantener sus emociones bajo control haciendo uso de la lógica. Quería hechos. No iba a fiarse de nadie, ni a aceptar aquel cuento de Cenicienta que le estaban contando—. Tendría otras personas cercanas, ¿no?

—Sí —respondió Bancroft rápidamente—. Tenía un hijo, el hermano mayor de su madre, Carolyn. Se llama Jasper. También se le menciona en el testamento, pero no ha heredado tanto.

—¿Y por qué iba a hacer eso Arthur Stanford? Quiero decir, no entiendo por qué no le dejó a su hijo la farmacéutica y todo lo demás.

Fue Adam el que respondió.

—Quizá porque Jasper ha llevado ya dos empresas a la quiebra, y su padre tuvo que sacarlo de apuros. Obviamente, Stanford no quería que le ocurriera lo mismo a Horizon.

—¿Y no hay nadie más? —preguntó ella, con la boca seca.

—No tenía más parientes de sangre, aparte de Jasper. Usted es la única —respondió Bancroft—. Jasper es científico, y trabaja en los laboratorios de Horizon. Su abuelo le dejó algunas acciones, pero usted tiene el control de la

mayor parte. Jasper no está casado, pero tiene una relación de muchos años con Della Denison, una mujer de negocios muy eficiente y capaz, que también trabaja en la empresa. Viven en la mansión de Stanford, con los dos hijos de Della, de unos veinte años —hizo una pausa—. Parece que su abuelo lo aprobaba.

—Pero podría no resultar agradable cuando usted vaya a vivir allí —le advirtió Adam—. Recuerde, Carolyn, que usted será quien decida los cambios que haya que llevar a cabo. Todo se ha dejado en suspenso desde que murió su abuelo.

—Hasta que todos los asuntos legales estén resueltos —dijo Bancroft—, lo arreglaré todo para cubrir sus necesidades económicas más inmediatas —y mientras él continuaba explicándole los detalles del testamento, las dudas de Carolyn empezaron a disiparse y empezó a hacerse un montón de preguntas.

Adam se inclinó hacia ella y esperó a que sus miradas se cruzaran antes de decirle:

—Es muy importante que le informe de algunos hechos inquietantes, Carolyn, antes de que ocupe su lugar de heredera.

Heredera. Aquella palabra carecía de significado para ella. Nunca había tenido dinero suficiente ni siquiera para cubrir sus necesidades mensuales. Su coche de segunda mano tenía más de cien mil kilómetros, y en aquel momento todavía estaba en paro.

—La muerte de su abuelo ha sido una sorpresa para todo el mundo —le dijo Adam—. Una desgracia.

—¿Estaba enfermo? —le preguntó, deseando haber podido estar a su lado. Sus conocimientos de medicina quizá habrían podido ser útiles si hubiera podido cuidarlo.

La forma en que Carolyn lo miraba, completamente impaciente, hizo que Adam tuviera el deseo de poder darle algo más que hechos objetivos. Sabía que ella estaba a punto de llevarse otra fuerte impresión.

—No. No murió por causas naturales. Siento mucho tener que decirle que su abuelo fue atropellado y el conductor se dio a la fuga.

Ella se lo quedó mirando fijamente, con un nudo en la garganta. Quizá su abuelo tuviera planeado revelar la verdad, presentarse ante ella, pero murió antes de hacerlo. Tuvo un sentimiento de pérdida incluso más intenso que antes, al saber cómo había sucedido.

—Stanford murió en uno de los barrios del puerto, en los muelles, y hay

muchos interrogantes acerca de si su muerte fue un accidente o no.

Al principio, ella no asimiló aquellas palabras. Después dijo, sin poder creerlo:

—¿Quiere decir que alguien lo atropelló deliberadamente?

—No lo sabemos. Por eso estoy aquí, Carolyn —se metió la mano en el bolsillo y sacó una placa de metal—. Soy agente federal, y, entre otras cosas, tengo la misión de investigar la sospechosa muerte de su abuelo.

—¿Usted no es abogado? Yo creía que...

—Trabajo para la Agencia de Medicamentos y Alimentación del Gobierno Federal. El señor Bancroft me pidió que estuviera presente en esta reunión porque él sabe que estoy investigando el caso de Arthur Stanford. Y ya que usted es su principal heredera, puede ayudarme mucho.

—¿Ayudarlo? ¿Cómo?

—Usted podrá conocer con facilidad todos los asuntos de la familia y de la empresa.

Ella dejó escapar una carcajada temblorosa y sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea de lo que piensa usted, pero yo necesito más tiempo e información antes de enfrentarme a esto —dijo, y se levantó—. Lo siento, señores, pero me da vueltas la cabeza. Van a tener que disculparme.

—Sé que todo esto es demasiado para asimilarlo tan rápido —convino Adam al instante—. Pero el tiempo es muy importante, Carolyn. Odio tener que presionarla, pero...

—Yo nunca tomo una decisión bajo presión, señor Lawrence. Tendrá que esperar —ella habló en tono profesional, mientras intentaba controlar los latidos de su corazón desbocado.

Una heredera. Una mansión. Horizon.

Sonrió mecánicamente y salió de la oficina. Quizá pudiera fiarse de ellos, pero sus emociones estaban tan alteradas que no estaba segura. ¿Sería cierto que su abuelo la había encontrado? Quería creer lo increíble, pero su intuición era, en aquel momento, como una antena intentando captar las ondas. Era evidente que el guapísimo Adam Lawrence quería llegar a algún tipo de acuerdo con ella. ¿Cuáles eran sus planes? ¿Y por qué lo habría invitado Bancroft a la reunión? En un par de ocasiones ella había respondido instintivamente a su sonrisa y al roce de su mano, pero en aquel momento se preguntaba si él no habría estado manipulando deliberadamente sus sentimientos.

Con un hervidero de pensamientos en la cabeza, cruzó el aparcamiento hasta su coche. Le temblaban las manos mientras abría la puerta. Después de sentarse tras el volante, se quedó allí sentada durante un minuto. Necesitaba llegar a casa, leer todos aquellos documentos legales de nuevo, entrar en Internet y reunir cuanta información pudiera sobre Horizon Pharmaceuticals. Poco a poco, su enfoque analítico de las cosas fue dominando sus emociones.

Giró la llave de contacto, pero el motor no se encendió. Después de intentarlo varias veces, le dio un golpe al volante con exasperación. El vehículo había estado dándole problemas durante todo el último mes, pero ella había estado intentando posponer el gasto de la reparación el mayor tiempo posible.

Lo intentó de nuevo y murmuró un juramento. La ironía de la situación se hizo evidente cuando miró a través de la ventanilla y vio a Adam Lawrence caminando a través del aparcamiento hacia su coche. Por la expresión de su cara estaba claro que había oído el ruido de sus intentos de poner en marcha el motor.

Carolyn no tuvo otro remedio que bajar la ventanilla y asentir cuando él le preguntó cordialmente:

—No arranca, ¿eh?

Su sonrisa solo consiguió hacer que ella se sintiera más irritable.

«Una deducción muy brillante. ¿Serán todos los agentes federales tan intuitivos?»

—¿Quiere... quieres que lo intente yo? —se ofreció él, intentando acercarse más a ella.

—Gracias, pero no es necesario —no quería prolongar más la situación embarazosa. No hacía falta un mecánico para saber que su viejo coche estaba listo para la chatarrería. No sabía si dejarlo allí mismo y tomar un autobús hasta su casa. Después podría averiguar si su seguro cubría aquella avería—. Creo que voy a esperar un poco, simplemente.

—¿Y qué te parece que te lleve a casa? Después puedes llamar a alguien para que se ocupe del coche.

—No tienes por qué tomarte esa molestia —respondió ella rápidamente.

—No es una molestia. Dime cómo llegar a tu casa. Yo todavía estoy intentando conocer Seattle.

Adam vio una sombra de indecisión en su mirada, pero le pareció que tenía la tentación de aceptar su ayuda. Aquel coche parado podría ser una

bendición. La forma repentina en la que ella se había marchado de la reunión le había dejado preguntándose cómo retomar el contacto con ella. Era muy importante actuar con rapidez para conseguir su ayuda. Se sintió aliviado cuando, por fin, ella asintió.

Cuando caminaban hacia el coche de Adam, él hizo un comentario superficial sobre el cielo cubierto de nubes.

—Aquí llueve más en una semana que en toda la estación en mi ciudad.

—Los lugareños le llaman el sol líquido —le informó ella, con una sonrisa vaga.

—Yo me crié en Nuevo México. ¿Has estado alguna vez allí?

—No, pero no creo que me gustara —le respondió ella, con franqueza—. Echaría de menos la lluvia.

Él se dio cuenta, por la expresión pensativa de su rostro, de que su mente estaba en cualquier otro lugar. Y no podía culparla por ello. Conocer la identidad de su abuelo le habría resultado una profunda impresión, pero la herencia era algo que podía hacer que cualquiera se quedara de piedra. Por sus informes sobre ella, Adam sabía que tenía una voluntad férrea que había marcado su trayectoria en la vida. La inocencia y la sensación de vulnerabilidad que transmitía eran engañosas. No le resultaría fácil conseguir que se prestara a ayudarlo con sus planes.

Cuando se sentó a su lado en el coche, él percibió toda su feminidad, las formas y las curvas suaves de su cuerpo. La blusa de verano le moldeaba con exactitud los pechos, y los dos botones desabrochados de la camisa dejaban ver su largo cuello. Una suave fragancia de flores le cosquilleaba en la nariz, y se dio cuenta de que había estado sin compañía femenina durante demasiado tiempo.

Ella le dio la dirección de su casa, le explicó cómo llegar y se pusieron en marcha. Por el camino, Adam le contó un par de anécdotas que le habían ocurrido intentando encontrar diferentes direcciones en países extranjeros.

—¿Has viajado mucho? —preguntó Carolyn.

—En realidad, no. He viajado sobre todo por Sudamérica, y estuve viviendo en Brasil un par de años. Trabajaba como agregado judicial de la embajada de Estados Unidos, y coordiné algunas investigaciones antidroga.

—Ya veo. Y cuando volviste a los Estados Unidos, te hiciste agente federal.

—Sí.

Él se quedó silencioso, y Carolyn se dio cuenta de que algo había cambiado. Le había pasado una sombra de tristeza por los ojos, y ella notó que aquel asunto le resultaba doloroso por alguna razón. Se preguntó qué habría ocurrido en su carrera, y se acordó de lo intensa que había resultado su presencia en el despacho de Bancroft. Era evidente que el abogado le había pedido que estuviera allí, y ella lo había cortado en seco cuando había intentado explicarle su interés en la herencia repentina que ella había recibido.

—¿Es aquí? —le preguntó Adam mientras frenaba enfrente de una gran casa. Era de una viuda que le alquilaba a Carolyn el apartamento de arriba.

—Sí, esta es mi... casa —dijo, titubeando un poco al pronunciar aquella palabra, mientras tomaba el pasador de la puerta. Todavía se sentía abrumada, pero estaba empezando a sentir una especie de indiferencia que disminuía su desconcierto.

—Carolyn, ¿podríamos hablar? Sé que debes de estar muy confusa con todo esto, pero realmente, necesito explicarle ciertas cosas. Por favor, ¿te importaría escucharme? Es muy importante. Hay ciertas decisiones que tomar.

—No estoy lista para tomar ninguna decisión —respondió ella con firmeza—. He leído cosas sobre gente que, de repente, recibe una gran cantidad de dinero, y se ve acosada por todo el mundo, y...

—Esto no es acerca del dinero —le dijo de manera cortante—. Es acerca del bienestar de mucha gente. Tu decisión de estudiar medicina habrá tenido algo que ver con tu dedicación a los demás, me imagino.

—No creo que mi dedicación tenga nada que ver —dijo ella, sin alterarse—. ¿No lo entiendes? Estoy demasiado asombrada como para comprender lo que significa todo esto. Necesito tiempo, información y la reflexión suficiente como para tomar alguna decisión. Y, realmente, no sé lo que esperas de mí.

—Lo entenderás si me das la oportunidad de explicártelo. Por favor, Carolyn. Simplemente, escúchame. Después, te daré el tiempo necesario para que te hagas a la idea de todo y pienses en lo que te voy a pedir.

Sus ojos grises tenían atrapada la mirada de Carolyn. Ella quería apartarla, pero no podía. Quisiera o no quisiera, iba a tener que enfrentarse a ello.

Se humedeció los labios.

—Muy bien. Pero no hablemos aquí, en el coche. Mejor será que entremos. Él asintió. Salieron del coche y fueron hacia la casa sin decir nada. Ella

notó su respiración cálida en el cuello mientras metía la llave en la cerradura y abría.

No había tenido tiempo de recoger ni ordenar la casa. Se había dormido y había tenido que salir corriendo hacia la cita con Bancroft, así que su apartamento estaba hecho un desastre. Carolyn se tragó las excusas y las explicaciones.

La casa tenía pocos muebles, casi todos de la casera. Había una vieja estantería llena de libros de medicina y papeles, y una mesa con un ordenador.

Mientras se sentaban, ella evitó la mirada de Adam. ¿Qué estaría pensando? ¿Por qué se había metido en su intimidad de aquella forma? De repente, fue muy consciente de su presencia masculina y de la forma en que llenaba toda la habitación. Él había dejado la americana en el coche y se había aflojado la corbata. Tenía el pelo negro y corto, y las cejas gruesas. Sus ojos grises eran deslumbrantes. Era muy alto y tenía los hombros y los brazos fuertes, y mientras él se acomodaba en el sofá, Carolyn se dio cuenta de que sus pensamientos habían ido a lugares a los que no quería llegar. Se dirigió a él en un tono lleno de energía, más de lo que hubiera querido.

—Muy bien. Ya estoy escuchando. ¿Por qué no me explicas de qué se trata?

Y, para su sorpresa, en vez de hablar, él se levantó y caminó hasta la ventana. Se quedó allí, mirando fijamente hacia fuera, y ella se dio cuenta de que estaba embargado por la emoción. Había visto muchos pacientes en el mismo estado mental, y se quedó callada, esperando a que él respondiera.

Después de un rato que le pareció una eternidad, repitió la pregunta.

—¿De qué se trata?

Él volvió al sofá.

—De Marietta.

—Marietta —repitió Carolyn.

—Mi mujer. La perdí. Tuvo una muerte cruel y dolorosa.

Ella conocía aquel sufrimiento. Lo había visto muchas veces. Estaba claro que aquel hombre tenía el alma llena de tristeza. Hasta aquel momento no habían conectado, pero de repente, lo vio desde una perspectiva diferente, y se sintió arrastrada hacia él de una forma que no comprendía.

—Lo siento muchísimo —le dijo, y se sentó en el sofá, a su lado.

Él la miró a la cara, como si estuviera buscando la sinceridad de sus

palabras mientras empezaba a hablar sobre sí mismo.

—Después de licenciarme en Derecho, empecé a trabajar en la embajada de Estados Unidos en Brasil. Marietta también trabajaba en la embajada, de traductora. Llevábamos casados solo unos meses cuando tuvo una infección y murió por un fallo del hígado, cuando un médico, sin saberlo, le administró un medicamento ilegal, que provenía del mercado negro —entonces, Carolyn vio que se le tensaba la mandíbula y que los ojos grises le brillaban como el acero—. Esa droga ilegal provenía de Horizon.

A ella se le encogió el estómago.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Las medicinas se producen por lotes —le explicó él—. Cada frasco tiene un número y el nombre de la farmacéutica que lo ha producido. El frasco de la medicina que mató a Marietta venía de Horizon Pharmaceuticals, pero cuando la Agencia Federal intentó probarlo, los archivos de la empresa demostraron que el lote con aquel número no había salido de sus laboratorios.

—Entonces, la medicina que tomó tu esposa tenía que ser una falsificación —dijo Carolyn, frunciendo el ceño.

—Eso es lo que creyeron las autoridades. Yo volví a Estados Unidos después de unos meses, y me encontré con que la investigación estaba paralizada. En realidad, es cierto que las organizaciones criminales que falsifican medicamentos usan frascos, etiquetas y cartones exactamente iguales que los auténticos.

—Así que, ¿Horizon dice la verdad?

—No. La razón es que es imposible producir una falsificación igual a un frasco de píldoras. Puede que el tamaño de las letras sea diferente, el color de la etiqueta varíe, la botella de plástico sea más o menos ligera, o la forma de las píldoras sea más redonda... Pero en esta ocasión, todo en el frasco de píldoras que mató a Marietta era exactamente igual que los que produce Horizon.

—¿Y cómo es posible que la compañía no lo tenga registrado?

—Durante los últimos años, muchos productos de Horizon han aparecido, a través del mercado negro, en países extranjeros, y hasta ahora no había habido forma de penetrar en la farmacéutica para investigar sus operaciones desde dentro.

Hasta ahora. La forma en que la estaba mirando le dejó claro a Carolyn lo que significaban aquellas palabras. Él tenía un plan, y sus siguientes palabras

lo confirmaron.

—Tú puedes proporcionarme una tapadera legítima para mi investigación. Si me pongo en situación de observar el trabajo de la empresa desde el interior, estoy seguro de que podré averiguar cómo salen a los mercados negros de otros países los medicamentos ilegales y no aprobados por la Agencia Federal de Medicamentos y Alimentación —le dijo, y le tomó la mano—. Por eso necesito tu ayuda. Tú puedes proporcionarme la coartada perfecta.

—¿Y cómo? —protestó ella—. No tengo ninguna experiencia en esto, y me tomará tiempo hacer ciertos cambios. Desentonarías terriblemente si yo intentara ponerte en cualquier puesto importante en Horizon.

—Lo sé. Por eso tenemos que arreglarlo de otra manera. Necesito algo que me proporcione acceso directo a todo el trabajo que se realiza en la empresa.

La fijeza con la que la miraba le dijo a Carolyn que ya había decidido cuál sería aquella coartada. Sintió que se le encogía el estómago.

—Cuando llegues por primera vez a Horizon, Carolyn, yo estaré a tu lado. Seré tu marido.

Ella se atragantó al tomar aire.

—¿Mi marido?

—Solo en apariencia —se apresuró a asegurarle él—. ¿Es que no te das cuenta? ¡Es la tapadera perfecta!

—¿Quieres que finjamos que eres mi marido? —su tono era una mezcla de incredulidad e indignación. Casi parecía que la idea le había hecho gracia.

—Bueno, no fingir, exactamente.

—Entonces, ¿qué, exactamente? —ella entrecerró los ojos al mirarlo y se quedó muy rígida a su lado.

Adam notó al instante que se había distanciado de él, y maldijo en silencio. Demonios. Le había planteado la cuestión de un modo erróneo. ¿Qué iba a hacer?

Se levantó y dio unos cuantos pasos por la habitación, hasta acercarse a la vieja estantería. Tenía la esperanza de poder manejar mejor la situación si no estaba tan cerca de ella como para poder sentir su respiración. Era muy consciente de su feminidad suave y cálida. En aquel momento tenía que poner las cartas sobre la mesa, y rápido. Por encima de todo, tenía que ser sincero con ella. Aquella mujer no iba a creerse cualquier cosa con los ojos cerrados.

—No sería todo fingido —le explicó, sin dejarse nada en el tintero—. Quiero decir que tendremos que cumplir todas las legalidades y convertirnos oficialmente en marido y mujer, por si acaso alguien decide investigar y pedirnos los papeles del matrimonio.

—Celebraríamos una ceremonia y nos casaríamos legalmente —dijo ella, haciendo un esfuerzo por mantener la voz calmada—. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Sí, pero entre nosotros, Carolyn, simplemente sería una especie de contrato de trabajo que se disolvería en cuanto terminara la investigación. Yo sería tu marido, pero solo sobre el papel.

—¿Como un contrato? ¿Un marido solo sobre el papel? ¿Y cómo funciona eso, exactamente? —le preguntó, arqueando una ceja.

—Bueno, en público tendríamos que actuar como una pareja feliz y...

—¿Como unos recién casados?

Él no pudo evitar soltar una risa irónica.

—Sí. Estaríamos desempeñando un papel, simple y llanamente.

—Unos cuantos besos y abrazos entre socios que no significarían nada. ¿Es así como funcionaría?

—Eso es. Sería solo de cara a la galería —respondió él, firmemente, pero su vista se fijó en los labios de Carolyn, en la delicada curva de su mejilla, y supo que tendría que mantenerse en guardia a cada momento, o desbarataría la pantomima. Ella tenía un cuerpo exuberante que invitaba a un hombre a acariciarla. Sintió un estremecimiento de deseo con solo pensar en apretarla contra su cuerpo y besarla. Tendría que tener mucho cuidado en no dejar que ella se diera cuenta de que la encontraba sexy, atractiva y deseable.

—¿Y cómo viviríamos? —preguntó ella, como si le estuviera leyendo el pensamiento—. Supongo que ante los demás tendremos que hacer algo más que actuar.

—La mansión de Stanford es lo suficientemente grande como para permitirnos toda la privacidad del mundo. Podríamos tener un ala de la casa para nosotros. Solo tendremos que interactuar con los otros cuando queramos su compañía —dijo, pero no añadió lo importante que sería para su investigación relacionarse con Jasper y Della, a causa de los puestos que ocupaban en Horizon.

—Supongo que lo tenías todo planeado.

—Es mi trabajo, y soy bueno en lo que hago —añadió, aunque sin engreimiento. Había desarrollado una impresionante carrera, tanto en Brasil como en los Estados Unidos.

—¿Y cuánto crees que podrá durar este matrimonio sobre el papel?

—Con suerte, será cuestión de semanas. Una vez que tenga acceso a los archivos informáticos de la empresa, podré reunir los datos necesarios para rastrear la pista de los embarques de medicinas ilegales —dijo, e hizo una pausa—. Hay otra cosa, sin embargo... —dudó, como si estuviera buscando las palabras más apropiadas—. Podría haber complicaciones si todo esto nos lleva a una investigación por asesinato por la muerte de tu abuelo.

—¿Asesinato?

—Ya te dije que el atropello y la huida del conductor fueron muy sospechosos.

Cuando él vio cómo el encantador rostro de Carolyn palidecía, se maldijo a sí mismo por haber sido tan insensible. Aquello era uno de los puntos negativos de ser agente federal. Uno se volvía muy duro ante cosas que

harían que una persona normal parpadease.

A ella le temblaron los labios ligeramente al preguntar:

—¿Crees que las actividades ilegales de Horizon y el atropello podrían estar relacionados?

—No lo sé, pero te prometo que haré todo lo que pueda para averiguarlo —dijo, y volvió a sentarse a su lado, en el sofá—. Mira, me siento muy mal por tener que presionarte de esta manera, pero si vamos a establecer las reglas de esta representación, tiene que ser ahora, antes de que cambies tu vida por la de Carolyn Leigh Stanford. Cuando conozcas a tu tío y a las otras personas que viven en la mansión, yo tendré que estar a tu lado, como tu marido. Tendrá que ser un matrimonio real.

—Mi... mi tío —ella repitió la palabra como si nunca la hubiera pronunciado antes—. ¿Lo conoces?

Por la forma en que abrió sus enormes ojos azules, él supo que de nuevo estaba yendo demasiado deprisa. La idea de tener un pariente vivo debía de resultarle tan asombroso como el resto de la situación.

—No, nunca lo he visto —admitió Adam—, pero sé que Jasper Stanford tiene unos cincuenta años y que ha vivido con tu abuelo durante toda la vida. Es científico, y trabaja en los laboratorios de Horizon. Nunca ha demostrado tener muchas aptitudes para hacerse cargo del aspecto financiero de la empresa. Como ya te he contado, llevó a la quiebra dos empresas propias con anterioridad. Jasper era el único hermano de tu madre. Tenía veintiséis años y estaba en la universidad cuando ella se escapó de casa, a los dieciséis. Tu abuela, la madre de Jasper y de Alicia, había muerto unos cuantos años antes que tu madre, y tu abuelo no volvió a casarse.

Adam hizo una pausa, intentando decidir cuál sería la mejor manera de explicarle a Carolyn cómo sería la situación que iba a encontrarse en la mansión cuando llegara.

—La novia de Jasper, Della, vive en la casa con su hija de veintitrés años, Lisa, y su hijo de veintiuno, Buddy. Era una situación que tenía la aprobación de tu abuelo.

«¿Y qué pasará si no me llevo bien con esa gente?», se preguntó Carolyn ansiosamente. ¿Y si ellos no la aceptaban? Notó que se le encogía el estómago. Tenía demasiados recuerdos de haber llegado a un hogar donde no era bien recibida, sino simplemente tolerada porque que ella estuviera allí representaba un beneficio económico para quienes la acogían. En aquella

ocasión las circunstancias eran muy diferentes, pero había una cosa igual: aquellas personas no iban a aceptar su presencia fácilmente.

—¿Mi abuelo los mencionó en su testamento?

—Jasper y tú habéis sido los principales beneficiarios. Estoy seguro de que el contenido del testamento de tu abuelo ha sido totalmente inesperado para ellos, y que tu aparición ha sido una gran sorpresa para todos.

¿Había un tono de advertencia en su voz? Ella se estremeció. Lo que se le venía encima a toda velocidad era demasiado. Necesitaba un descanso. Rápidamente, se puso de pie.

—No me he tomado mi segunda taza de café en el desayuno —dijo—. ¿Le apetece una?

La invitación no era precisamente hospitalaria ni cálida, pero él la aceptó gustosamente y la siguió a la pequeña cocina. Se sentó a la mesa y esperó.

—¿Con leche y azúcar? —le preguntó ella mientras tomaba un par de tazas del armario.

—No. Solo.

—Muy bien, porque no tengo leche —admitió ella con una sonrisa irónica—. Ir al supermercado no es uno de mis pasatiempos favoritos.

—Ni de los míos tampoco. Sabía que teníamos algo en común —añadió él en tono de broma, esperando una sonrisa. Pero cuando ella le tendió la taza, su expresión no era divertida.

En vez de sentarse, Carolyn se apoyó contra la encimera de formica, dándole sorbos al café. Incluso aunque estaban cerca físicamente, ella tenía la capacidad de estar muy lejos de él. Todos las señales corporales que le enviaba le decían que estaba procesando mentalmente la información que él le había dado. No le habría sorprendido que se hubiera marchado con su taza a la otra habitación sin prestarle ninguna atención.

Lo había estropeado todo. Había juzgado erróneamente a Carolyn Leigh. En el mismo instante en que ella lo había mirado, debería haber sabido que toda aquella suavidad femenina era engañosa. Arthur Stanford debía de conocer la fuerza de sus convicciones y de su carácter cuando decidió dejarle sus posesiones en herencia. Dudaba mucho que ella se dejara llevar por sus emociones o se dejara dominar por un marido, fingido o real. Si accedía a llevar a cabo su plan, sería una ayuda incalculable, pero si se negaba a considerar aquel matrimonio de conveniencia, no habría nada que hacer ni que decir para hacer que cambiara de opinión.

Se obligó a permanecer en silencio, dándole sorbos al café. Dejó vagar la mirada por la cocina y se fijó en la encimera, donde había un jarrón con unas flores de plástico y una fotografía enmarcada. Era la imagen de una anciana y de una niña rubia que no tenía más de ocho años. ¿Sería Carolyn? Debía de serlo.

—Sí, soy yo —dijo ella, sorprendiéndole al sentarse en la otra silla de la mesa de la cocina, a su lado.

—¿Y quién es la mujer? —preguntó él.

—Un ángel —el suave brillo de sus ojos se hizo más intenso al contestar su pregunta—. Hannah Lamm. Cuando yo era una niña de tres años, enfermiza y pálida, que no tenía ningún atractivo para ser adoptada por nadie, ella me llevó a su casa. Me crió durante mi infancia y me cuidó cuando estuve enferma. Estuve con ella hasta que tenía ocho años. Ella me salvó la vida. Mi salud mejoró, y también mi capacidad mental. Hannah me convenció de que yo tenía una buena cabeza para aprender. De alguna manera, consiguió meterme en la cabeza la idea de ser médico. Cuando ella murió, volví al orfanato con los niños a los que nadie quería, y cuando creía que ya no había nada por lo que mereciera la pena vivir, aquella fue la motivación que me hizo seguir adelante.

—¿Y te has mantenido sola durante todo este tiempo?

Ella asintió.

—Hannah me enseñó que las cosas se consiguen trabajando. Después de terminar el bachillerato, conseguí un trabajo a tiempo completo y tuve la suerte de dar con una buena empresa en la que aprendí mucho acerca de inversiones. Incluso después de empezar la universidad, seguí trabajando a media jornada. Algunas veces tuve la tentación de volver a trabajar en Champion Realty and Investments, porque me veía dentro de la empresa, pero por algún motivo tenía que demostrarme a mí misma, y a Hannah, que podía conseguir la licenciatura en Medicina.

—Y lo conseguiste. Felicidades. Tienes una licenciatura en Medicina y muchas otras cosas. Tu abuelo tenía una gran fe en ti, Carolyn, y debió de querer mucho a tu madre para dejarle casi todo lo que poseía a su nieta.

—Todo esto ha sido demasiado repentino. Todavía no puedo creérmelo —apretó los dedos alrededor de la taza—. ¿Cómo ha podido cambiar mi vida de una forma tan radical en tan poco tiempo?

—Así ocurre muchas veces, tanto para bien como para mal. En realidad,

nosotros no podemos hacer nada por evitar los cambios. Solo podemos intentar que nos resulte beneficioso o, simplemente, dejarnos llevar.

El tono de desafío era patente en su voz, pero ella no le hizo caso. No estaba lista para llegar a ninguna clase de compromiso. Necesitaba tiempo. ¡Tiempo! Miró al reloj de la cocina. Era casi la una en punto, y tenía que haber ido a la clínica a las doce y media.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, al ver la expresión de su cara.

—Es mi día de voluntariado en la Friends Free Clinic —se puso de pie rápidamente—. Se me había olvidado por completo. Y además, no tengo coche. Voy a tardar una hora en llegar en autobús.

—Bueno, si el mío funciona todavía, puedo acercarte.

Ella asintió.

—Gracias. Me sorprende que el doctor Mc Pherson no me haya llamado para chillarme. Es un viejales con malas pulgas que debería haberse retirado hace ya muchos años, pero no puede olvidar que hay gente necesitada en el mundo. Espérame un minuto, por favor, mientras voy por mi maletín.

—¿Y qué pasa con la comida? —le preguntó, como si no hubiera estado planeando presionarla para que comiera con él.

—Estoy acostumbrada a saltármela.

—Doctora, doctora, qué vergüenza —le dijo él, en tono burlón.

Entonces ella dejó escapar una carcajada maravillosa que le arrugó la nariz, y le brillaron los ojos cristalinos. Era preciosa. Vibrante. Deseable. Él se había quedado asombrado al darse cuenta, de repente, de que Carolyn Leigh estaba a punto de sacar a la superficie unas emociones que él había guardado en lo más profundo de su alma, y que pensaba que nunca recuperaría. No podía permitirse el lujo de tener aquellos sentimientos. En primer lugar, Carolyn estaba a punto de emprender una nueva vida de millonaria, con dinero y prestigio, y tener una aventura con ella no llegaría a ninguna parte. En segundo lugar, cualquier sentimiento podría dar al traste con su plan de fingir el matrimonio de conveniencia, que era vital para el éxito de su misión. Sería una idiotez sentirse atraído por ella.

Carolyn le indicó cómo llegar a la clínica. Estaba en un viejo edificio que había sido la escuela del barrio. La casa era muy vieja y necesitaba una buena reforma, pero el primer piso estaba acondicionado y amueblado.

Cuando Carolyn abrió la puerta del coche, empezaba a caer una suave lluvia.

—Mil gracias —le dijo rápidamente, mientras se preparaba para salir corriendo hacia la puerta de la clínica.

—Carolyn, ¿vas a pensar en lo que te he dicho?

—Yo... Estaremos en contacto.

Por la forma en que la miraba, Carolyn supo que él estaba esperando un compromiso más fuerte por su parte, pero en aquel momento ya le había dado todo lo que podía. Él sabía que, si la presionaba más, solo obtendría una respuesta negativa.

—Podría llevarte a casa, más tarde.

—Gracias, pero cuando la clínica cierre, alguien me llevará.

Mientras corría hacia la puerta, Carolyn sentía la mirada de Adam clavada en la espalda. ¿Por qué no le habría dicho que no iba a acceder a aquel juego? Se sentía solidaria con él por la pérdida que había sufrido y admiraba su dedicación, pero no estaba hecha para el juego del engaño. Fingir que era su mujer y abrirse a todo tipo de sentimientos nuevos era más de lo que ella podía controlar.

—Pero, ¿quién es ese guapo tipo que ha conseguido que llegaras tarde? —le preguntó Rosie DiPalo a Carolyn, mientras entraba a la recepción. Había estado mirando por la ventana hacia el coche de Adam—. No me digas que nuestra flamante doctora va a echar a volar.

—Siento desilusionarte, Rosie. No va a pasar nada. Llego tarde porque he tenido una reunión de trabajo. Y mi coche no arrancaba. ¿Crees que tu hermano podrá hacerse cargo de llevarlo hasta su taller?

—Claro —dijo Rosie, y apuntó la dirección que le dio Carolyn—. Ese coche pasa más tiempo en el taller de Tony que en la calle. ¿Por qué no le dejas que te encuentre un buen coche de segunda mano? Seguro que ahora podrás permitirte.

Durante un segundo, Carolyn pensó que Rosie se estaba refiriendo a su herencia. Entonces se dio cuenta de que su amiga quería decir que Carolyn empezaría a trabajar como médico en algún sitio muy pronto. ¿Cómo reaccionaría si supiera que muy pronto Carolyn podría comprarse el último modelo del coche más caro, si quería? ¿Y si supiera que iba a dejar su pequeño apartamento y se iba a vivir a una mansión? Carolyn tuvo un sentimiento de angustia horrible al darse cuenta de que probablemente perdería la amistad de Rosie y la de su enorme familia italiana cuando se supiera el asunto de su herencia. La falta de dinero y las deudas eran algo que

tenía en común con ellos, pero el testamento de su abuelo había cambiado todo aquello.

—¿Qué pasa? —le preguntó Rosie, con su franqueza habitual—. ¿Estás segura de que no tienes nada que contarme?

—Ahora no —respondió Carolyn con firmeza. Ya tendría tiempo de explicárselo todo. En aquel momento, era una doctora que tenía a los pacientes esperando. Tomó su bata blanca, se colgó el estetoscopio del cuello y dijo:

—Dame cinco minutos, y después mándame al primero.

Cuando Adam detuvo su coche en el aparcamiento de Bancroft, vio que el de Carolyn ya no estaba.

—Se lo ha llevado una grúa —le explicó la recepcionista del despacho—. Creo que llevaba el letrero de DiPaloa Brothers Garage. ¿Hay algún problema?

—No, solo era curiosidad.

El señor Bancroft sacó la cabeza de su oficina.

—Me ha parecido oír tu voz, Adam. Entra. He visto que te has marchado con la doctora Leigh. Ponme al corriente.

—No hay mucho que contar —confesó él, mientras se sentaba en una de las sillas de cuero del despacho—. He pasado un par de horas con ella. Me escuchó, hizo unas cuantas preguntas y me dijo que seguiríamos en contacto.

—¿Y no crees que accederá cuando se haya sobrepuesto a la impresión?

—Demonios, no sé qué pensar. Los dos sabemos que podría estar en peligro en cuanto entre por la puerta de Horizon Pharmaceuticals. Carolyn es tan aguda como ellos, y es un hecho que no la tomarán como una presa fácil. De un modo u otro, aprenderá todo lo que haya que aprender del negocio, y sin darse cuenta, puede que saque a la luz algo que obligue a un asesino a actuar.

—¿Crees que eso fue lo que le ocurrió a su abuelo?

—Estoy convencido de ello —Adam se pasó los dedos entre el pelo—. Hay alguien decidido a usar Horizon como plataforma para la fabricación y distribución de medicamentos no aprobados por el gobierno y su venta en el mercado negro, y Carolyn podría ser una víctima inocente si se acerca demasiado a la verdad.

—Bueno, tendrás una buena oportunidad de protegerla si entras en escena como su marido. ¿Se lo has explicado?

—No quería asustarla para que accediera a mi plan, pero le expliqué bastantes cosas como para que se diera cuenta de que no se trata de un juego. No estoy seguro de si se ha convencido de que Horizon está involucrada en este asunto. Ojalá tuviera pruebas concretas para apoyar la teoría de que alguien está haciendo una fortuna al distribuir las medicinas ilegales desde dentro de la compañía —dijo con un suspiro—. Por alguna razón, tenía la esperanza de conseguir un compromiso fuerte de ella para conseguir que se haga justicia.

—Eso es esperar mucho de una joven a la que siempre han tratado como si fuera algo desechable. Hay que admirarla por todo lo que ha conseguido en la vida.

—Yo la admiro, y mucho —sentía admiración y otras cosas, pensó. Carolyn Leigh había llegado a él de una manera especial. Sentía un calor dulce cuando la miraba, y aquello le daba qué pensar. Hacía mucho tiempo que no quería besar a una mujer y sentir su piel bajo las puntas de los dedos. Se movió en la silla, incómodo, como si Bancroft fuera capaz de leer sus pensamientos.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Estoy decidiéndome. Es un equilibrio delicado. Intento presionarla, pero tengo que ceder y guardar la esperanza de que ella se preste a seguir el plan antes de que sea demasiado tarde —Adam tensó la mandíbula—. Espero estar con ella cuando entre inocentemente en una situación que está a punto de explotar.

Carolyn miró el reloj. Las cinco y cuarto. La clínica cerraba a las seis, así que le daba tiempo a atender a un paciente más. Le hizo una seña a Rosie para que le enviara a alguien a la sala de consultas.

—Hola —dijo, sonriendo a una pareja joven de mexicanos con un bebé. El padre hablaba inglés.

—¿Va a hacer que José se ponga bien? —preguntó el hombre ansiosamente. Eran trabajadores temporeros y su bebé tenía fiebre y tos. La madre parecía una niña.

Carolyn examinó rápidamente al niño y determinó que la enfermedad era

de garganta, y que se curaría fácilmente con antibióticos. Tendría que tomarlos durante dos semanas, y dado que el medicamento era caro, decidió proporcionarles muestras. Tomó tres pequeños frascos de una estantería, lo suficiente para dos semanas.

Antes de dárselos a la pareja miró la etiqueta. Horizon Pharmaceuticals.

Apretó las botellitas. El resto de las muestras que había recetado a otros pacientes no habían causado problemas, así que Carolyn pensó con lógica que aquellos frascos también contendrían el antibiótico en perfecto estado.

Pero, ¿y si no era así? La voz persuasiva de Adam todavía le hacía eco en los oídos. Se le secó la garganta, y durante un largo instante se quedó mirando fijamente los frascos. Se vio a sí misma administrando un medicamento defectuoso e ilegal que podía matar.

—Señora, ¿qué ocurre? —preguntó el joven, preocupado por la repentina inmovilidad de Carolyn.

—No, nada —se apresuró a contestar. Tiró los frascos que tenía en la mano y le dio tres de otra farmacéutica diferente. Después le explicó cómo tenía que darle la medicina al niño.

—Que Dios la bendiga —le dijo la madre del bebé, cuando salían de la consulta.

Rosie cerró la puerta cuando se marcharon, y empezó a hablar con Carolyn.

—Fff. Vaya día. El doctor McPherson se ha marchado hoy muy pronto y me ha dejado con un montón de papeleo por terminar —dijo, y miró a su amiga preocupada con desconfianza—. Parece que estás a mil kilómetros de aquí. Si no te conociera mejor, pensaría que es porque tienes un hombre en la cabeza.

—¿Cómo lo has sabido? —Carolyn respiró hondo y sonrió tímidamente a Rosie—. Estoy pensando en casarme.

Adam se puso de pie cuando vio que Carolyn y una mujer morena salían de la clínica. Había estado sentado en uno de los bancos que había en el pequeño porche de la puerta principal. De acuerdo con el horario que había colgado en la entrada, la clínica cerraba a las seis. Ya era un poco más tarde, así que se estaba preguntando si saldrían pronto.

Cuando ella lo vio, el asombro se le dibujó en el rostro. Él le dedicó una sonrisa cálida con la esperanza de suavizar un poco su posible indignación.

—Quería asegurarme de que tenías cómo volver a casa —le dijo rápidamente—. Tu coche ya no está en el aparcamiento, y no sabía si funcionaba o no.

Él intentó leer su reacción en la expresión de su cara mientras Carolyn se acercaba, y se preparó para una respuesta enérgica y una mirada heladora. Lo que nunca se habría esperado, ni en un millón de años, habría sido su sonrisa resplandeciente y agradecida.

Cuando estuvo a su lado, le dijo:

—Qué detalle, cariño.

Lo tomó del brazo posesivamente, y Adam tuvo problemas para disimular su asombro. ¿Era aquella la misma mujer que había dejado en la clínica unas horas antes?

—Justamente, estaba hablando sobre ti y sobre nuestro noviazgo relámpago —continuó Carolyn, sonriente—. Rosie, te presento a Adam Lawrence, mi prometido.

Rosie lo miró de arriba abajo.

—No puedo creérmelo.

«Ni yo tampoco», pensó Adam, y se sintió aliviado por tener tanta experiencia en sobreponerse a las situaciones inesperadas. Sonriendo agradablemente, dijo:

—Encantado de conocerte, Rosie.

—Igualmente, pero tengo que decirte que esto es toda una sorpresa. ¡Imagínate a Carolyn guardando algo como esto en secreto! Le he estado

diciendo que debería buscar a alguien que le mantuviese los dedos de los pies calientes por las noches, pero cada vez que intentaba presentarle a un chico, me decía que me tranquilizara. Y ahora ya sé por qué. ¿Eres de por aquí, Adam? —le preguntó, y añadió significativamente—. ¿En qué trabajas?

Adam notó que Carolyn se ponía tensa. Parecía que estaba intentando contestar, pero antes de que pudiera hacerlo, él dijo suavemente:

—Bueno, es un poco difícil de explicar, Rosie. Supongo que se podría decir que soy un consultor experto en optimizar los resultados de las empresas. Eso significa que empresas diferentes me contratan para que inspeccione sus operaciones y vea cómo se pueden hacer más eficientes. Por eso estoy en Seattle, trabajando en varias firmas diferentes en este momento.

Mientras hablaba, le apretó el brazo a Carolyn suavemente, para darle confianza. Sin duda alguna, estaba tan sorprendida como Rosie al oír todas las mentiras que salían de su boca. Afortunadamente, la agencia le había proporcionado aquella tapadera antes de que se marchara de Washington. Aquella identidad falsa le proporcionaría una excusa razonable para examinar la actividad interna de Horizon si, con ayuda de Carolyn, conseguía entrar.

—En realidad, él es de Nuevo México —dijo Carolyn, empezando a representar su papel con una facilidad que le sorprendió incluso a ella misma.

—¿De verdad? Un montón de familiares míos son de allí también. Hay muchos DiPaloa en el suroeste, también. Quizá tú conozcas a alguno.

—Tendremos que hablar de ello algún día —respondió Adam amablemente.

—Carolyn, yo pensaba que tu vida no era más que estudiar y trabajar. Nunca me habías dado ninguna pista sobre que hubiera un Romeo en escena.

—Estaba esperando a licenciarme para decírtelo. Por eso todavía no llevo anillo. Pero ahora ya estamos listos para decírselo a todo el mundo, ¿verdad, cariño?

—Sí, ya es hora de que todo el mundo lo sepa —convino él. Con el brillo de sus ojos, supo que ella estaba disfrutando del hecho de llevar la representación tan lejos como él había sugerido—. Tengo una agradable velada preparada para los dos, mi amor. Una celebración íntima. Una cena, un baile y después... —entonces dejó que su voz se desvaneciera de una forma sugerente.

—Suenan muy bien —respondió ella, pero él vio que enrojecía y notó que le estrujaba el brazo como si en realidad estuviera deseando que fuera su cuello.

—Espera a que le cuente a mi familia que te vas a casar, Carolyn. Tendrás que traer a Adam para que le hagamos un examen minucioso. Os harán preguntas sobre la boda, y todo eso. Vas a ser una novia preciosa —dijo, sonriendo encantada, pero con los ojos un poco húmedos.

—Sí, lo será —añadió Adam rápidamente, temiéndose que, si Rosie empezaba a hacer preguntas sobre sus planes de boda, Carolyn terminaría por soltar la verdad. No sabía lo que habría ocurrido para que finalmente accediera a seguir su plan, pero sospechaba, por su repentina tensión, que estaba empezando a tener dudas. La charla sobre la boda había sacado a la luz ciertos detalles que ella no estaba preparada para manejar.

—Va a ser todo muy rápido, me temo —dijo Adam, todo lo suavemente que pudo.

—Supongo que no continuarás aquí en la clínica, Carolyn —suspiró Rosie—. El doctor McPherson no se va a poner muy contento.

—Intentaré encontrar a alguien que me sustituya —prometió Carolyn. Y, en respuesta a la presión que Adam estaba ejerciendo en su brazo, dijo algo sobre que se llamarían más tarde y se despidió. Mientras se alejaban, sintió la mirada de Rosie sobre ellos, y se preguntó si su amiga se habría tragado la mentira. El cielo del atardecer estaba aún claro, y corría una brisa fresca cuando subieron al coche. Adam no encendió el motor inmediatamente. No podía saber, por la forma en que Carolyn apretaba la mandíbula, si estaba muy enfadada o estaba a punto de llorar.

—No puedo hacerlo —dijo ella finalmente, con la voz ahogada. Le temblaba el labio inferior y tenía las manos apretadas sobre el regazo—. Quería hacerlo, pero no puedo.

Él no podía imaginarse qué era lo que la torturaba tanto y le hacía sentirse tan angustiada. Quería ponerle el brazo sobre los hombros y consolarla, pero reprimió aquel impulso. Todavía no era el momento de ofrecerle nada, no hasta que supiera qué era lo que le ocurría. La forma en que él se enfrentara a la situación durante los siguientes instantes podría hacer que Carolyn se decidiera a representar el papel que él le había pedido o que se echara atrás antes de que aquello fuera más lejos.

Se volvió hacia ella y la observó con atención mientras esperaba a que continuara hablando. Carolyn se quedó silenciosa, así que finalmente, él le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido, Carolyn?

Ella no lo miró, pero Adam se daba cuenta de que la rapidez con que su pecho subía y bajaba era prueba de que estaba luchando contra alguna emoción muy fuerte. Se sintió aliviado cuando por fin ella lo miró de frente. Mantuvo las manos fuertemente apretadas en el regazo mientras le contaba la visita del matrimonio mexicano y su bebé a la consulta.

—Les expliqué que el bebé estaba enfermo de la garganta y que se curaría fácilmente con antibióticos. Cuando estaba a punto de ofrecerles unos frascos de píldoras con la etiqueta de Horizon, el horror de los medicamentos ilegales se hizo real ante mí. Sentí un ataque de miedo. ¿Qué pasaría si los frascos que tenía en la mano eran peligrosos? ¿Y si aquellas píldoras estaban defectuosas o contaminadas? —levantó los ojos, llenos de pánico, hacia él—. ¿Qué habría pasado si los padres le hubieran dado aquellas píldoras a su hijo?

—Que el bebé podría haber muerto —respondió él, con calma.

—Y habría sido culpa mía.

—No, si tú no hubieras sabido que el medicamento tiene probabilidades de ser ilegal. Hay gente inocente que está vendiendo y comprando estos productos. Los proveedores son los verdaderos culpables. Ellos ponen deliberadamente drogas ilegales en el mercado. Y la única forma que tenemos de detenerlos es atacarlos desde la raíz, Carolyn.

—En Horizon Pharmaceuticals —dijo ella, con la voz muy baja.

—Sí. De eso trata toda mi investigación. Y por eso te he pedido ayuda.

A ella volvió a temblarle el labio.

—Quiero darle la espalda a todo este asunto, pero ¿cómo podré vivir si no hago lo que me pides?

—Esa es una pregunta que no puedo responder.

Ella suspiró.

—Cuando miré al bebé y me di cuenta de toda la fe que aquella gente tenía en mí, supe la respuesta. No tengo elección, si es que quiero seguir en paz con mi conciencia —dijo—. Y por eso le he mentido a Rosie.

Él le tomó la mano.

—Has tomado la decisión correcta. Te prometo que no te arrepentirás —dijo él, y rogó en silencio ser capaz de mantenerla al margen de su investigación y fuera de todo peligro.

Ella tragó saliva.

—Pero no sé si podré hacerlo. Mentiras y más mentiras. Rosie es mi única amiga. Ella está emocionada porque yo haya encontrado a alguien con quien

casarme. ¡Es una vergüenza! Odio ser mentirosa y engañar a la gente.

—A mí tampoco me gusta, y he intentado pensar en otro modo de proceder con esta investigación, pero no lo he encontrado. A menos que pueda entrar en Horizon, este horrible tráfico continuará —su mirada se endureció—. Y solo Dios sabe cuántas personas más morirán —«como Marietta», pensó.

Hubo un silencio pesado entre ellos, hasta que Carolyn se obligó a decir:

—Muy bien. ¿Qué ocurrirá después?

Él la miró a la cara durante un minuto, y sonrió.

—La cena.

Fueron a un pequeño restaurante con vistas al lago Washington. Carolyn nunca había estado allí antes, y se sintió aliviada al ver que era un sitio discreto, un restaurante familiar que ofrecía un menú sencillo.

—Lo encontré un día que estaba buscando comida casera —le dijo Adam, cuando estuvieron sentados en una mesa al lado de la ventana, al lado de las abigarradas cortinas.

Incluso aunque Carolyn se había saltado la comida, no tenía mucha hambre. Pidió una ensalada de marisco, y Adam pidió carne asada con verduras. Mientras saboreaba una copa de vino blanco, Carolyn se sentía agradecida de que la conversación fuera ligera y no exigiera una participación forzada. Parecía que Adam se había dado cuenta de que solo podría mantener una charla relajada mientras se aclaraba las ideas. Hasta que no hubo terminado la ensalada, no se sintió con ganas de preguntarle más cosas.

—¿Eres de verdad de Nuevo México?

—Claro. ¿Tú crees que yo mentiría? —respondió él, con una indignación burlona.

—Solo cada vez que hablas —dijo ella, devolviéndole la sonrisa—. Todo eso que has dicho acerca de ser un consultor experto... ¿Piensas que la gente se lo va a creer?

—Es la mejor tapadera que pudimos inventar. Necesitaba una identidad que me permitiera inspeccionar todo lo referente a la producción y distribución de los productos de Horizon, y creo que esa coartada es la mejor. Si tengo tu cooperación, por supuesto.

—¿Estás seguro de eso?

—Mentiría si te prometiera que hay un cien por cien de posibilidades de que todo salga a la perfección. Hay mil formas diferentes en las que la investigación podría venirse abajo. Por eso debemos tener mucho cuidado.

Ella se puso rígida.

—Nunca he sido muy buena en los engaños. ¿Qué pasará si lo estropeo todo?

—Tendremos que asegurarnos de que eso no ocurra. Antes lo has hecho muy bien con Rosie —él sonrió para darle confianza—. Si puedes engañar a tu mejor amiga, no deberías tener ningún problema con unos extraños.

—Voy a verme en medio de las vidas de unas personas que tienen todas las razones del mundo para odiarme. Puedes estar seguro de que no van a ponerme una alfombra roja para que entre. No tengo ni idea de cómo debo comportarme en ese ambiente de clase alta, porque nunca he tenido amigos ricos, y nunca he visitado a nadie que viviera en una mansión.

—Eso no es un problema —respondió él rápidamente—. Quizá hagas algo que no sea exactamente correcto, pero seguramente la gente estará esperando que cometas algún error. Y eso es bueno, porque así los desarmarás.

—Así que, cuanto más tonta parezca, mejor, ¿no? —preguntó ella, en tono cáustico.

—No he querido decir eso en absoluto —respondió él con una carcajada—. Solo quería decir que te enfrentarás a algunos desafíos inesperados, y quiero que tengas cuidado, nada más.

—¿Cuidado de no parecer tonta? No puedo prometerte nada —Carolyn había tenido algunas malas experiencias en el hospital, con gente que había intentado imponerse por medio de su dinero y su poder cuando las normas y los procedimientos no eran de su agrado—. No tengo ni idea de cómo relacionarme con la gente rica —admitió.

—Aprenderás. Su enfoque de la vida está marcado por la tradición y el mundo de abundancia en el que viven. Tienen sus propios planes y se comportan de acuerdo con lo que es aceptable en su estrato social.

—Tú sabes todo esto porque... —cuando vio que las arrugas de su frente se hacían más marcadas, supo la respuesta—. Tu familia tiene dinero, ¿verdad?

—Ya no. Mi padre era un broker de la Bolsa de Nueva York —le explicó Adam—. Yo fui hijo único y tuve todas las ventajas mientras crecí y fui a la escuela y al instituto. Pero durante mi último año de carrera, el mercado se derrumbó y él lo perdió casi todo. Su corazón no soportó la tensión, y cuando murió, a mi madre le quedó una pequeña renta. Se mudó a vivir a Nuevo México. Cuando yo volví de Brasil, estuve viviendo un tiempo con ella —le

explicó, y le lanzó una sonrisa culpable—. Así que ya ves, casi te estaba diciendo la verdad cuando te conté que era de allí.

Ella debería haberlo sabido. Todo acerca de él hablaba de un pasado privilegiado. Sus modales impecables y su suave confianza en sí mismo. El traje que llevaba había sido hecho a medida, evidentemente, y su corte de pelo acentuaba sus rasgos fuertes y masculinos. Podría entrar en cualquier reunión social de la elite y mezclarse sin ningún esfuerzo. ¿Cómo podría ella ni siquiera fingir que era su esposa?

Carolyn bajó los ojos y se lo imaginó en esmoquin, arreglado para una fiesta en un club social, o tumbado al lado de una piscina con un vermú en la mano. La visión de su cuerpo en bañador hizo que se despertara en ella un calor que quiso negar inmediatamente. No podía haber nada, absolutamente ninguna atracción sexual entre ellos. Adam había dejado claro que su único interés en ella era que lo ayudara en su investigación. Sería tonta si se permitiera pensar que habría algo más que aquello.

—No estoy segura de si quiero jugar a este juego —dijo ella, a la defensiva. No era solo porque sus emociones estuvieran de por medio, sino porque era muy probable que pudiera ponerlo en ridículo. Le parecía una situación muy compleja.

—Me gustaría hacerte esto lo más fácil posible, Carolyn. Haré todo lo que pueda para que no te sientas amenazada en ningún sentido. Te prometo que no te pediré nada que no sea de importancia vital para el éxito de la misión —dijo, e hizo una pausa—. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

Ella supo entonces que él también era consciente de la atracción que había surgido entre los dos. Asintió.

—Todo esto es parte de un contrato de negocios. Y nada más —dijo ella, y notó que se lo estaba diciendo a sí misma tanto como a él.

—Muy bien. Y en cuanto a la boda, solo es necesario hacer una ceremonia civil, tan rápida y discretamente como sea posible. Después arreglaremos todo lo demás.

¿Todo lo demás? ¿Todos los sueños? ¿Todas las esperanzas de que algún día sería una novia verdadera vestida de encaje y seda? ¿El deseo de amar? Siempre había pensado que algún día escucharía las emocionantes palabras del sacerdote y nunca más se sentiría sola de nuevo. Casarse sería el principio de una nueva vida.

—Todo lo que necesitamos es el certificado de que somos el señor y la

señora Lawrence —le aseguró él—. Y tendrás que ser Carolyn Lawrence hasta que todo esto acabe. Para mayor seguridad, el señor Bancroft se ocupará de todos los asuntos legales que puedan surgir mientras la investigación se esté llevando a cabo.

Él había dicho investigación, no matrimonio. Era simplemente un arreglo legal. No había motivo para ponerse sentimental acerca de unos votos que no significarían nada. De algún modo, así había sido siempre su vida: pragmática y realista. No tenía por qué mirar la alianza que llevaría como nada más que un frío aro de metal.

—¿Y cuándo deberíamos hacerlo? —preguntó ella, apretándose las manos en el regazo de nuevo.

—Bancroft finalizará todos los detalles para que puedas mudarte a la casa en unos pocos días, creo.

—¿Tan pronto? —ella forzó una carcajada suave—. Realmente, sabes cómo meterle prisa a una chica.

—Cuanto antes nos pongamos a trabajar, mejor.

Ponerse a trabajar. Así era como él veía todo aquel asunto: como algo profesional. Sin emociones. Impersonal.

—Tendré que mirar si tengo algo decente para la ceremonia en el armario —dijo ella.

Después continuaron hablando de cosas intrascendentes, hasta que terminaron el café y se marcharon del restaurante.

Mientras volvían al apartamento de Carolyn apenas hablaron. La lógica hacía que ella se cuestionara todo lo que le había dicho Adam Lawrence. ¿Sería aquella supuesta investigación sobre las actividades de Horizon una manipulación para aprovecharse de una heredera ingenua? Bancroft era el único que le había dado referencias de Adam Lawrence, y en realidad, ¿qué sabía ella acerca del abogado? ¿Se habría metido en una trampa sofisticada?

—¿Cómo podría yo verificar todo lo que me has dicho? —le preguntó a Adam, mientras subían las escaleras del apartamento. A la débil luz de la bombilla de la puerta de atrás, ella vio cómo abría mucho los ojos, sorprendido. Era obvio que se había quedado estupefacto con la pregunta.

—Podrías empezar a investigar sobre el pasado de Adam Lawrence.

Con una perspicacia repentina, le dijo:

—Adam Lawrence ni siquiera es tu nombre real, ¿verdad?

—Por el momento, es el único nombre que tengo.

Ella tuvo ganas de reír, pero la carcajada se le atascó en el pecho. Se volvió y entró en la casa sin responder a su «Buenas noches, te llamaré por la mañana».

De vuelta a su habitación de hotel, Adam llamó a su supervisora, Angelica Rivers, una mujer cuyo tono de voz resuelto y profesional estaba acorde con su aspecto. Adam pensó que a aquella hora todavía llevaba su típica blusa blanca y un traje sobrio. Angelica llevaba en la Agencia desde que tenía veinte años, y ya había cumplido los cuarenta. No aceptaba ningún paso en falso de sus agentes, fueran hombres o mujeres.

—Es un hecho —le dijo Adam.

—¿Carolyn Leigh ha accedido?

—Sí —respondió él, y mentalmente cruzó los dedos para que su compromiso con Carolyn Leigh estuviera todavía en pie.

—¿Qué clase de mujer es?

Adam supo que tenía que tener cuidado. Angelica analizaría todo lo que dijera y leería entre líneas.

—Podemos fiarnos de ella. Está dispuesta a cooperar.

—Repetiré la pregunta. ¿Qué clase de mujer es? ¿Es que te causa reparos ofrecer una valoración personal?

—No, en realidad no —mintió él. Su valoración personal de Carolyn Leigh necesitaría sinceridad para reconocer lo atractiva que la encontraba, en más aspectos de los que estaba dispuesto a admitir ante su jefa.

—¿No te cae bien la mujer con la que tienes que fingir que estás casado? —antes de que pudiera contestar, ella añadió por intuición—: Sospecho que puede ser lo contrario.

—Eso es lo que me gusta de ti, Angel —dijo, usando su sobrenombre—. Nadie podría acusarte de tener pelos en la lengua. ¿Por qué no me preguntas directamente si me gusta?

—Bien, ¿te gusta? Sabes perfectamente que no puedes involucrarte emocionalmente en un caso, especialmente en este. Quizá debería mandar a otra persona ahora mismo. Podrías conseguir que te mataran si dejas que se te vaya de las manos.

—No voy a dejar que se me vaya de las manos. Y tú no tienes que preocuparte porque Carolyn Leigh vaya a estropear la tapadera —le dijo, y

después le explicó lo que había ocurrido con el bebé de la pareja mexicana—. Es una persona dedicada a los demás, y está convencida de que quiere ayudar —«a menos que cambie de opinión», pensó él.

—¿Cuál es el plan?

—Vamos a organizar una ceremonia civil tan pronto como el abogado tenga los detalles legales resueltos, en pocos días. Después nos mudaremos a vivir a la mansión de Stanford y conoceremos a los ocupantes.

—Así que se levanta el telón.

—Sí —Adam respiró hondo, y con toda la confianza que pudo, terminó—: ¡Y comienza la obra!

Carolyn pasó los días siguientes verificando todo lo que pudo acerca de su herencia, y se quedó satisfecha al constatar que podía fiarse del señor Bancroft. La reputación personal del abogado, así como la de su despacho, eran impecables. Tal y como le había prometido, lo había dispuesto todo para que se le depositase una generosa cantidad de dinero en la cuenta bancaria, y le había asegurado que solo era una pequeña fracción de lo que poseía. Ella le había pedido que redactase un acuerdo prenupcial para proteger su herencia, y cuando le había comentado sus temores acerca del plan de Adam para llevar a cabo la investigación, el abogado se había apresurado a explicarle que era muy importante para ella conocer la verdad sobre las posibles actividades criminales en Horizon tan pronto como fuera posible.

—Las sospechas sobre su empresa tienen que ser confirmadas o borradas.

Carolyn decidió que aquel consejo era muy válido, y solo cinco días después de que su vida se hubiera vuelto del revés, estaba sentada rígidamente al lado de Adam mientras él conducía por el barrio donde estaba la mansión de la familia Stanford. Mientras observaba las casas de más de un millón de dólares según avanzaban, Carolyn pensó que Alicia en el país de las maravillas debió de sentirse de aquella forma cuando cayó por el agujero del conejo. Con nerviosismo, se humedeció los labios y alisó las arrugas de la falda de su vestido rosa.

La boda se había celebrado aquella mañana, y había transcurrido tal y como había predicho Adam. El señor Bancroft había avisado a un amigo suyo, juez de paz, para que oficiase la ceremonia, y solo habían tardado diez minutos. Habría sido igual de emocionante si hubieran estado firmando los papeles para sacarse el permiso de conducir.

Carolyn vio la alianza que Adam le puso en el dedo con un sentimiento de indiferencia, y él pareció recibir el suyo con la misma objetividad. El único momento en que ella había sido arrastrada a la realidad había sido cuando el señor Bancroft se había dirigido a ella llamándola «señora Lawrence».

—Le he comunicado a Jasper Stanford que todas las legalidades han sido

cumplidas, señora Lawrence —le explicó el abogado—. Y he contestado a todas sus preguntas con respecto a su herencia y a sus planes de matrimonio. Él sabe que usted va a llegar con su esposo durante el día de hoy. Les deseo que todo vaya muy bien —y después añadió, con un doble sentido evidente—, y un gran éxito.

Adam le dio las gracias y le estrechó la mano.

—Le agradezco mucho su ayuda.

La ceremonia había ido mejor de lo que Adam había esperado. Había pensado que tendría que luchar contra los temores de último momento de Carolyn, pero ella había mantenido la compostura y se había conducido con elegancia.

No podía haber encontrado una mujer mejor para llevar a cabo aquella arriesgada investigación. Ni una más atractiva, pensó. Ella estaba a su lado, con un sencillo vestido de verano que dibujaba las esbeltas líneas de su cuerpo. El pelo le caía suavemente por los hombros, y por todo adorno llevaba una hilera de perlas de imitación. Había rechazado las flores, dejando claro que aquello estaría fuera de lugar en aquella boda de conveniencia.

Había abierto mucho los ojos, sorprendida, cuando él le había rozado ligeramente los labios en el tradicional beso de boda, y él mismo se había quedado asombrado al constatar su propio deseo, más profundo con el contacto y el sabor de la dulzura fascinante de su boca. Adam había notado que se ponía rígida, y se había preguntado si el deseo se le habría reflejado en los ojos. «Estupendo, verdaderamente estupendo», pensó. Hacía mucho tiempo que no quería tener a ninguna mujer entre sus brazos. Y tales sentimientos, en aquella situación, podían dejar paso al desastre. Además, no dudaba en absoluto que ella se retiraría si él traspasaba los límites.

Cuando salieron del despacho en el coche de Adam, se hizo un silencio incómodo entre ellos. Él estaba concentrado en la carretera, y Carolyn lo miró de reojo. Vio un guapo extraño con un traje oscuro, una camisa blanca y una corbata de seda. Y aquel era su marido legal. Aquello estaba más allá de su comprensión. Al contemplar el maravilloso anillo de diamantes que llevaba en el dedo, se recordó a sí misma que nada de todo aquello era real. Los días anteriores habían sido un remolino, y sus emociones habían recibido una sacudida. Mientras su vida cambiaba rápidamente, no estaba segura de cómo

podría soportar todas las exigencias que se le iban a hacer.

Finalmente, había reunido el coraje suficiente para decirle a Rosie que se marchaba de la clínica, y el motivo. Se habían sentado en un banco del parque, comiendo perritos calientes, y Rosie simplemente se había reído y había agitado una mano cuando Carolyn había intentado explicarle lo que había ocurrido.

—Claro, alguien ha muerto y te ha dejado unos millones. Y yo soy pariente de la Reina de Inglaterra. ¿A quién estás intentando tomar el pelo? No tienes que inventarte ningún cuento para justificar ante mí que te escapas con un hombre guapísimo. Me parece que haces muy bien.

Carolyn respiró profundamente.

—Es cierto. Ni siquiera sé cuánto dinero he heredado.

A medida que Carolyn iba explicándole la historia de su abuelo y de cómo había financiado sus estudios de medicina, Rosie abría más y más los ojos, asombrada. Al final, dejó el perrito sobre el banco y miró fijamente a Carolyn como si estuviera esperando a que soltara una carcajada y le dijera: «¡Te lo has tragado!»

Carolyn no podía culpar a su amiga por esperar que todo fuera una broma. Las dos habían fantaseado muchas veces con historias sobre casarse algún día con un millonario o sobre que les tocara la lotería, pero ninguna de sus fantasías se había acercado nunca a lo que en realidad le había ocurrido a Carolyn.

—Es realmente cierto, Rosie —insistió suavemente—. He encontrado a alguien que me sustituirá en la consulta —dijo, pero no añadió que tendría que pagar al médico que iba a ocupar su lugar. Adam le había advertido que no dijera nada de su boda hasta que llegaran a la mansión. No quería que nadie se involucrara en la ceremonia.

—En cuanto me instale —le dijo a su amiga— puedes venir a verme y dejarme que te lo enseñe todo.

A Carolyn le pareció, por el modo en que reaccionó Rosie, que su amistad ya estaba amenazada. Estaba empezando a abrirse una gran distancia entre ellas, y Carolyn sabía que hasta que terminase la investigación, era mejor que todo pareciera un cuento de hadas, romántico y verdadero. Rosie se quedaría horrorizada si supiera la verdad.

Carolyn volvió al presente. No tenía ninguna duda de que la mansión de su abuelo sería tan grande y la intimidaría tanto como cualquiera de las casas

que estaban dejando atrás. ¿Cómo sería la gente que vivía dentro? Respiró hondo y le preguntó a Adam qué era lo que podía esperarse cuando llegaran a la mansión.

—Es probable que la situación sea tensa e incómoda al principio —le dijo—. Tendremos que aceptarlo así —él había estado haciéndose las mismas preguntas, y si era sincero consigo mismo, no sabía qué era lo que podían esperar. La gente era impredecible. No tenía ni idea de cómo recibiría Jasper Stanford a su sobrina, o de cómo lo harían los demás habitantes de la casa. Era evidente que Della Denison tenía la aprobación de Arthur como ejecutiva de Horizon, y aquella mujer no aceptaría fácilmente la presencia de Carolyn en la empresa.

Adam también estaba preocupado por la forma en que Lisa y Buddy Denison iban a tratar a Carolyn. Estaba seguro de que serían egoístas y mimados. Podrían hacerle la vida imposible de un millón de formas diferentes.

—Ojalá tuviera más tiempo para acostumbrarme a todo esto —dijo Carolyn con franqueza. Pero, ¿conseguiría acostumbrarse alguna vez? Miró al hombre que tenía al lado. ¿Qué era lo que sabía realmente acerca de él? No podía creerse que se hubiera dejado en sus manos, en más de un sentido.

—Simplemente, cíñete al guión que hemos preparado. No intentes adornarlo con detalles. Recuerda que no tienes que darle a nadie información extra si te ves acorralada. Todo el mundo va a querer saber cosas sobre ti y sobre nosotros, pero no tienes que satisfacer su curiosidad. En este momento, tienes la sartén por el mango. Tienes el poder y el dinero.

—Poder y dinero —repitió ella, y tuvo ganas de reírse ante la ironía de la situación. ¿Cuándo había tenido algo de esas dos cosas? Unos cuantos documentos no podrían cambiar la percepción que tenía de sí misma.

—Supongo que lo primero que querrás hacer será comprarte un coche nuevo.

—Supongo que sí. Antes de que le contara a Rosie lo de mi herencia, su hermano me había llamado para decirme que podía ir pensando en mandar a la chatarrería el otro y comprarme uno de segunda mano. Le dije que me lo pensaría.

—¿Y eso es todo? —preguntó él, y arqueó una ceja—. ¿No le dijiste que podías permitirte comprar el último modelo de la marca más cara?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Quería contárselo a Rosie primero.

Él asintió.

—Lo entiendo, pero tienes que sentirte libre para gastar un dinero que es tuyo, Carolyn. Me imagino que querrás cambiar tu guardarropa, ¿no?

¿Ir de tiendas? Ella estaba acostumbrada a comprar solo la ropa que necesitaba. Incluso con su abultada cuenta corriente en aquel momento, solo había hecho algunas compras imprescindibles y baratas. Se dio cuenta de que todo aquello iba a cambiar. La parafernalia de la riqueza y su matrimonio fingido iban a exigirle cosas que ella nunca habría imaginado, y aquello la asustaba. Siempre había sido ella misma, había hecho las cosas a su modo, y en aquel momento tenía que volver todo aquel control sobre gente que ni siquiera conocía, para representar un papel.

Adam vio que palidecía. ¿Qué estaría pensando? ¿Había sido él lo suficientemente sincero sobre la situación? Si hubiera algún modo de hacer las cosas que no supusiera involucrarla... pero no lo había. Ella era la tapadera que necesitaba. Apretó las manos sobre el volante.

Al entrar por las verjas de hierro de la mansión de los Stanford, Carolyn se quedó asombrada. Era una casa de piedra gris, de tres plantas, grandiosa, rodeada de césped que parecía terciopelo verde y de jardines bellísimos. A un lado se veía un garaje para cinco coches, un invernadero y más allá de aquellas estructuras, un moderno embarcadero que daba a la bahía de Seattle. Su mente se negó a aceptar que por firmar unos cuantos papeles, todo aquello fuera suyo. Tenía que ser un error. Un error monstruoso.

Adam detuvo el coche enfrente de una escalera rodeada de columnas de mármol. Las dos alas de la casa se extendían hacia ambos lados. La puerta era de madera tallada, y las altísimas ventanas tenían los cristales biselados.

Allí sentados, contemplando el edificio, la sombra de la casa los engulló. Ninguno de los dos se movió durante un largo rato. Después, Adam preguntó suavemente:

—¿Estás preparada?

La pregunta se quedó en el aire, entre los dos. El momento de la verdad había llegado, y Carolyn dejó escapar un suspiro.

—Sí, estoy preparada.

—Muy bien —dijo él, sonriéndole—. Entonces, adelante.

Después de ayudarla a salir del coche, Adam tomó las maletas y las dejó al lado de la de Carolyn.

—Alguien se ocupará de meterlas.

Ella asintió, como si no estuviera acostumbrada a arrastrar su equipaje evitando las miradas de los mozos y de los botones. Aquel recuerdo hizo que sonriera.

Adam la tomó del brazo y subieron las escaleras. Él pulsó el timbre de la puerta, y le guiñó un ojo a Carolyn, que esperaba nerviosamente.

—¿Te gustaría que te llevara en brazos por todo el vestíbulo?

—Sería una gran entrada —convino ella con ligereza, y los dos estaban sonriendo cuando la puerta se abrió.

Una mujer alta y angulosa, con un uniforme de ama de llaves, estaba allí mirándolos fijamente. Carolyn habría dado un paso hacia atrás y se habría disculpado por la interrupción, pero Adam simplemente asintió y dijo:

—Somos el señor y la señora Lawrence. Nos esperan.

—No hay nadie en casa en este momento —les informó la mujer con aspereza.

—Ya veo —respondió Adam, mientras guiaba a Carolyn por delante del ama de llaves y entraban en la casa—. ¿Y cuál es su nombre?

—Morna. He sido el ama de llaves de Arthur Stanford durante veinte años —dijo, y sus ojos se clavaron en Carolyn mientras apretaba los labios—. Y mi marido, Mack, es el jardinero.

—Estoy seguro de que mi abuelo fue muy afortunado por tenerlos a su servicio —dijo Carolyn, como si estuviera acostumbrada a tratar a los criados que, obviamente, no la aceptaban.

—¿Sabe cuándo va a volver el señor Stanford a casa? —preguntó Adam.

—Él y la señora Denison han salido a pasar el día fuera —respondió Morna resueltamente—. Supongo que van a ocupar la habitación principal, ¿correcto?

Carolyn asintió como si todo hubiera sido previsto anteriormente. Se dio cuenta, por la expresión de la mujer, de que aquel arreglo no le agradaba en absoluto.

—Es por aquí. Mack subirá su equipaje —dijo, y le lanzó una mirada significativa a sus maletas, muy poco impresionantes. Después subieron la escalera de mármol que conducía al segundo piso. Al ascender por los peldaños, Carolyn vio una serie de retratos imponentes que colgaban de la pared. ¿Serían aquellos sus antepasados? ¿Sería aquella mujer de pelo blanco su abuela? A Carolyn se le aceleró el corazón. ¿Estaría el retrato de su madre

colgado en alguna parte de la casa?

Adam sabía que ella estaba fijándose solo en aquellos cuadros, y no en la opulencia de la casa. Sin embargo, él veía riqueza en cualquier lugar donde se posaran sus ojos. Se preguntó por qué su tío no habría querido estar presente cuando ellos llegaran a la casa. Bancroft les había asegurado que Jasper Stanford dejaría sus planes a un lado para estar allí antes del mediodía.

En el segundo piso, Morna tomó un pasillo que conducía al ala este de la casa y abrió una suite de habitaciones que empezaban en un enorme salón.

—Esta es la habitación principal —dijo la mujer, en tono cortante, mientras los guiaba hasta llegar a una estancia con una cama enorme en un lado y una gran chimenea al otro—. Recogimos todos los objetos personales de la habitación, los armarios y los cajones. Supongo que encontrarán todas las habitaciones perfectamente ordenadas.

—Estoy segura —respondió Carolyn en tono impersonal. Estaba acostumbrada a tratar con enfermeros y enfermeras officiosos, y ciertamente, no iba a permitir que el ama de llaves llevara la voz cantante.

Carolyn inspeccionó la habitación, decorada y amueblada con preciosas antigüedades que de seguro habrían pertenecido a la familia durante generaciones. Las ricas cortinas eran de terciopelo, y las alfombras eran persas. Pero lo que más le llamó la atención a Carolyn fue la cama, con su impresionante cabecero de marquetería.

«¿Dónde va a dormir Adam?», se preguntó.

Cuando vio que él desaparecía por una puerta que conducía a otra estancia, se sintió aliviada. Seguramente, habría otra habitación allí.

—¿Necesitan algo más? —preguntó Morna.

Carolyn se volvió hacia el ama de llaves.

—No, gracias, Morna. Por el momento estaremos perfectamente.

—Ningún otro miembro de la familia estará en casa a la hora de comer. Buddy ha salido en su barco, y Lisa está en el club —su tono dejó claro que no tenía ninguna intención de preparar la comida.

—Bueno, entonces me imagino que comeremos solos —le dijo Adam, que la había oído mientras entraba en la habitación—. Daremos un paseo por aquí arriba y bajaremos más tarde.

Morna pareció indignarse, pero se las arregló para asentir. Los miró por encima una vez más y se marchó.

—Brrr —murmuró Carolyn estremeciéndose burlonamente—. Esa mirada

heladora me ha llegado a los huesos. ¿No crees que deberíamos haber sido más benevolentes con ella? ¿Darle el día libre, o algo así?

—El servicio puede volverse muy autoritario si se lo permites —le advirtió él—. Si no estás alerta, te verás a ti misma atendiéndoles a ellos. Mantente firme, cariño.

Cariño. La expresión de cariño la tomó por sorpresa. «Más vale que te controles, Carolyn», pensó. Mucha gente usaba esa palabra sin que significara nada en absoluto.

—Ojalá hubieran dejado algunas de las cosas de mi abuelo. Todo parece tan... impersonal... —miró a la gran cama y frunció el ceño—. Es tan alta que parece que necesitas un taburete para subirte, y tan ancha como para cuatro personas.

—¿Y qué te parece para dos?

Ella lo miró para ver si estaba bromeando. Pero no lo estaba. De repente, notó la boca seca.

—¿Qué estás diciendo? No vamos a dormir juntos —dijo sin rodeos.

—Me temo que sí —replicó él, en el mismo tono firme—. Pero solo en el sentido literal de la palabra.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó ella, sin dar crédito.

—La forma más rápida de que alguien se dé cuenta de que nuestro matrimonio no es real es que noten, por detalles, que no dormimos juntos. Por supuesto, los dos tendremos que atenernos a un código de honor —añadió él con una sonrisa—. Y tú tendrás que prometer que te quedarás en tu lado de la cama.

¿Cómo podía conseguir él que aquella situación pareciera más ligera? Solo la visión de su cuerpo viril tumbado a su lado hizo que las hormonas de Carolyn se revolucionaran de una forma inusitada. ¿Dormiría desnudo? ¿Qué pasaría si ella se daba la vuelta y se encontraba con su cuerpo sugerente?

—¿Y qué pasa con la habitación de al lado? —preguntó ella.

—Esa habitación es un estudio —le dijo Adam.

—Bueno, si hay un sofá, yo puedo dormir ahí perfectamente —le informó Carolyn—. La cama de mi apartamento es muy estrecha, y casi todos los muelles del colchón están rotos.

Pero cuando ella se encaminó hacia la otra habitación, él la alcanzó y la detuvo.

—Lo siento, Carolyn, pero no podemos arriesgarnos a que alguien entre y

nos encuentre durmiendo separados. Hay mucho en juego aquí —dijo, y le puso las manos sobre los hombros—. Te prometo que lo de dormir juntos será estrictamente platónico, y nada más.

Ella quería creerlo, pero el sentido común se burlaba de aquel acuerdo. ¿Cómo iban a conseguir mantener una relación estrictamente platónica y profesional en una situación tan íntima? Y sin embargo, no tenía otra elección. De nuevo, se advirtió a sí misma que debía calmarse. Accedería a hacer lo que fuera para que aquel matrimonio de conveniencia fuera creíble. Después de todo, ella ya sabía que tendría que soportar exigencias que desafiarían su decisión de mantenerse firme hasta que Adam terminase con éxito la investigación.

—De acuerdo —dijo ella, y forzó una sonrisa—. Pero nada de intentar llevarte las mantas.

—Te lo prometo.

Él estaba a punto de quitarle las manos de los hombros cuando oyeron el sonido de unos pasos en el pasillo. Entonces, dejó que se deslizaran por la espalda de Carolyn y la acercó a sí para que pareciera que estaban abrazándose, cuando Mack llamó titubeante a la puerta, que estaba entornada. Era un hombre bajo y cuadrado, con la cara redonda y rubicunda.

—Disculpen —murmuró—. Morna me dijo que les subiera estas cosas.

—Sí, muchas gracias —respondió Adam, manteniendo una mano en la cintura de Carolyn mientras se volvía hacia el hombre—. Su esposa nos ha dicho que es usted el jardinero.

—El jardín está maravilloso —le dijo Carolyn—. No puedo esperar para dar un paseo. Me temo que no sé el nombre de las flores y árboles que usted ha plantado, pero puedo decirle que tiene usted buena mano para las plantas.

A él se le enrojecieron aún más las mejillas y pareció que estaba encantado.

—Muchas gracias, señora —dijo. Asintió y salió de la habitación sin decir nada más.

—Muy bien, Carolyn. Creo que puedes haberte hecho un aliado en la casa.

—Lo decía de verdad —a ella no le gustó nada que Adam hubiera supuesto que sus comentarios habían sido calculados.

—Lo sé. Y eso me preocupa un poco. Tienes tendencia a decir siempre lo que piensas. Y eso, en esta situación, podría resultar peligroso. No te fíes de nadie —le advirtió—. No confíes en nadie.

Ella miró significativamente a la cama.

—No lo haré.

Entonces, él soltó una carcajada que le salió del alma.

Les sirvieron la comida en una terraza, al lado de las puertas dobles que daban paso al jardín por la parte de atrás de la casa. Una chica asiática, callada y tímida, les llevó una deliciosa ensalada de mandarina, rollos de patata calientes y una macedonia. Les dijo que se llamaba Seika y que era hija del cocinero, el señor Lei. Sus dos hijas eran doncellas, y parecía que los tres eran nuevos en el servicio. Adam se preguntó si aquel cambio habría sido cosa de Della, y por qué.

En cuanto les sirvieron el postre y el café, Adam se inclinó hacia Carolyn.

—Pide otra taza de café y quédate en la mesa tanto tiempo como puedas. Ya es hora de que eche una ojeada por ahí.

Carolyn reprimió el deseo de preguntarle cómo iba a hacerlo. Sabía que tendría que acostumbrarse a que él actuara sin su aprobación, pero no era fácil aceptar el hecho de que iba a mantenerla aparte de muchas cosas. Y aun así, sabía que era lógico que no le transmitiese cierta información que ella, inadvertidamente, podría dejar escapar.

Adam se levantó rápidamente de la mesa, entró en la casa, y fue hacia la escalera principal sin que nadie lo viera. Por sus informes sabía que Della, Jasper, Lisa y Buddy ocupaban el ala de la casa opuesto al que se les había asignado a Carolyn y a él. Por suerte, todos ellos estaban pasando el día fuera. Quería saber cómo era aquella gente, y hacer un escrutinio rápido de sus habitaciones sería muy útil.

Cuando entró en las habitaciones que ocupaban Jasper y Della, le pareció obvio que convivían. Sus cosas estaban mezcladas al estilo de un matrimonio. Cada uno tenía su propio vestidor, y a juzgar por la ropa que vio, parecían bastante conservadores en su forma de vestir.

Sin embargo, lo que más interés suscitaba para él era un estudio adjunto que, evidentemente, era el despacho que usaban en casa. Había una gran mesa con un avanzado equipo informático. Todo lo necesario para hacer transacciones y negocios estaba allí, y parecía, por las notas y memorándums que había en la mesa, que Della pasaba trabajando largas horas en aquella oficina.

Al instante, la mente de Adam se llenó de especulaciones. ¿Qué tipo de programas informáticos usaría Della? ¿Le servirían de ayuda en sus investigaciones sobre Horizon? ¿Tendría tiempo para entrar en el sistema? Todas aquellas preguntas se desvanecieron cuando oyó voces apagadas que venían desde el vestíbulo.

¡Se estaba acercando alguien!

Se quedó mirando a la puerta y rogó que nadie la abriera. Las voces se acercaban. Un hombre y una mujer. Demonios, eran Jasper y Della, que habían vuelto a casa.

—No tenemos más remedio, Jasper, y lo sabes —decía Della—. No importa lo que pensemos de ella. No podemos hacer nada. Tenemos que seguir adelante y aprovechar las oportunidades que se nos presenten. Todavía no puedo creerme que Arthur nos hiciera esto.

Como respuesta, solo obtuvo un gruñido suave.

—Morna me ha dicho que están comiendo en la terraza —continuó la mujer—. Vamos a arreglarnos un poco y bajaremos con la mejor de las sonrisas.

Adam exhaló por fin cuando ellos hubieron entrado en su habitación, dándole la oportunidad de deslizarse hacia el pasillo. Lo único que podía hacer en aquella situación era bajar con Carolyn antes de que Della y Jasper se le adelantaran.

Ellos habían dejado la puerta del dormitorio abierta, así que salió al pasillo sin ser visto. Al pasar por delante de las puertas de las habitaciones que, obviamente, ocupaban Lisa y Buddy Denison, miró al interior. La de Lisa estaba amueblada con piezas de diseño, y la de Buddy era la habitación de un hombre joven, con muebles cómodos y muchos recuerdos de sus aficiones: la vela, el golf y el tenis. El típico rico ocioso.

No había ni rastro de nadie en aquel extremo del pasillo, tal y como él había esperado. Solo dos puertas. La primera que abrió era la de un armario de ropa de cama, pero cuando abrió la segunda, dejó escapar un suspiro de alivio.

—Bingo.

Él sabía que en aquellas mansiones antiguas siempre había una escalera oculta para el servicio. Era muy importante que los criados pudieran moverse entre aquellos a quienes servían sin abarrotar los pasillos y las escaleras principales.

Cuando Adam cerró la puerta tras él, quedó en la oscuridad completa, a excepción un fino hilo de luz que entraba por debajo de la puerta, al fondo de las escaleras. En el pasadizo, el aire olía a humedad, así que Adam dudó que siguiera usándose, y temió que la puerta de abajo pudiera estar cerrada. Cuando bajó, presionó el pomo para abrir, y aunque se resistió, finalmente se abrió con un chirrido. Al salir vio un pasillo estrecho que se dirigía a la cocina, y otro que iba hacia una pequeña puerta que daba al exterior.

Salió y se apresuró hacia la terraza.

Estaba felicitándose a sí mismo por haber sido capaz de volver a la mesa, con Carolyn, sin que nadie lo hubiera visto, cuando se dio cuenta de que ya no estaba sola.

Había un joven con el pelo castaño y rizado sentado a su lado. Llevaba una gorra de capitán. Carolyn y él se lo quedaron mirando cuando hizo aparición en la terraza.

Al acercarse, Adam supo que el telón se había levantado y había llegado el momento de comenzar una representación muy peligrosa.

Carolyn estaba a punto de levantarse de la mesa y volver a su habitación cuando le llamó la atención un pequeño velero que se acercaba al embarcadero de la mansión. Después de amarrar, un joven saltó a tierra con agilidad y se acercó alegremente por el camino hacia la terraza.

Carolyn supo al instante quién era. Buddy Denison. Por unas cuantas cosas que Adam y Bancroft le habían contado, ya se había formado una idea sobre él. Era un joven que vivía de sacarle dinero a su madre y que solo se dedicaba a sus propios intereses. La vela debía de ser uno de ellos, pensó Carolyn, mientras lo veía acercarse. Era un muchacho de estatura media, fuerte, y abrió mucho los ojos marrones al ver a Carolyn allí sentada, mirándolo.

—Pero bueno, la chica millonaria en persona. Mamá me dijo que llegarías hoy —dijo él, y le dedicó una sonrisa tímida—. Me advirtió que estuviera presentable. Supongo que ya es demasiado tarde.

Su comportamiento relajado hizo que Carolyn se calmara.

—Estás muy presentable, Buddy —le aseguró ella, asintiendo en aprobación de su ropa blanca de navegar, totalmente a la moda—. Soy Carolyn —se presentó, y extendió la mano.

Él se limpió la palma en los pantalones antes de tomar la de Carolyn.

—Encantado de conocerte... Quiero decir... —titubeó, buscando la forma más adecuada de saludar a alguien que podría echarle de la casa en cualquier momento.

—Es una situación extraña, ¿verdad? —dijo ella, con sinceridad—. Por favor, siéntate.

—¿Es verdad que eres médico? —le preguntó mientras se dejaba caer en la silla que Adam había dejado libre—. No lo pareces.

—Acabo de licenciarme —respondió ella, sin darle importancia—. Es bonito, tu velero.

Él sonrió resplandeciente.

—Es precioso. No va con la casa. Es mío —dijo, con un tono de advertencia—. No te lo puedes quedar.

Antes de que Carolyn pudiera responder, Adam apareció en la terraza, doblando una esquina de la casa.

—Veo que has encontrado compañía mientras he dado mi paseo —dijo Adam agradablemente, mientras se sentaba enfrente de Buddy.

—Este es mi marido, Adam Lawrence —dijo Carolyn. De puro alivio porque Adam hubiera aparecido, le tomó la mano y se la apretó—. Cariño, Buddy me estaba hablando de su velero.

Pero no supo adónde habría llegado aquella conversación, porque la voz de la madre de Buddy se introdujo en la conversación.

—Buddy, no sabía que ya habías vuelto. Creía que habías dicho que estarías fuera todo el día —dijo Della, al salir a la terraza.

—No, eso es lo que tú dijiste que iban a ser tus planes. ¿Por qué has vuelto tan pronto? —le preguntó él, con una sonrisa—. No podías esperar a comprobar por ti misma cómo era la chica millonaria, ¿a que no?

—Compórtate, Buddy —dijo ella, y antes de que pudiera continuar, se oyó una exclamación de sorpresa ahogada que llamó la atención de todo el mundo.

Un hombre alto y delgado, con los hombros ligeramente encorvados, acababa de salir de la casa y se había quedado mirando a Carolyn como si fuera un fantasma. Mientras se acercaba lentamente a ella, murmuró:

—Dios santo, es la pequeña Alicia, hecha una mujer.

Carolyn se levantó rápidamente.

—¿Tío Jasper?

Tuvo una sensación en el pecho que no supo si podría seguir respirando. Él la estaba mirando con tal intensidad que parecía que se iba a meter en su alma. Della iba a decir algo cuando él dejó escapar un profundo suspiro.

—Entonces, ¿es cierto lo que creía Arthur? ¿Eres la hija de Alicia?

Carolyn asintió e intentó encontrar las palabras para decirle que ella estaba tan asombrada como él por haberse enterado de que era la hija de su hermana.

—¿Y dónde has estado durante estos años? ¿Y por qué tu madre nos rompió el corazón a todos de aquella manera? —su tono era acusatorio, como si el rencor acumulado durante años hubiera encontrado por fin su salida.

—No sé nada acerca de mi madre excepto lo que me han contado —respondió Carolyn con firmeza, bajando los brazos que había levantado para darle un abrazo a su tío. La mirada de aquel hombre no expresaba aceptación ni alegría. Parecía que el solo hecho de verla revivía un fuego que se había

mantenido a baja intensidad durante toda la vida, y Carolyn pensó con amargura que quizá hubiera sido mejor haberse quedado sin sus derechos de nacimiento.

Della se adelantó, dejando a Jasper a un lado deliberadamente.

—Carolyn, siento no haber estado aquí para recibirte a ti y a tu marido.

Adam estaba listo para saltar y proteger a Carolyn de Jasper y Della, si hubiera sido necesario. Observó a Della: era una mujer de unos cincuenta años, con el pelo bien cortado, rizado y teñido de oscuro. Llevaba los ojos pintados y los labios cubiertos de un carmín brillante. Iba vestida con una sencilla túnica que disimulaba su figura algo gruesa. Su presencia emanaba una autoridad que le advirtió a Adam que debía mantenerse alerta.

—Soy Della Denison —le dijo ella, mirándolo por primera vez.

—Creo que ya saben quién eres, mamá —dijo Buddy, con los ojos castaños brillantes, obviamente disfrutando de la escena—. Me supongo que no hay sorpresas en esta pequeña reunión. Somos una familia feliz, ¿verdad?

Miró a Carolyn y le guiñó un ojo, como si estuviera compartiendo una broma privada con ella. En cierto modo, ella le agradeció su comportamiento juvenil y algo inapropiado. Al menos, era sincero.

—Siento que te haya disgustado verme, tío Jasper —dijo Carolyn, fijando su atención en él en vez de en su compañera—. Sé que esta situación es difícil. Ojalá hubiéramos podido conocernos mientras mi abuelo estaba vivo.

—No puedo creerme que Arthur no me lo contara —se lamentó él—. Incluso aunque mi hermana, Alice, y yo, no tuviéramos una relación muy cercana, ya que había diez años de diferencia, me merecía saberlo.

—¿Él no te dijo nada de que me había encontrado y de que me estaba ayudando económicamente para que siguiera con la carrera de medicina? —le preguntó Carolyn. Estaba ansiosa por encontrar la más pequeña conexión entre ella y el hombre que la había hecho su heredera.

—Ni una palabra —respondió Della, en su tono cortante, antes de que Jasper respondiera—. Pero así era Arthur. Trabajé para tu abuelo diez años, y siempre tenía que averiguar cosas que él se empeñaba en mantener en secreto. Por supuesto, esta situación sobrepasa cualquier otra —dijo, sin molestarse en ocultar el resentimiento de su voz.

—Tranquila, mamá —dijo Buddy, en tono de disculpa, mirando a Carolyn. Della le hizo caso omiso a su hijo.

—Arthur tenía la costumbre de no explicar nunca lo que estaba haciendo.

Créeme, no era fácil hacer que las cosas marcharan bien en la empresa cuando él ocultaba tantos detalles.

—Arthur nunca interfirió en mi trabajo en el laboratorio —dijo Jasper, como si sintiera la necesidad de defender a su padre—. Le gustaba mi forma de manejar las cosas.

—Entonces, ¿por qué no te dejó el cincuenta y uno de las acciones, en vez del treinta y nueve? Al fin y al cabo, tú eras su hijo —dijo ella, con amargura.

—No parece que eso esté bien, ¿verdad? —intervino Adam, avivando el fuego deliberadamente—. Me pregunto por qué no lo hizo.

—Porque era un sentimental, por eso no lo hizo —respondió Della, dejando aparte los fracasos y las quiebras de Jasper en sus negocios—. Y Carolyn va a darse cuenta, en poco tiempo, de que Horizon necesita algo más que sentimientos para mantenerse a flote —dijo. Después añadió, significativamente—: Por supuesto, no hay ninguna razón por la que tengas que involucrarte en la dirección de la empresa. Es un trabajo muy exigente. Estoy segura de que vosotros dos tendréis planes propios.

Carolyn y Adam evitaron mirarse. Della había dado en el clavo sin saberlo. Por supuesto que tenían planes propios, pero ciertamente, no de la clase que pensaba aquella mujer autoritaria.

—Quiero familiarizarme con Horizon —dijo Carolyn suavemente—. Soy médico, y tengo interés en la industria farmacéutica. Por supuesto, no pretendo dirigir la compañía de la noche a la mañana, pero creo que mi marido podría ser de ayuda a la hora de señalar nuevos métodos para optimizar la producción —continuó, y miró a Adam con dulzura—. ¿Por qué no se lo dices, cariño?

Mientras Jasper y Della escuchaban a Adam explicarles su trabajo de consultor, su hostilidad se hizo palpable.

—Así que —terminó Adam muy serio— he dejado todos mis otros compromisos a un lado mientras me dedico a Horizon, para después hacer todas mis recomendaciones.

Della tenía los labios apretados.

—Para ser sincera, Adam, no hay necesidad de optimizar nada en Horizon. Nuestra producción y los departamentos de embarque y logística funcionan perfectamente, y creo que sería un error alterar ese funcionamiento.

—No quiero que nadie entre a husmear en mi laboratorio, ni a decirme qué es lo que debo cambiar —añadió Jasper rotundamente—. Sobre todo, alguien

que probablemente no sabe lo que es un crisol.

Adam soltó una carcajada, intentando disminuir la tensión.

—Entiendo tu postura, Jasper. No tienes tiempo que perder con alguien que carece de los conocimientos necesarios para entender lo que estás haciendo.

—Bueno, a mí me encantaría conocer tu laboratorio —dijo Carolyn, sabiendo que Jasper no podría poner en duda sus conocimientos—. Será una buena ocasión para aprender más sobre la investigación química.

«Bien hecho», pensó Adam. Estaba satisfecho de ver cómo Carolyn había usado su condición de médico para eliminar cualquier objeción que Jasper hubiera podido hacer a su presencia en su lugar de trabajo.

La conversación llegó a un punto muerto, y la risa suave de Buddy fue lo único que rompió el silencio.

—Pensamos que sería apropiado invitar a unas cuantas personas esta noche —dijo Della, dedicándoles a Adam y a Carolyn una sonrisa que no le alcanzó la mirada—. Una reunión informal, sobre todo con gente de la empresa. No queríamos apresurar las cosas, pero ya que no sabíamos cuáles eran vuestros planes, pensamos que conocer a alguna gente facilitaría la situación. Ha habido muchos comentarios desde que se han enterado de que iban a tener una nueva jefa.

En apariencia, era un gesto amistoso, pero Adam se sintió cauteloso y desconfiado. ¿Tendría Della planes ocultos? Él sabía que a Carolyn no le agradaría en absoluto la idea de ser exhibida ante un grupo de gente, pero en lo que se refería a su investigación, aquella reunión sería muy beneficiosa.

—Mejor será que te pongas en pie de guerra, Carolyn —le advirtió Buddy con una sonrisa, sin hacer caso de la mirada afilada que le lanzó su madre.

Más tarde, de vuelta en su habitación, Adam y Carolyn se sentaron en un sofá en el pequeño estudio, hablando en voz baja. Ella estaba intentando calmar los nervios que le había producido la idea de la velada que se avecinaba.

—¿Por qué crees que Buddy ha dicho eso?

—Probablemente, porque sabe que su madre es un dragón posesivo con todo lo que se refiere a Horizon. Della no quiere que ni tú ni yo invadamos su territorio. Como el interés de Jasper está centrado en su laboratorio, tu abuelo

fue dejando gradualmente el resto de la empresa en las capaces manos de Della, y es obvio que siente que las cosas son suyas.

—Entonces, ¿cómo vas a poder arreglártelas para investigar con ella de por medio?

—Mi mujer va a superar todas sus objeciones —dijo Adam. Sentado a su lado era consciente de que cada respiración que exhalaba. Su reacción ante la embriagadora fragancia de su perfume y la suavidad juguetona de su pelo le tomaron por sorpresa.

Mi mujer. Carolyn se quedó rígida. Sabía que aquella palabra no significaba nada para él, pero hizo que se sintiera incómoda.

—¿Y cómo va a conseguir eso tu mujer?

—Imponiendo su autoridad.

—No sé si podré hacerlo. Necesito tiempo para adaptarme, para aprender, para saber dónde estoy.

—Pues tiempo es precisamente lo que no tenemos —respondió él con firmeza—. No, si queremos frenar la distribución ilegal tan rápido como sea posible.

Ella suspiró, y Adam tuvo que reprimir el impulso de acercarla a su cuerpo y hacer que descansara la cabeza sobre su pecho. Había enterrado sus sentimientos desde que había perdido a Marietta, y sentir que el deseo se despertaba en él le había asombrado. Temía estropearlo todo en cualquier momento, traicionar la confianza de Carolyn con un gesto torpe o una palabra desafortunada.

—¿Y por qué crees que Della ha invitado a gente de la empresa para que los conozcamos el primer día? —preguntó ella, buscando en la expresión de su cara la seguridad que necesitaba.

—¿Quién sabe? —«probablemente, para hacer que te sientas desconcertada», pensó él.

—Estoy asustada —admitió—. ¿Qué pasa si cometo muchos errores y lo estropeo todo?

Adam era consciente de que lo que le estaba pidiendo que hiciera sería difícil incluso para un agente con experiencia. Ella no ignoraba el peligro de aquella investigación, pero él no había querido insistir en aquel punto para evitar que Carolyn tuviera que vivir en el miedo.

A propósito, había evitado hablar sobre la muerte de su abuelo. Hasta que supiera si el atropello había sido intencionado, no lo haría. Aumentar su

miedo y su aprensión sería contraproducente. Además, sabía que manejar a la gente curiosa de la empresa a la que Della había invitado aquella noche era una prueba que ella superaría fácilmente.

—Quizá esto sea lo mejor. Enfrentarte a la situación lo antes posible —dijo él, intentando poner la nota positiva.

Adam se había dado cuenta de que el encuentro de Carolyn con su tío no era lo que ella había esperado en absoluto. Estaba dispuesta a ofrecerle cariño y afecto, y él solo se había centrado en el disgusto que había sentido por el comportamiento de su hermana. El resentimiento había teñido cada palabra que había dicho acerca de Alice. Además, era obvio que el asunto de la herencia había sido una ofensa para Della, y Adam no dudaba ni por asomo de que la guerra acababa de empezar.

—No tengo nada apropiado que ponerme —dijo Carolyn, dejándolo asombrado.

Aquel cambio de perspectiva repentino hizo que Adam le pusiera los brazos alrededor de los hombros y le diera un abrazo.

—Lleves lo que lleves, serás más sexy que cualquiera de las mujeres que estén ahí abajo.

Ella se quedó tensa, y él supo que había usado el adjetivo equivocado. Estaba claro que Carolyn no se veía sexy, pero quizá debiera hacerlo. ¿Habría disfrutado de su sexualidad alguna vez? ¿Habría estado enamorada? Incluso aunque aquellas preguntas recorrían su mente, algo en lo más profundo de su ser se negaba a averiguarlo.

Sin embargo, encontró las respuestas mucho antes de lo que hubiera esperado.

Carolyn estaba junto a Adam en mitad del salón mientras una docena de invitados pululaban por allí, sonriendo, riéndose y hablando en voz baja mientras le lanzaban miradas subrepticias a la pareja. Seika y su hermana, Lotuse, pasaban con bandejas de bebidas, y mientras que Morna, con la cara hasta el suelo, vigilaba el delicioso bufé.

A Carolyn le desagradó el hecho de ser exhibida, tal y como había esperado. Ni siquiera la mirada admirativa de Adam mientras asentía al verla con su vestido de verano amarillo había conseguido infundirle demasiado coraje. Él estaba muy atractivo, con unos pantalones marrones y una camisa

blanca que le marcaba ligeramente los hombros.

Tenía una sonrisa amable para todo el mundo. Carolyn nunca había conocido a ningún hombre que se relacionara con tanta facilidad con un montón de extraños. Tenía una energía persuasiva que hacía que todo el mundo asintiera encantado cuando les estrechaba la mano e inclinaba levemente la cabeza para escuchar atentamente lo que tuvieran que decirle.

Cuando demostraba abiertamente el afecto hacia su esposa, Carolyn notaba que respondía a sus encantos a un nivel que la asustaba. Sus expresiones, «cariño», «mi amor», eran como semillas arrojadas a un campo fértil.

«Tranquila, chica. Despacio». No era momento para tener fantasías peligrosas. Todo era una representación y tenía que llevarla a cabo a la perfección, se recordó a sí misma.

La manera en la que él retenía todos y cada uno de los nombres de la gente que los saludaba era asombrosa. Para ella no eran nada más que una procesión vaga. No había nadie que la interesara realmente, hasta que Lisa Denison entró en la habitación, vestida todavía con la ropa de jugar al tenis.

Della miró horrorizada a su hija, pero Lisa no le prestó atención. La muchacha era pequeña, curvilínea y lo suficientemente guapa como para aparecer en la portada de cualquier revista, y Carolyn tuvo la impresión inmediata de que Lisa Denison dictaba sus propias normas y al diablo con las de los demás.

—Así que tú eres la gran sorpresa de Arthur —dijo ella, cruzando la habitación para saludar a Carolyn—. ¿Te has dado cuenta de la suerte que tienes? Seguro que nunca habías pensado que podría ocurrirte algo así —dijo, y sonrió con sinceridad.

—Todavía me estoy pellizcando —convino Carolyn. Quizá lo hizo porque sospechaba que la muchacha había aparecido así en la reunión para molestar a su madre, y aquel sencillo gesto las ponía en el mismo bando. No había mucha gente que le cayera bien a Carolyn al instante, pero Lisa Denison fue una de esas personas. Sin darse cuenta, se encontró correspondiendo a la sonrisa de la joven.

—Y tú debes de ser el marido sorpresa —dijo Lisa, sonriendo también a Adam al tiempo que lo inspeccionaba y asentía aprobatoriamente.

—Ese soy yo —respondió Adam, con otra sonrisa tan descarada como la de Lisa—. Encantado de conocerla, señorita Denison.

—Bueno, tengo que decir que Carolyn es doblemente afortunada —declaró

Lisa, con una carcajada—. Seguro que vosotros animaréis un poco este lugar tan aburrido. Es posible que me quede un poco más. Por supuesto, vosotros tendréis una vida mucho más interesante como para estar en este mausoleo para siempre. Hay cosas que ver, y lugares a los que ir —dijo, y frunció el ceño—. ¿Para qué sirve tener dinero si no sabes cómo gastártelo?

—Estoy de acuerdo —dijo Carolyn—. Quizá tú podrías enseñarme algunas buenas tiendas. Voy a necesitar consejo femenino en esos asuntos.

—Yo soy la más apropiada para eso —dijo Lisa, y miró de arriba abajo la esbelta figura de Carolyn con una sonrisa de complicidad. Después le guiñó un ojo a Adam—. No vas a conocerla cuando termine con ella.

Entonces se despidió saludándolos con la mano y se dirigió al bufé a coquetear con un joven que estaba allí.

—Buen trabajo —susurró Adam—. Lo has hecho muy bien.

—¿De verdad? —ella ni siquiera había estado pensando en sus planes secretos. Al hacer buenas migas con Lisa solo había estado siguiendo un impulso. ¿Qué pasaría si continuaba actuando espontáneamente y cometía algún error grave que ponía en peligro sus vidas? De repente, se sintió muy inquieta.

A medida que se acercaba más gente a conocerlos, ella se concentró en dar respuestas poco comprometedoras a las preguntas que le hacían sobre su futuro papel en la empresa. Se estaba preguntando cuándo podrían escaparse de allí cuando se les acercó un hombre joven, rubio, con un vaso en la mano y una sonrisa en los labios.

—Como en los viejos tiempos, Caro. La última vez que te vi fue en una fiesta.

—¡Cliff Connors! —exclamó ella, sorprendida. Realmente, no esperaba encontrárselo allí. Había sido compañero suyo en la universidad, y tenía todos los puntos para convertirse en un gran científico, pero había acabado por estropearlo todo.

Él se rio al notar su asombro.

—Sí, soy el viejo Cliff.

Carolyn se lo presentó a Adam.

—Estábamos en la misma clase en la facultad, y estudiamos muchas veces juntos. Fueron años difíciles para todos.

—Lo que está intentando decir de un modo agradable es que yo lo dejé. Mi fiesta de despedida fue una juerga que nunca olvidaré —dijo, riéndose entre

dientes—. ¿Quién habría pensado que los dos acabaríamos aquí? Yo he sido ayudante de laboratorio de Jasper durante un año, y aquí estás tú, preparada para hacerte con la empresa. ¿Cómo es posible que yo tenga tanta suerte? —le guiñó un ojo—. No me vendría mal un aumento de sueldo.

—Bueno, veremos lo que puedo hacer —respondió Carolyn, siguiéndole el juego.

—Me alegro de verte viviendo a lo grande. No he conocido a nadie que se lo mereciera más. He oído que al final, ese doctor Meyerson dejó a su mujer —dijo. Miró a Adam, y después a Carolyn de nuevo—. Aunque supongo que es un poco tarde para que se aproveche de los beneficios.

—Siempre fue demasiado tarde —respondió ella. Sin embargo, estaba apretando tanto los puños que se clavó las uñas en la carne. Sintió frío, y acto seguido, una ira asfixiante que pensó que había muerto hacía muchos años.

—Tenemos que quedar para hablar de los viejos tiempos —la sonrisa de Cliff parecía inocua, pero había una implicación tácita en sus palabras. Se dio la vuelta y se alejó.

Adam supo, por cómo le latía el pulso a Carolyn en el cuello, que estaba luchando por mantener el control. Le deslizó un brazo por la cintura.

—Cariño, vamos a salir un momento. Con suerte, ni siquiera nos echarán de menos.

Ella asintió y le permitió que la guiara hacia la puerta que conducía al jardín.

Siguieron un camino que los condujo hacia el embarcadero. Allí había tranquilidad, y Carolyn señaló con la cabeza hacia un banco cercano.

A la luz de la luna, el rostro de Carolyn estaba pálido, y le temblaron los labios al preguntar de sopetón:

—Bueno, ha sido divertido, ¿eh?

—¿Quieres que hablemos de ello? —le preguntó él con suavidad.

—No. Lo que quiero es olvidar lo tonta que fui... —dijo, con la voz ronca.

—Todos somos tontos en un momento u otro. Me temo que la vida es así.

—Creía que el dolor había desaparecido, pero todavía está ahí —dijo ella, y miró al cielo durante un largo momento. Después empezó a contarle lo que había ocurrido durante su tercer año de carrera.

Mientras Adam la escuchaba, pensó que era una historia bastante común. El doctor era un profesor guapo, que probablemente elegía estudiantes vulnerables en cada clase, chicas que fueran receptivas a sus ardientes

atenciones.

Carolyn fue una víctima perfecta. No tenía familia, luchaba sola en la vida y se moría por tener a alguien que la quisiera.

—Supongo que sabía lo que realmente estaba ocurriendo, pero necesitaba desesperadamente creer que le importaba a alguien. Cuando estaba con él, me parecía posible que fuera a acabar con su matrimonio infeliz por mí. Entonces, yo tendría un hogar real —dijo, y se ahogó con una carcajada amarga—. Todo lo que ocurrió fue que me dejó cuando llegaron las nuevas estudiantes a la facultad, a principios del año siguiente. Me dijo que él y su esposa se habían reconciliado. Supongo que al final, ella se cansaría de sus mentiras. De todas formas, yo aprendí la lección. Fin de la historia.

—¿Tú crees? Si la sola mención de su nombre puede hacer que permanezcas atrapada en el pasado, ese miserable ha ganado —dijo él, y frunció el ceño—. Cuéntame cosas de este Cliff. ¿Sabía él lo de tu aventura con el profesor?

—Sí. Nos pilló un día en el despacho de Eric. Pero que yo sepa, nunca se lo dijo a nadie. En realidad, no tenía mucho contacto con él. Era muy listo, pero nunca se tomó los estudios con seriedad. A nadie le sorprendió mucho que lo dejara. ¿Por qué me lo preguntas?

—Parece que su mención de tu episodio con ese profesor ha sido deliberada. Ahora que ya conozco la historia, me pregunto... ¿Tú crees que sería capaz de chantajearte?

Ella tragó saliva.

—Realmente, no lo sé. Cuando estábamos en la facultad no hizo circular la historia.

—Pero ahora que tienes tanto dinero, podría tener una idea diferente de las cosas.

A ella le temblaron los labios, pero dijo con firmeza:

—Se equivoca si piensa que voy a salir corriendo asustada.

—Muy bien —dijo Adam, y le tomó delicadamente la barbilla con los dedos. Deseaba besarla con todas sus fuerzas, pero se contentó con rozarle la frente con los labios—. Una vez me dieron un buen consejo: hay que aceptar el pasado si queremos avanzar hacia el futuro.

—Gracias —le dijo suavemente Carolyn—. Lo tendré en cuenta.

Continuaron sentados allí unos minutos, en un silencio relajado. Después, él le preguntó:

—¿Está lista para volver a la fiesta, señora Lawrence?

—Sí, señor Lawrence.

Agradecida por el calor de su cuerpo fuerte al rozarla mientras caminaban hacia la casa, ella se dejó creer durante un instante que estaba viviendo un sueño romántico.

Carolyn se quedó tumbada en su lado de la enorme cama, completamente despierta, mirando al techo. Oía la respiración rítmica de Adam a su lado. Cuando iban a acostarse, ella se había quedado en el baño todo el tiempo que había podido. Se había dado una ducha rápida y se había secado y cepillado el pelo hasta que los rizos se le habían alborotado alrededor de la cara.

Sentía en el estómago una sensación nerviosa que se burlaba de aquel «contrato de negocios», consistente en dormir en la misma cama con un completo extraño. ¿Qué sabía en realidad de Adam Lawrence? Prácticamente nada. Él había admitido que había creado una telaraña de mentiras para cubrir su identidad real. ¿Cuánto de verdad habría en lo que le había contado sobre él? Los pequeños detalles personales que había compartido con ella podrían ser mentiras, también. De algún modo, él se las había arreglado para derribar sus defensas y le había despertado sentimientos que ella había negado durante mucho tiempo.

Durante toda la velada, había representado el papel de mujer enamorada de su marido, al lado de Adam, mezclándose con los invitados. Y él la había cubierto de miradas ardientes y le había dedicado todo tipo de cumplidos. Se había dado cuenta de la forma en que las otras mujeres lo miraban, y había sentido una ridícula punzada de disgusto porque ni un ápice de toda aquella adoración hacia ella fuera real. Y en aquel momento, enfrentada al desafío de dormir en la misma cama, ¿podía confiar en sí misma? ¿Podía confiar en él?

Mientras miraba su propia imagen reflejada en el espejo del baño, se dobló el cuello del pijama y se colocó los rizos desordenados. De repente, se le congelaron las manos mientras una vocecita interior se burlaba de ella.

«¿Qué demonios estás haciendo? ¿Preparándote para dormir con tu supuesto marido?»

Se tragó una carcajada nerviosa y apartó de su mente el pensamiento de que aquella era su noche de bodas. Quizá, la única que tendría en toda su vida.

Al salir silenciosamente a la habitación, se sintió aliviada de que Adam

estuviera todavía en el estudio de al lado. Entonces, se sorprendió al oír que estaba hablando por su teléfono móvil. ¿A quién estaría llamando a aquellas horas de la noche? Con curiosidad, se quedó quieta y escuchó su voz profunda.

—Eso es lo que me encanta de ti, Angel. Siempre sabes cómo...

Carolyn se tapó los oídos. No quería oír nada más. Se sintió como una estúpida al meterse a la cama. Él tenía una novia, o una esposa. Aparentemente, era una mujer que entendía la naturaleza de su trabajo. Todo lo que él le había dicho acerca de que aquello era un contrato de trabajo era cierto. Su amabilidad y su dulzura no tenían nada que ver con ningún sentimiento romántico. ¿Cómo podía haber pensado, ni por un momento, que él podría haberse sentido atraído por ella? Probablemente, estaba tan a salvo en aquella cama como una monja en su convento.

Cuando Adam apagó la luz y se metió en la cama, ella fingió que estaba dormida. Él dijo en voz baja:

—Buenas noches, Carolyn.

Entonces, ella supo que no lo había engañado. Pero él era quien había dictado las reglas, y ella iba a seguirlas.

Carolyn se despertó por la mañana y se encontró sola en la cama. El despertador marcaba las seis y media, y ella suspiró con cansancio, sabiendo que aquel iba a ser un día agotador. Adam le había advertido que su primera visita a Horizon no sería fácil.

¿Dónde estaría? Carolyn escuchó con atención, pero no oía nada desde el baño ni desde el vestidor. Debía de haberse arreglado mientras ella estaba dormida.

Se quedó en la cama unos minutos más. Estaba empezando a rebelarse. ¿Tenía el control de su propia vida, o no? ¿Por qué no podía decidir ella misma qué iba a hacer y cuándo iba a hacerlo? ¿Por qué estaba permitiendo que él orquestara su vida como si fuera un animal de compañía?

Carolyn nunca se había mentado a sí misma. La verdad era que nada había cambiado desde que se había horrorizado por haber estado a punto de darle a aquella pareja con el bebé enfermo una muestra de antibióticos de Horizon. Sabía que sus propios sentimientos no tenían prioridad en aquella situación. Si podía salvar la vida de una sola persona, no tenía elección. Tendría que

proseguir con aquello hasta que Adam terminara su investigación con éxito. Suspirando, apartó la manta y se preparó para su primer día en la empresa que su abuelo había dejado a su cuidado.

Cuando bajó las escaleras, se encontró a Adam desayunando en la cocina con Jasper.

—Buenos días, cariño —la saludó Adam, levantándose y poniéndole un brazo cariñosamente sobre los hombros. Por la forma en que Carolyn tiraba de las comisuras de los labios, Adam supo que estaba forzando la sonrisa. Cuando se había metido en la cama la noche anterior, había notado que ella se estaba intentado escapar, y en aquel momento había pensado que sería solo por lo incómodo de la situación. Sin embargo, ya no estaba tan seguro. Ella estaba tan rígida como un maniquí bajo su brazo.

Jasper se levantó caballerosamente, y Carolyn se sentó rápidamente a su lado. Su tío entrecerró los ojos al mirarla.

—Todavía no puedo creerlo.

—Yo tampoco —respondió Carolyn rápidamente—. Nunca me imaginé que estaría aquí sentada, desayunando en una casa tan bonita con mi tío.

La expresión de Jasper se suavizó un poco.

—Supongo que Arthur decidió darnos a todos una sorpresa. Era un hombre que decidía cómo debían ser las cosas y se aseguraba de que ocurrieran así —el resentimiento era evidente en su tono de voz—. En muchas ocasiones yo quise dejar la empresa y mudarme de casa, pero él siempre se las arregló para que no sucediera.

—¿Siempre has trabajado para Horizon? —le preguntó Adam, como si no supiera que Jasper siempre había dependido de su padre en el trabajo. Quería saber hasta qué punto era profunda la amargura de aquel hombre. ¿Por qué iba Jasper a quedarse en la casa de su padre, en vez de mudarse a otra casa con Della? No tenía sentido, a menos que hubiera algún beneficio adicional y oculto.

—Que yo me convirtiera en científico para trabajar en Horizon fue un plan de mi padre. Tenemos uno de los mejores laboratorios de investigación del país. Por supuesto, podría haberme cambiado a otra farmacéutica, con otro sueldo mucho mayor.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Jasper apretó los dedos delgados alrededor de la taza.

—Había otras razones —su respuesta seca no invitó a Adam a hacer más

preguntas.

En aquel momento, Della entró en la cocina.

—Buenos días —dijo con energía, saludando a Carolyn y a Adam—. Me sorprende veros en pie tan temprano. Espero que hayáis dormido bien.

—Muy bien —mintió Carolyn, con la esperanza de que el maquillaje hubiera escondido las ojeras. Estaba acostumbrada a hacer largas guardias durante sus prácticas en el hospital, y podía funcionar bien durante el día aunque no hubiera dormido mucho. Sin embargo, la emoción que Cliff había descargado en ella la noche anterior y el descubrimiento de que Adam tenía un «ángel» le habían causado un tipo de cansancio diferente.

—Gracias por la velada de ayer. Fue muy agradable —le dijo Adam a Della, mientras ella se sentaba. Le pidió a Morna su desayuno y después se volvió hacia Jasper y le hizo una caricia en la mano.

—Me parece que deberías quedarte en casa y descansar, cariño. Has estado despierto casi toda la noche.

Él no respondió, y Della se volvió hacia Carolyn.

—Algunas veces, Jasper se pasa la mitad de la noche repasando sus cuadernos y sus cuadros de resultados. Nunca le cuenta a nadie lo que está investigando hasta que no está seguro de los resultados —y su voz adquirió un tono de advertencia al decir—: Espero que no le presionarás para que explique nada hasta que no esté listo.

—Estoy segura de que el tío Jasper y yo seremos capaces de desarrollar una buena relación en el trabajo y en casa —replicó Carolyn, suavemente. Las formas autoritarias de Della no la intimidaban lo más mínimo. Tenía confianza en sí misma en cuanto a su capacidad en el mundo de los negocios, aunque en la vida personal era algo diferente.

Miró a Adam cuando este se apoyó en el respaldo de la silla. Él estaba totalmente relajado y muy atractivo con unos pantalones beis y una camisa informal, y le sonrió cuando sus miradas se cruzaron.

—Cariño, ¿quieres otra magdalena de moras? Son tus preferidas —el tono de Adam era íntimo y sugerente, como si estuvieran hablando de algo mucho más privado que unas magdalenas.

—Gracias, amor —respondió ella, enmascarando la verdadera reacción ante sus palabras. Él mentía tan bien que casi le cortaba la respiración. Tenía que admitir que era muy bueno en lo que hacía. La forma en que clavaba su mirada en ella, el suave roce de su mano cuando le daba la magdalena y su

sonrisa provocativa podrían haber hecho que perdiera el control si no supiera que su comportamiento no era otra cosa que una representación.

Ella se volvió hacia Della.

—¿Van a desayunar Buddy y Lisa con nosotros?

Jasper dejó escapar una risa socarrona y Della una carcajada seca.

—Solo si podemos llamarlo desayunar. Son criaturas nocturnas. Jasper y yo salimos para el trabajo a las ocho, la mayoría de los días, y no vemos a los niños hasta la cena, a las siete, aproximadamente.

¿Los niños? Carolyn se sorprendió de que Della utilizara aquel término, pero aquello confirmó su impresión de que su madre era la culpable de que Lisa y Buddy fueran dependientes y mimados. Carolyn no podía evitar preguntarse por qué su abuelo había permitido que Della y sus hijos vivieran de él. Quizá Arthur habría pensado que se lo debía a Jasper.

—¿Y cuáles son vuestros planes para hoy? —preguntó Della con energía, como si Adam y Carolyn fueran invitados con un programa turístico.

—¿Qué hora es la mejor para que vayamos a Horizon? —preguntó Carolyn, dando a entender que valoraba la opinión de Della—. Ya que todos estamos levantados y preparados, quizá pudiéramos ir juntos.

Adam tuvo que resistir la tentación de taparse la boca para esconder su sonrisa. Si alguna vez hubiera tenido dudas de la habilidad de Carolyn para hacerse con la situación sutilmente, se habrían desvanecido en aquel momento. Había puesto a Della, con astucia, en la situación de aceptar su sugerencia o parecer hostil.

—Bueno, sí, supongo que estaría bien, pero quizá os apetezca más ir un poco más tarde —dijo Della—. Las mañanas empiezan un poco lentas, ¿sabes?

—¿De verdad? Entonces, puede ser el mejor momento para pasear un poco y ver cómo van las cosas. ¿Qué te parece, cariño? —preguntó ella, pasándole la pelota a Adam.

—Estupendo —respondió él con entusiasmo—. Carolyn, creo que deberíamos confesar que somos adictos al trabajo —dijo, mirando a Della y a Jasper. «Ya puedes empezar a acostumbrarte a vernos cada vez que te des la vuelta», pensó. Y después dijo—: Intentaremos no molestar, de todas formas, y no interferir en vuestro trabajo diario.

Della lo miró como diciendo: ¿es que no lo estáis haciendo ya?

Jasper y Della llevaban su propio coche, un Lexus negro, y Carolyn y Adam fueron en el asiento de atrás. Al salir por la gran puerta de la casa, Adam se dio cuenta de que Carolyn estaba abrumada por toda la exhibición de riqueza. Estaba rígida, y parecía que estaba pasando una prueba insoportable. La noche anterior, cuando él se había metido en la cama, ella le había parecido diminuta, acurrucada en el otro extremo, y había tenido ganas de romper la promesa que le había hecho sobre mantener la distancia profesional entre los dos. Se dio cuenta de que solo había aceptado su apoyo durante la velada nocturna porque Cliff la había pillado con la guardia baja.

Cuando se retiraron a la habitación, ella había mostrado algo de nerviosismo, pero su actitud aquella mañana había sido distante y cautelosa. ¿Estaría preocupada porque él hubiera averiguado algunos asuntos personales suyos? Cliff Connors la había tomado desprevenida, y probablemente ella tenía muchas razones para estar preocupada por sus intenciones. No era solo que pudiera ser un chantajista en potencia, sino porque podía estar involucrado en la venta de drogas en el mercado negro.

Los esfuerzos de Carolyn por actuar como una esposa enamorada aquella mañana habrían fracasado si alguien les hubiera prestado la atención suficiente, pero por fortuna, Jasper y Della estaban demasiado concentrados en su propio mundo como para notar nada.

Mientras ella miraba por la ventana, Adam se le acercó, le puso el brazo sobre los hombros y le susurró al oído:

—Todo va bien. Lo estás haciendo a la perfección. Recuerda, hoy eres solo una visitante. No tienes que hacer ni decir nada que no quieras.

Por toda respuesta, ella asintió ligeramente.

Una suave esencia de rosas le llenó las fosas nasales cuando el pelo de Carolyn le rozó la mejilla. Su piel perfecta tenía una suave sombra de colorete, y llevaba los labios pintados de un carmín color rosa pálido. Tenía ganas de besarla. Todo en ella hacía que un hombre deseara acariciarla, y él tuvo que luchar contra el impulso de dejarse llevar por sus deseos. Notó que, de repente, se le ponía la voz ronca al susurrarle:

—No va a ocurrirte nada. Te prometo que me ocuparé de que estés a salvo. Ella se volvió y lo miró con una débil sonrisa en los labios.

—Sé que lo harás. Eres el mejor.

Cuando llegaron a Horizon Pharmaceuticals, al sur de Seattle, entraron por

las enormes puertas hacia el aparcamiento. Jasper aparcó y salieron del coche. Juntos pasaron el control de seguridad y entraron en el edificio. Estaba formado por dos bloques de ladrillo rojo que se comunicaban por medio de una pasarela cubierta, y el recinto completo estaba vallado. Solamente la entrada principal del edificio de las oficinas estaba abierto al público.

Adam mantuvo su brazo en la espalda de Carolyn a medida que avanzaban. El temor que ella estaba experimentando al ver su herencia por primera vez se hacía notar en su respiración acelerada y el pulso en su esbelto cuello. Él estaba seguro de que ella no daba crédito a lo que sus ojos registraban.

—Todas las oficinas principales están en el primer piso. Aquí es donde está el personal administrativo —les explicó Della, y señaló a un gran mostrador de recepción en la entrada principal, que mantenía a los visitantes reunidos en una pequeña área de espera—. El despacho de Arthur está al final del pasillo principal, y el mío está al lado —continuó Della, y caminó hacia el ascensor—. El laboratorio de Jasper está en el segundo piso, y está comunicado con el segundo edificio, donde están los departamentos de producción, embalaje y logística. ¿Qué preferís ver primero?

—La oficina de mi abuelo.

—Yo estaré arriba, cuando subáis a ver el laboratorio —dijo Jasper, mientras apretaba el botón del ascensor. No era la invitación más cálida del mundo, pero el hombre le dedicó a Carolyn una vaga sonrisa que suavizó su prisa por marcharse.

Della se dio la vuelta y los guió hacia un vestíbulo privado. Carolyn se sorprendió de que no hubiera ninguna secretaria en el escritorio de la recepción del despacho de su abuelo. Cuando preguntó por ella, Della le respondió que la secretaria de Arthur se había retirado después de muchos años de trabajo. La prisa con la que lo dijo hizo que Carolyn se preguntara si el retiro de la mujer había sido por propia elección.

Della abrió la puerta del despacho, y los tres percibieron un ligero olor a tabaco de pipa cuando entraron. La mirada de Carolyn se posó en la gran butaca de cuero que había tras el escritorio. En su imaginación, vio a su abuelo allí sentado. La mesa estaba vacía, solo había un teléfono y un soporte de pipas. Sin embargo, Carolyn no encontró nada más en el despacho que pudiera decirle nada sobre el hombre que lo había ocupado durante tantos

años.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Della se apresuró a decir:

—Limpiamos la oficina después de que Arthur muriera. Su ordenador y sus documentos están en mi oficina. La mayoría de sus cosas personales están en casa, aunque veo que nos olvidamos de este soporte de pipas —le tembló ligeramente la boca, como si estuviera intentando reprimir alguna emoción—. Siempre sabías dónde había estado Arthur por el olor de su tabaco.

—Me gustaría mirar sus cosas más tarde —le dijo Carolyn—. Y también los objetos personales de su habitación.

—Por supuesto —dijo Della—. Lo entiendo.

—Y por favor, que vuelvan a traer su ordenador y sus papeles.

—Oh, estoy segura de que podemos darte toda la información que necesites. Nunca podrás tener una idea general del funcionamiento de la empresa sin alguna guía —la expresión de Della había cambiado, y también su tono de voz. Ya no era la empleada complaciente.

—Por supuesto que necesitaremos tu ayuda, Della —dijo Adam suavemente. No le había sorprendido el cambio de actitud. Si Arthur había dejado alguna pista sobre lo que estaba ocurriendo en Horizon, sería en sus archivos personales—. Sabemos que estás muy ocupada y tienes una gran responsabilidad, así que todo lo que podamos hacer por nosotros mismos será ahorrarte tiempo y esfuerzo. Estoy seguro de que los archivos del ordenador serán una gran ayuda.

Della debió de notar la determinación en su tono de voz, porque asintió ligeramente y dijo:

—Muy bien, haré que alguien os lo traiga. Y ahora, tendréis que perdonarme. Les diré a todos los jefes de departamento que estáis aquí. Estoy segura de que muchos de los empleados a los que conocisteis anoche estarán muy contentos de veros por aquí.

—Gracias, Della —respondió Carolyn—. Te agradecemos que nos hayas hecho sentirnos bienvenidos.

—Si yo fuera tú, no me metería en demasiados asuntos a la vez —dijo Della. Y con aquella advertencia, se marchó de la oficina y cerró la puerta con energía.

—¡Oh! —exclamó Adam—. Supongo que ya sabemos lo que piensa de que estemos aquí.

—¿Crees que sabe el verdadero motivo?

—La mayoría de la gente ve cualquier cambio como un problema. Della podría ser tan inocente como un corderito y sin embargo, estar resentida por nuestra presencia. O puede que esté terriblemente preocupada porque descubramos pruebas de que está involucrada en un delito. En realidad, no importa. Haremos lo que tenemos que hacer.

—No estoy segura qué es —admitió ella, mientras paseaba la mirada por la habitación, intentando captar la esencia del hombre que había pasado allí tantos años.

—¿Por qué no miras lo que hay dentro de los cajones del escritorio? —sugirió Adam al darse cuenta de que ella necesitaba algo que hacer.

—¿Y qué tengo que buscar?

—Cualquier cosa que pueda ser un manuscrito de Arthur. Yo inspeccionaré los armarios. Y puede que inspeccione también el mueble bar —añadió él con una sonrisa.

Algo de la tensión del rostro de Carolyn desapareció, y sonrió también.

—Sí, deberías hacerlo, pero no hasta la hora de comer.

Pasaron toda la mañana registrando la oficina, pero finalmente Adam se convenció de que no había nada que pudiera proporcionarles información. Si había habido algo que sirviera de indicio de las actividades ilegales de la empresa, había desaparecido.

Nadie los interrumpió durante la mañana, el teléfono no sonó, y nadie les llevó el ordenador de Arthur. Él no podía forzar la situación sin alertar a nadie sobre su interés oculto en la compañía. Y obligarse a sí mismo a ser paciente le estaba resultando todo un desafío.

—¿Y ahora qué? —preguntó Carolyn, desilusionada. Ella tampoco había encontrado nada que le diera una pista sobre la personalidad de su abuelo, nada sobre su empresa y nada que pudiera interesarle a Adam.

Él miró el reloj.

—¿Qué te parece si hacemos un descanso para comer? He visto una pequeña marisquería al pasar con el coche esta mañana. Podríamos ir a comer algo y después hacerle una visita a Jasper.

El primer impulso de Carolyn fue decir que no tenía hambre. Sabía que en cuanto saliera de aquel despacho, todo el mundo la miraría de nuevo. Seguramente, ya se habría extendido la noticia de que ella estaba en el edificio.

Adam le dijo burlescamente:

—¿Qué recetaría en esta situación, doctora? ¿Un ayuno prolongado? ¿O acaso se permitiría el exceso de comer y beber un poco?

Su habilidad para hacer que saliera de sí misma y se riera sorprendió a Carolyn una vez más. En vez de incrementar su ansiedad, su suave reproche hizo que se sintiera un poco más segura.

—¿Quién invita?

—Mi esposa rica —respondió él, riéndose.

Él abrió la puerta y le hizo una reverencia para cederle el paso. Cuando salieron, la puerta de la oficina de Della estaba cerrada.

Carolyn dejó escapar un suspiro de alivio cuando se vieron fuera del edificio sin haberse encontrado con nadie. Mientras caminaba hacia el restaurante con Adam, disfrutó de la sensación de victoria que experimentaba por haber terminado su primera mañana sin que hubiera sucedido ningún desastre. Con él a su lado, se sentía casi invencible.

Pero aquel sentimiento no duró mucho.

Unos minutos después de haber entrado en el restaurante y de haberle pedido a la camarera la comida, a Carolyn se le quitó el apetito de repente.

—No —dijo, mientras Cliff Connors entraba en el local. Tenía la esperanza de que no los viera, pero se desvaneció. Cliff caminó hacia ellos con una sonrisa en los labios.

Carolyn sintió amargura en la boca al enfrentarse con la amenaza que aquel hombre suponía. El recuerdo de la noche en la que se había entrometido en su intimidad con Eric le causaba vergüenza y miedo. Cliff no había ido contando la escena por ahí cuando estaban en la universidad, pero Carolyn sospechaba que el motivo no era altruista. Ella también había descubierto que él tenía una aventura con una enfermera casada. En aquel entonces, estaban empatados, pero en Horizon no importaba lo que ella supiera de él. ¿Qué pasaría si las sospechas de Adam eran ciertas? Si Cliff extendía el rumor en la prensa, su reputación estaría arruinada. ¿Qué alternativa tenía? Si cedía a un posible chantaje, no conseguiría librarse de él jamás.

Sintió que se le secaba la boca.

Adam volvió la cabeza para mirar qué era lo que había hecho que Carolyn se quedara pálida.

—Tómalo con calma —le dijo, cuando vio que Cliff se acercaba a ellos.

—Hola, Caro —saludó con una sonrisa—. La fiesta de anoche fue estupenda —les dijo a ambos.

—Sí, es cierto —respondió Adam suavemente para darle tiempo a Carolyn para que se recompusiera—. Fue todo un detalle por parte de Della. Estamos deseando pasar más tiempo con los empleados.

—He oído que habéis estado en el edificio esta mañana. Supongo que también subiréis al laboratorio a echar un vistazo.

—Quizá después de comer. ¿Podrías enseñármelo tú, Cliff? —le pidió Adam, sonriendo, como si estuviera deseando compartir más minutos con él.

—Por supuesto. Cualquier cosa por congraciarme con la jefa. Es mi estilo, ¿verdad, Caro?

—No lo sé. ¿Lo es de verdad? —preguntó ella, sin pestañear.

Cliff soltó una carcajada. Pareció un poco asombrado por su pregunta directa, como si no se hubiera esperado que se tomara su comentario superficial en serio—. Vas a tener que andar ligero para seguirle el ritmo a esta mujer tuya —le dijo a Adam, e iba a empezar a decir algo más cuando apareció una mujer joven, alta y muy delgada.

—Siento llegar tarde —le dijo a Cliff con la respiración entrecortada—. Me he entretenido en embalajes. Algún día la Dama Dragón me va a sacar de mis casillas.

Cliff le lanzó una mirada de advertencia.

—No creo que sea necesario que saques a Della en esta conversación, Susan. Te presento a la nueva propietaria de Horizon, la doctora Carolyn Leigh Lawrence.

—Oh, Dios mío —Susan se puso una mano sobre la boca, y sus rasgos poco atractivos enrojecieron de apuro. Casi parecía que se había puesto mala al tartamudear:

—Lo... lo... siento... No lo sabía. Yo...

—Te dije que deberías haber ido a la fiesta la otra noche, Susan —le dijo Cliff.

—No se me dan bien las fiestas —le dijo a Carolyn.

—No hay problema —respondió Carolyn rápidamente, intentado relajar la situación—. Para ser sincera, conocí a tanta gente la otra noche que no estoy segura de recordar a la mitad de ellos. Este es mi marido, Adam Lawrence.

—Susan Kimble. Encantada de conocerlos —respondió ella, más ruborizada que nunca. Miró a Cliff con una súplica en los ojos y dijo—: Yo trabajo en administración, y algunas veces Cliff y yo comemos juntos. ¿No te parece que deberíamos encontrar una mesa? —le preguntó, ansiosa por terminar con aquella situación embarazosa.

Cliff esperó lo suficiente como para asegurarse de que Carolyn y Adam no iban a invitarles a unirse a ellos y asintió sonriente a la atractiva camarera que llegaba con lo que habían pedido sus nuevos jefes.

—Nos vemos luego, entonces —dijo, mientras guiaba a Susan hacia una mesa vacía.

—Esto ha sido muy instructivo, ¿no te parece? —dijo Adam, mientras le daba un bocado a un panecillo.

—¿A qué te refieres?

—Algunas veces es asombroso lo fácil que resulta averiguar cosas de la gente sin ni siquiera tener que intentarlo. Sabemos que el apodo de Della es la Dama Dragón, lo cual no es sorprendente. Y además, hemos conocido a Susan, que no es exactamente una mujer fatal. Hay que preguntarse por los motivos que pueda tener Cliff para salir a comer con ella. ¿Se te ocurre algo?

—¿Susan tiene algo que él quiere?

—Bien pensado. Sería interesante averiguar qué es. Quizá parezca fácil saber cosas sobre ella, pero no podemos estar seguros al cien por cien. Aunque parezca que carece de toda sofisticación, no me sorprendería que tuviera más recovecos de los que demuestra.

Carolyn se maravilló de la imparcialidad de Adam. Parecía que era capaz de observar a todo el mundo desde una perspectiva totalmente alejada de sus sentimientos. Como ocurría con su matrimonio fingido.

Aquel pensamiento inesperado le trajo a Carolyn un extraño sentimiento de pena. Lógicamente, ella debería haber estado agradecida de que él manejara aquella situación imposible de una forma impersonal. Ya se había enamorado

una vez, pero entonces las cosas eran muy diferentes, y en aquel momento ella ya era una mujer independiente y no necesitaba un hombre que llenase ningún vacío, y mucho menos uno que ya era de otra. La calidez que sentía en su interior cuando Adam la acariciaba ligeramente y la llamaba «cariño» era una debilidad que tenía que superar. Si todo salía bien, probablemente no volvería a verlo nunca.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó él suavemente, inclinándose hacia ella—. ¿Sabes que tus ojos adquieren un precioso matiz del azul de la medianoche cuando estás absorta en tus pensamientos?

Carolyn sintió la caricia de su voz y se estremeció. En aquel momento no tenían que fingir nada, no había ninguna razón por la que él tuviera que comportarse como un marido enamorado. Le caía un mechón de pelo moreno por la frente y le suavizaba los rasgos marcados. Tenía un aura de sensibilidad que la desarmaba por completo. No tenía ninguna duda de que más de una mujer habría respondido a aquel rasgo de carácter tan atrayente, y no le resultaba extraño que hubiera encontrado a alguien que llenara el vacío que había dejado su mujer, Marietta.

—Estaba pensando en Susan —mintió, y después añadió con sinceridad—. No parece que sea de las que no le dan importancia a una aventura. Me gustaría advertirle algunas cosas sobre Cliff. Él ha abandonado a más de una enfermera joven cuando ya no le gustaba, sin darle la más mínima importancia.

Adam concentró su atención en el cóctel de gambas y aguacate que había pedido mientras se preguntaba en silencio si la relación entre Cliff y Susan estaba basada en asuntos del corazón y no en algo tan mundano como el dinero. ¿Y cuál sería la relación de Cliff con Della? Él había cortado a Susan muy rápido cuando ella se había referido a la Dama Dragón. Adam se guardó aquellas especulaciones para sí mismo e intentó mantener una conversación ligera durante la comida.

Carolyn respondía superficialmente mientras comía. Deseaba tener todavía su viejo coche y poder volver a su apartamento destartado. No estaba preparada para aquello. Si Adam no la hubiera presionado para llevar a cabo aquel plan, podría haberse tomado todo el tiempo necesario para una adaptación más fácil.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él, al darse cuenta de que tenía el ceño fruncido—. Tengo la sensación de que no me estoy luciendo como compañía.

Quizá deberíamos conocernos mejor. Ya sabes, hacernos a la idea de que esto es una primera cita.

La ironía hizo que Carolyn se riera. Habían dormido en la misma cama y tenían algo peligroso entre manos, pero sin embargo, ella no sabía más de él que de su lechero. Quizá incluso menos. Sabía que al repartidor de leche, un hombre mayor y calvo, le encantaban los deportes, por ejemplo, y ni siquiera sabía lo que hacía Adam en su tiempo libre. ¿Leer? ¿Ir al cine? ¿Ver la televisión? ¿Cualquiera de las cosas comunes y corrientes que podían unir más a dos personas? Pero, en realidad, todo aquello no importaba. Ellos tenían que dedicarse a algo mucho más relevante, como averiguar si la muerte de su abuelo había sido un accidente o un acto deliberado.

Adam vio que se le ensombrecían los ojos y apretaba la boca. Supo que el breve momento de relajación que habían compartido había terminado.

Cuando acabaron de comer, Adam pagó la cuenta y salieron del restaurante. Le rodeó a Carolyn la cintura como si fueran los recién casados que fingían ser.

El laboratorio de investigación de Horizon estaba en el segundo piso del primer edificio. Era necesario mantener una asepsia total, así que Carolyn y Adam tuvieron que ponerse batas, mascarillas y guantes desechables para entrar. Carolyn estaba acostumbrada a hacer aquello con frecuencia en el hospital, y observó divertida la incomodidad de Adam y su torpeza al moverse con aquel traje.

Jasper apareció al momento, y los condujo a través de las instalaciones del laboratorio. No hizo ningún esfuerzo por explicarles los experimentos que se estaban llevando a cabo mientras pasaban al lado de mostradores repletos de instrumental. Su ritmo rápido no le permitía a Carolyn ver lo que estaban haciendo los técnicos, pero no tenía intención de dejar que su tío la apartara de aquel departamento. Decidió que más tarde insistiría en que la informase de los diferentes proyectos.

No reconoció a nadie de la reunión de la noche anterior. Jasper señaló con un movimiento de cabeza la oficina que ocupaba. Su nombre estaba grabado en la puerta. Había una fila de mesas con los nombres de los técnicos del laboratorio, y Carolyn vio el de Cliff en una de ellas. Jasper los guió hacia la salida del laboratorio, donde se quitaron los trajes esterilizados.

—Los departamentos de producción y embalaje están en el otro edificio — dijo, mientras pasaban a toda prisa por la pasarela que comunicaba las dos

alas de la fábrica—. Y el área de logística está abajo, en el primer piso.

Cuando llegaron a la zona de producción, Jasper les presentó a Nellie Ryan, la jefa del departamento, cuya oficina acristalada le permitía ver toda la planta y el trabajo que se estaba desarrollando en ella. Adam recordó a Nellie de la fiesta de la noche anterior. Era alta, con pecas, y les estrechó las manos con firmeza. Su sonrisa parecía sincera mientras los saludaba.

Jasper se movía con impaciencia mientras ella alardeaba de la eficiencia del departamento que dirigía y respondía de buen grado a todas las preguntas que le hacían Carolyn y Adam.

—Todo el que maneja contenedores de píldoras, cápsulas y líquidos tiene que dar su visto bueno para pasar al siguiente punto del proceso —explicó Nellie—. Cada lote se etiqueta y se puede seguir su rastro por la fecha de expiración y el número. Todas las sustancias controladas, como la morfina, están bajo monitorización constante, y la gente que trabaja con ellas está aislada en un área cerrada.

Parecía que Jasper tenía muy poco interés en otra cosa que no fuera su propia área, Y Adam entendía por qué Arthur Stanford había decidido no dejar Horizon en sus manos. Carolyn hizo preguntas certeras y asintió para indicar que lo entendía. Su mente astuta e inquieta habría agradado a su abuelo, pensó Adam. La veía tomando las riendas de la empresa como directora general, si era posible terminar con el mercado negro de las drogas de Horizon antes de que le ocurriera una desgracia a la compañía.

Jasper los llevó a toda prisa hacia el departamento de embalaje. Era evidente que estaba más que molesto por el hecho de tener que hacer de guía. No hizo ningún intento de acercarse a Carolyn. Más bien, al contrario, la trató como si fuera una intrusa. Della debía de haberlo obligado a que hiciera el tour, pensó Adam. Él mismo tendría que hacer su propia inspección más tarde.

La directora del área de embalaje, Elinor Forbes, era una mujer grande y enérgica. Los saludó estrechándoles las manos amablemente, pero dejó claro que aquellos eran sus dominios y que no permitiría ninguna intromisión. Llevaba unos veinticinco años en la empresa, y el propio Arthur le había dejado algunas acciones en su testamento.

Rápidamente, Elinor les explicó el proceso de empaquetamiento, cómo se pesaba el contenido, se realizaba el etiquetado y se firmaba el visto bueno de los envíos mientras los metían en cajas y los preparaban para su distribución.

Adam escuchó atentamente su explicación de cómo se llevaban a cabo los pedidos. En cada departamento, había intentado analizar cómo podría realizarse la actividad ilegal dentro de la empresa. Finalmente, pensó que si podía identificar los lotes ilegales y seguir el rastro de su producción hacia atrás, podría averiguar quién era el director de aquellas operaciones.

Le agradecieron a Elinor el tiempo que les había concedido y después Jasper sugirió que terminaran la visita en el departamento de envíos, en el primer piso.

Cuando Jasper les presentó a Nick Calhoun, el director del área de envíos, Adam tuvo la impresión de que percibía cierto antagonismo entre los dos hombres. Ninguno de los dos fue demasiado amable con el otro, pero quizá solo fuera la actitud distante de Jasper. Parecía que tenía poca relación con los que no estaban en el laboratorio. Jasper debía de haber estado fastidiando a su padre mucho tiempo, al saber que sus posibilidades de heredar la empresa y las propiedades eran remotas.

—Os dejo aquí, para que sigáis echando un vistazo por vosotros mismos —les dijo a Carolyn y a Adam, y se fue rápidamente hacia su laboratorio.

Nick Calhoun era un hombre cuadrado con un rostro sonrosado y la sonrisa fácil.

—Aquí tenemos a la guapa señorita —le dijo a Carolyn con franqueza—. Quién se lo iba a esperar, la nieta perdida de Arthur. Nunca lo hubiera imaginado. Pero aquí estás —dijo, y le guiñó un ojo a Adam—. Te has casado con una mujer de oro puro, eso seguro. Siento no haber ido a la casa a conoceros anoche. Mis compañeros de póquer no toleran que se falte a la cita —dijo, y sacudió la cabeza calva—. Me ganaron veinte dólares, sin embargo, así que creo que debería haber aceptado la invitación de la Dama Dragón —él no dudó en usar el apodo poco halagador de Della.

—Si hubiera podido, yo también me habría escapado de la gala de presentación —le confió Adam con una sonrisa—. Una partida de póquer suena mucho mejor.

—Quizá te gustaría unirme a mí y a los chicos alguna noche —le ofreció Nick con los ojos brillantes.

—Estupendo. ¿De acuerdo, cariño? —le preguntó Adam a Carolyn.

Ella asintió agradablemente. Sabía con certeza lo que quería Adam. Aquel engaño no le estaba gustando nada. Odiaba manipular a la gente, y Nick le parecía un hombre agradable, amistoso y sincero. Adam estaba jugando con

él y Carolyn sabía que dependía de ella para mantener abiertas las puertas de su investigación, así que se tragó el mal gusto de la boca.

—¿Nos vas a enseñar tu departamento, Nick?

—Claro. Creo que me va a gustar tener otra jefa. Además, una tan guapa —enarcó las pobladas cejas mientras la miraba con aprobación y la sonreía. Después se volvió hacia Adam—. He oído que eres consultor, un experto en optimizar resultados. Seguro que nos va a hacer falta todo eso.

Con aire de comandante en jefe, Nick los llevó por el área de embarque de los pedidos, donde los camiones esperaban para ser cargados. Después entraron en su pequeña y abarrotada oficina, donde les enseñó el programa de distribución.

Adam le hizo algunas preguntas que Carolyn no entendió. Se dio cuenta, con horror, de que había muchos campos en los que ella no podía defenderse, y de que si él no la hubiera alertado, aquel tráfico ilegal habría continuado justo debajo de su nariz.

—¿Haces tú mismo el papeleo? —preguntó Adam, sacudiendo la cabeza—. Creo que necesitarías una o dos secretarias.

—No puedo encontrar ninguna buena —dijo Nick, rotundamente—. Alguna vez contratamos a alguien para sacar adelante bastante trabajo, o Nellie se pasa por aquí y me ayuda. Es una genio de la informática.

Adam percibió algo en el tono de voz del hombre que le dijo que aquellos dos tenían algo más que una relación profesional. Las palabras de Nick se lo confirmaron.

—Nellie estuvo en la fiesta de ayer. Probablemente la conocerían. Tiene pecas y una sonrisa enorme.

—Acabamos de hacerle una visita, en el piso de arriba —dijo Carolyn—. Es una mujer muy agradable, y parece que lleva el departamento de producción con mucha eficacia.

—Por supuesto. No hay nada que se le escape a Nellie. Tiene un sexto sentido que volvería loco a cualquier hombre. Yo debería saberlo. Llevamos saliendo durante dos años. Es una señora muy lista.

—Y me apuesto algo a que está dispuesta a aguantarte, Nick —bromeó Adam.

Nick sonrió mientras se pasaba una mano por la voluminosa barriga.

—Bueno, nos llevamos muy bien. Y digo yo, ¿no os apetecería venir al Galloping Goose después del trabajo? Podríamos tomarnos unas cervezas y

conocernos mejor. Muchos empleados de Horizon paran allí al salir de la fábrica.

—A mí me apetece. Nos gustaría mucho, ¿verdad, cariño? —le dijo Adam a Carolyn, antes de que ella tuviera tiempo de pensar en una excusa amable. Ir a un bar lleno de humo no era uno de sus pasatiempos favoritos, pero él no quería perder la oportunidad de mezclarse con la gente. Las lenguas se desataban un poco con la cerveza. Haber congeniado con Nick y ser visto en su compañía podría otorgarle la confianza de otras personas.

—Suenan muy bien —mintió Carolyn con una sonrisa forzada—. Lo estoy deseando.

—Espera a que le diga a Nellie que nos vamos a tomar unas cervezas con la jefa —dijo, y le hizo un guiño a Adam—. Este sitio se está animando.

Más tarde, cuando salieron del departamento de Nick y llegaron de nuevo a su despacho, Carolyn preguntó mientras se dejaba caer en el sofá:

—¿De verdad era necesaria esa cita con Nick? Nunca me han gustado los bares. Con oler la cerveza me mareo, y cuando me he tomado dos, solo quiero irme a algún sitio a dormir.

Él se rio y se sentó a su lado.

—Lo recordaré, y me aseguraré de que acabes en la cama que te corresponde.

Ella sabía que él estaba siendo burlón, pero su cercanía era un penoso recordatorio de que si ella no aguantaba las cervezas, él sería quien la metería en la cama.

Cuando se volvió y miró su rostro fascinante, se quedó asombrada al darse cuenta de que aquella idea no le resultaba desagradable en absoluto. Quizá simplemente estuviera sintiéndose débil y necesitara un hombro sobre el que apoyarse. Estaba cansada de hacer las cosas siempre sola. ¿Qué le importaba si había alguien en su vida a quien él llamaba Angel?

—Muy bien, estoy dispuesta a lo que sea.

—Creo que tu educación tiene unas tremendas lagunas si nunca has estado en un bar y has cantado en un karaoke —le dijo él.

Ella se rio entre dientes.

—Nunca sería capaz de ponerme a cantar delante de la gente.

—No sabes lo que te pierdes. Es muy divertido. Puede que disfrutes viéndome hacer el tonto.

—Es posible —admitió ella, riéndose—. Eso sí que sería divertido —

aquella palabra sonaba extraña en sus labios. ¿Qué habría ocurrido si se hubieran conocido en circunstancias diferentes? ¿Se habría permitido ella el lujo de relajarse tanto como para divertirse con alguien como él?

—Esto es una cita —dijo Adam, como si tuvieran todo el tiempo del mundo para una frivolidad como aquella.

La intimidad que se estaba desarrollando entre ellos se rompió cuando alguien llamó a la puerta. Un instante después, Della entró delante de un empleado de mantenimiento que empujaba una mesa con un ordenador.

—Siento no haber podido traer esto antes —dijo Della, en su enérgico tono habitual—. He estado muy ocupada durante todo el día. De hecho, no he tenido mucho tiempo de mirar los archivos de Arthur. Todo está como él lo dejó.

Adam se preguntó si estaba diciendo la verdad. El hecho de que mantuviera la mirada apartada de ellos cuando hablaba era sospechoso. La gente mentía mejor cuando no tenía que mirar a nadie.

—Supongo que querrás que el ordenador esté cerca del escritorio, Carolyn —le dijo. Por su tono de voz, parecía que se esperaba que Carolyn fuera a cambiar todas las cosas a la primera oportunidad.

—Sí, ahí estará bien —replicó Carolyn, y luego añadió significativamente —: Por el momento.

Adam reprimió una sonrisa. «Bien dicho, Carolyn», pensó. Una vez que Carolyn se hubiera adaptado, sería capaz de controlar a Della por sus propios medios. De hecho, Carolyn se volvió hacia el empleado y sonrió, mientras él colocaba la impresora, el monitor y la CPU en su lugar.

—Gracias por su ayuda —le dijo.

—Encantado de conocerla, señora. Me llamo Bob Beavers.

—Igualmente. Este es mi marido, Adam Lawrence.

El hombre se limpió la mano en el mono antes de tendérsela a Adam, y Della los miró como si no tuviera tiempo para esperar a que ellos terminaran de intercambiar amabilidades. Se volvió hacia Carolyn.

—Supongo que querrás tener una reunión con todos los empleados. Tendrás que decirme la fecha y la hora con antelación, para organizarla. Cualquier imprevisto significa más cargas para todo el mundo.

—No hay ninguna prisa, ¿no? Me refiero a que ninguno de nosotros se va a ningún sitio, ¿verdad? —preguntó inocentemente, como si Della pudiera tener planes para irse de la compañía.

Della se quedó asombrada, y Adam percibió el miedo en la tensión de sus músculos faciales. Fue casi como si se hubiera dado cuenta, por primera vez, de que ya no tenía la sartén por el mango.

Adam no estaba seguro de que ponerla a la defensiva fuera una buena idea. La gente podía arremeter cuando estaba entre la espada y la pared. No pudo evitar preguntarse si quizá Arthur la habría presionado en ese sentido y hubiera perdido su vida por ello.

Della se humedeció los labios.

—¿Qué has querido decir, Carolyn? Si estás insinuando que tengo intención de no continuar en Horizon en las circunstancias actuales, estás completamente equivocada.

Su reacción y su tono de voz le indicaron a Adam que aquella mujer estaría dispuesta a hacer cualquier cosa que fuera necesaria para mantener su posición de poder. Les dedicó una sonrisa forzada.

—Horizon es mi vida.

—Eso es un alivio, Della —dijo Carolyn rápidamente—. No puedo imaginarme el caos que se formaría si nos dejaras —se estremeció—. Ni siquiera quiero pensar en ello.

«Buena chica, Carolyn», pensó Adam, respirando con más facilidad. No quería que se encendiera ningún fuego peligroso. Necesitaban tiempo para asegurarse de dónde venía el peligro. Quizá Della fuera inocente. Quizá no.

Después de que Della se marchara a su despacho con Bob Beavers tras ella, Adam se volvió hacia el ordenador.

—Bueno, veamos lo que este pequeñín tiene que decirnos. ¿Quieres echarle un vistazo?

Carolyn sacudió la cabeza.

—En la compañía de inversiones en la que trabajaba, me arreglaba muy bien con el ordenador porque conocía los programas. Y también usé el ordenador mientras estudiaba en la facultad. Pero cuando me enfrento a algo nuevo, soy incapaz de manejarlo —se excusó, y le hizo una reverencia—. Todo tuyo.

Adam estuvo toda la tarde hipnotizado frente a la pantalla del ordenador, y Carolyn se puso a investigar sobre Horizon, y aprendió parte de su historia y la filosofía por la que se guiaba. Con cada nuevo dato, su admiración hacia la figura de su abuelo aumentaba, mientras se daba cuenta de lo que representaba su legado para ella. Le entristecía pensar que alguien hubiese

manchado los ideales de su abuelo con algo como el tráfico ilegal en el mercado negro, y aquello fortaleció su decisión. Demostraría que era digna de la confianza que él había depositado en ella, no importaba el sacrificio personal que tuviera que hacer. Se sentía ansiosa por aprenderlo todo acerca de las operaciones de la fábrica y de las personas responsables. Escribió varias preguntas cuyas respuestas quería conocer, y cada vez fue más consciente de las responsabilidades que habían recaído sobre ella. Tenía la esperanza de que todo aquel conocimiento que estaba reuniendo sobre la empresa le facilitaría el trabajo a Adam.

Al mirarlo, se dio cuenta de que le iba a costar mucho perder su compañía, más de lo que había imaginado. Él ya había ocupado un lugar que siempre había estado vacío en su corazón, incluso cuando había tenido su aventura con Eric.

Se levantó y se dirigió hacia el ordenador. Se inclinó un poco sobre la silla de Adam y percibió la suave esencia de su champú y su loción. Le puso las manos sobre los hombros y sintió el calor de su cuerpo y sus músculos. Un deseo indefinido la recorrió. Recordó las veces que él la había rodeado con sus brazos, fingiendo que era un marido enamorado, y deseó que todos aquellos abrazos hubieran sido reales.

«¡Déjalo! Te estás metiendo en un camino peligroso, chica», pensó. Y después dijo en voz alta:

—Bueno, ¿qué tal?

—Todos los archivos parecen asuntos normales, pero he grabado unos cuantos disquetes para enviárselos a los expertos de análisis de sistemas de la agencia, para que les echen un vistazo. Que yo haya visto, no hay nada que pruebe irregularidades en la producción y distribución de medicamentos, pero sabemos seguro que alguien está manipulando el sistema informático. Lo que tenemos que hacer es averiguar cómo, y entonces sabremos quién.

—¿Y eso es todo? —bromeó ella.

Él capturó las manos de Carolyn.

—¿Qué te parece si damos por terminada la jornada? Es casi la «hora feliz». ¿Nos vamos al Galloping Goose y nos relajamos un rato?

—Claro, ¿por qué no? —respondió ella, escondiendo una desilusión estúpida mientras él apagaba el ordenador y se ponía en pie—. Estoy lista para el descanso.

La intimidad que ella había sentido al tocarle los hombros se había

desvanecido. Él no iba al bar para relajarse con ella. Iba a continuar con su investigación. Estaba cumpliendo estrictamente con lo que le había dicho, pensó ella, pero, ¿qué había de malo en disfrutar de la ilusión de que eran un matrimonio feliz?

Así pues, lo tomó del brazo y le dedicó una sonrisa que hizo que Adam arqueara una ceja sorprendido.

El Galloping Goose era un bar-restaurante, decorado con madera y ojos de buey por ventanas. Por las paredes había anclas, cabos y tablones que habían estado a la deriva en el mar. La cocina tenía un letrero sobre la puerta de entrada que decía «Galera», y las camareras llevaban vestidos marineros blancos.

El edificio estaba en el muelle, y la clientela era una mezcla de empleados de empresas cercanas y ricos que tenían atracados sus yates por allí.

Adam guió a Carolyn hasta que llegaron a una mesa vacía al lado de uno de los ojos de buey. Había una pequeña pista en la que bailaban varias parejas. Una camarera robusta se acercó a ellos.

—¿Qué van a beber? —les preguntó directamente, sin darles la carta. Parecía que comer no era una de las prioridades de la clientela.

Adam pidió una cerveza y Carolyn una margarita.

No había ni rastro de Nick y Nellie. «Quizá no vayan a venir», pensó Carolyn, sin estar segura de sentirse aliviada o desilusionada.

—¿Pedimos algo de comer? Tengo hambre —preguntó Adam, mirando los platos de marisco y carne que les estaban sirviendo a los de la mesa de al lado.

—No me atrevo. Morna me advirtió esta mañana que la cena se servía a las ocho, y me preguntó si íbamos a cenar en casa. No quiero tener otro altercado con ella. Della nunca me perdonaría que la ofendiera y se marchara.

—No creo que eso vaya a suceder —respondió Adam—. Bueno, entonces, ¿qué te parece bailar un rato conmigo para hacer que olvide los calambres que tengo en el estómago?

Carolyn no era una experta bailarina, pero siempre había sido capaz de seguir los pasos de la mayoría de sus parejas de baile, y por otra parte, tenía mucha curiosidad por saber cómo se las arreglaba él en la pista.

Resultó que se las arreglaba muy bien. Con facilidad, guió sus pasos al compás del ritmo, en una balada de amor eterno. La acercaba tanto a él que apoyar la mejilla en su pecho era lo único que Carolyn podía hacer. Se

quedaron en la pista de baile durante varias canciones, y mientras se movían, el calor volvió a renacer entre ellos. Carolyn hizo caso omiso de la advertencia de que lo que estaba despertándose dentro de ella no era fingido ni era parte de la representación. Cuando el deseo sexual estaba a punto de hacerse más que evidente, ella se ordenó a sí misma acabar con aquella situación. ¿Qué señales le estaría enviando? Sería una estúpida si pensara que podía hacer una invitación de aquel tipo y después esperar que él se quedara en su lado de la cama.

Ella se salió de su abrazo y le dijo, casi sin respiración:

—Ya es suficiente.

Se volvió rápidamente y se encontró cara a cara con Cliff Connors.

—Uau —dijo él—. Tenía la esperanza de meterme en medio antes de que acabara la canción.

—Has llegado tarde, Cliff. Estábamos a punto de sentarnos —replicó Adam en tono agradable, pero lo suficientemente firme como para hacer que Cliff se retirase.

Se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, quizá en otra ocasión. A propósito, ¿cómo habéis descubierto mi guarida favorita? —su pregunta implicaba que lo habían seguido allí deliberadamente.

—Nos han dicho que es uno de los lugares preferidos de la gente de Horizon —respondió Carolyn. Por la forma en que él estaba forzando su compañía, sabía que iban a tener un enfrentamiento en poco tiempo.

—Vamos a terminar nuestras copas, cariño —le dijo Adam—, y después nos vamos a casa.

Cliff dudó sobre si obligarles a aceptar su compañía, pero debió de pensar que era mejor no hacerlo.

—Bueno, entonces, que tengáis una noche agradable. Estoy seguro de que nos veremos a menudo.

Sonó más como una promesa que como un comentario superficial. Cliff se fue hacia la barra y se unió a un grupo de gente joven que estaba charlando y riéndose.

Carolyn terminó su margarita con tranquilidad y le comentó a Adam algunas de las preguntas que había escrito mientras había estado estudiando los informes sobre la empresa. Pidieron otra ronda, y aunque Carolyn debería haberse sentido incómoda en aquella situación, disfrutó y se relajó en

compañía de Adam. No podía creerse lo tarde que era cuando se iban del bar.

Cliff también se había marchado, y no habían visto ni a Nick ni a Nellie.

—Supongo que cambiaron de opinión en cuanto a lo de pasarse por aquí —dijo Carolyn—. Seguro que Nick no se esperaba que nosotros apareciéramos.

—Probablemente, tienes razón —concedió Nick, disgustado. Odiaba haber perdido la oportunidad de acercarse a alguien que podía haberles dado algunas pistas sobre lo que estaba ocurriendo en la fábrica.

Al salir del bar, Carolyn aspiró el aire del anochecer, y mientras caminaban hacia el aparcamiento pensó en cuánto había disfrutado de aquella velada. Sin embargo, el sonido de unos gruñidos la sacó de su ensoñación.

—¡Hay alguien herido!

—Por aquí —dijo Adam, y señaló al hueco que había entre dos coches, de donde provenían los quejidos.

Había un hombre en el suelo, respirando con dificultad, encogido de dolor. La luna iluminaba su cara golpeada.

—¡Nick! —gritó Adam, asombrado.

—Dios mío, no —farfulló Carolyn, mientras se arrodillaba a su lado para reconocerlo. Le tomó el pulso; era fuerte y rítmico. Después examinó al hombre para averiguar por qué estaba doblado sobre sí mismo, y se dio cuenta de que tenía varias costillas rotas. Además le sangraba la cabeza.

—Llama a una ambulancia —le dijo a Adam mientras le palpaba los brazos y las piernas. No estaban rotos.

Adam hizo la llamada mientras Nick abría los ojos.

—¿Puedes hablar, Nick? —le preguntó Carolyn mientras le examinaba los golpes de la cabeza.

Las primeras palabras audibles que pronunció fueron juramentos. Carolyn los había oído todos antes, pero nunca con tanta vehemencia.

—Tranquilo, amigo —le dijo Adam, suavemente. Alguien tenía que haberle dado una paliza de muerte, seguro—. ¿Estaba Nellie contigo?

A Carolyn le dio un vuelco el corazón. ¿Sería posible que alguien hubiera golpeado a Nick y hubiera secuestrado a Nellie?

—Háblanos, Nick —le pidió Adam. Como investigador, sabía que aquel momento era el más importante para resolver un crimen—. ¿Estaba Nellie contigo?

Con los labios hinchados y sangrantes, Nick murmuró:

—No, solo yo.

—¿Sabes quiénes eran, Nick?

—No los vi... vinieron por detrás.

Cuando llegó la ambulancia, Nick todavía estaba agarrándose el estómago de dolor. Carolyn estaba preocupada de que algún órgano interno hubiera sido gravemente dañado, así que les dio un rápido informe a los médicos que venían en la ambulancia.

Después, siguieron el vehículo con su coche hasta el hospital. Cuando entraron en el edificio, Nick ya estaba en la sala de observación.

—Voy a llamar a Nellie Ryan —le dijo Adam a Carolyn cuando ella volvió a la sala de espera, después de hablar con los médicos sobre el estado de Nick—. Su número está en la guía, y creo que debería saber lo que ha ocurrido. Siempre existe la posibilidad de que arroje algo de luz sobre este asunto.

Cuando apagó el móvil, después de hablar con Nellie, dijo:

—Ya viene para acá.

Veinte minutos después, Nellie irrumpió en la sala de espera, sin aliento y con la cara enrojecida.

—¿Qué clase de accidente ha tenido Nick? ¿Está bien?

Adam supo, por la mirada que le lanzó Carolyn, que se había quedado asombrada por el hecho de que él le hubiera dicho que Nick había tenido un accidente en vez de que lo habían golpeado salvajemente. Había querido darle a Nellie una impresión equivocada para observar cuál era su reacción al saber la verdad. Quizá la sorpresa de la mujer fuera sincera, y quizá no. El hecho de que Nick hubiera aparecido solo en el Galloping Goose podía significar algo.

Adam la observó atentamente mientras le explicaba que Nick había sido víctima de una paliza. Sus exclamaciones de lamento podían significar cualquier cosa. El instinto le decía a Adam que Nellie Ryan no estaba totalmente sorprendida.

—Los médicos están reconociéndolo en este momento —le dijo Carolyn, cuando Nellie se dejó caer en una silla y se quedó mirando fijamente al suelo.

Adam se sentó a su lado.

—¿Se te ocurre alguna idea sobre quién puede haber sido, Nellie?

Ella se quedó en silencio durante un largo momento, y Adam no supo si estaba inventando una mentira o dudaba si decir la verdad. Finalmente, dijo:

—Es por el póquer. Ha estado apostando mucho últimamente, y perdiendo. Supongo que alguien quiere cobrar.

Carolyn pensó que su explicación era totalmente verosímil. Sin embargo, Adam no estaba tan seguro de ello. Aquella paliza podía ser una advertencia para que no hablase sobre lo que estaba ocurriendo en Horizon.

Cuando el médico fue a la habitación a informarles sobre el estado de Nick, las noticias fueron buenas. No había ningún daño grave, solo hematomas y contusiones, y algunas costillas rotas. No había síntomas de conmoción cerebral por los golpes en la cabeza.

Nellie fue corriendo a su habitación para verlo, pero Carolyn agarró a Adam cuando este se disponía a seguirla.

—Puedes hablar mañana con él. Estará mejor.

«Y habrá preparado más mentiras», pensó Adam, pero no discutió. Sabía que Carolyn había tenido más que suficiente para un día. Cuando se marchaban del hospital, ella miró la hora.

—Son casi las diez —gruñó ella—. Della y Morna estarán furiosas. Deberíamos haber llamado. Ni siquiera me he acordado de la cena.

—¿Quieres parar en algún sitio y comer algo?

—No, creo que no —respondió Carolyn—. Al menos, si eres lo suficientemente valiente como para asaltar esa enorme nevera conmigo.

—Te acompañaré y no te fallaré en toda la operación —prometió con solemnidad.

Ella se rio, y después empezaron a bromear sobre quién iba a enfrentarse con Della si los pillaba frente al refrigerador con un muslo de pollo en cada mano.

Entraron en la casa como conspiradores y ella reprimió un deseo infantil de reírse. Todo aquello hacía que se sintiera absurdamente joven. Nunca habría pensado, en toda su vida, que tendría que deslizarse dentro de su propia mansión para colarse en la cocina a robar comida.

Cuando casi habían terminado de comer sándwiches a oscuras y estaban a punto de felicitarse por no haber sido atrapados con las manos en la masa, oyeron que alguien entraba por la puerta de la cocina. Antes de que pudieran escapar, entró Buddy. Encendió la luz como si él también estuviera a punto de hacer un asalto nocturno a la nevera.

—Bueno, bueno, pero ¿qué es esto? —dijo, con una sonrisa en los labios—. ¿Qué es lo que tenemos aquí? ¿Los amantes están saciando su hambre en

mitad de la noche?

Carolyn sintió que se ruborizaba, y su primer impulso fue negar la insinuación de que estaban en la cocina con un ataque de hambre después de hacer el amor.

Afortunadamente, Adam no tuvo ningún problema para evitar referirse a aquella insinuación.

—¿Por eso estás tú aquí? ¿Has salido también y te ha dado apetito?

Buddy rio de buena gana.

—No. Digamos que he salido en el barco a dar un paseo nocturno, y no estaba solo —les guiñó un ojo—. Mamá estaba furiosa porque no habíais aparecido, y Jasper estaba molesto porque ha tenido que hacer de guía para vosotros. Y cuando los dos unen sus fuerzas, alguien paga el pato. No me gustaría estar en tu pellejo, Carolyn.

—Estoy segura de que podremos arreglar la situación —respondió ella, aparentando más convicción de la que en realidad sentía.

—Bueno, espero que no tengas la intención de controlar mucho los gastos —dijo con franqueza—. Mamá se pone igual que un oso cuando tiene que soltar dinero de más. Jasper le deja que lleve todas las finanzas, ¿sabes? Él tiene que hacer cola con Lisa y conmigo para rogarle que le dé algo. Sé que ella tiene dinero por ahí escondido en alguna parte, pero yo no lo veré hasta que ella esté a tres metros bajo tierra.

Aquel comentario insensible hizo que a Carolyn le entraran ganas de decirle que se buscara un trabajo y se ganara la vida por sí mismo, en vez de esperar a que su madre muriera.

Adam, sin embargo, tomó una táctica diferente.

—Supongo que Arthur ha sido muy bueno con ella durante todos estos años.

—Lo que tiene lo ha conseguido por sí misma —respondió Buddy, sin rodeos—. Bueno, estoy hecho polvo. Nos vemos por la mañana. A lo mejor.

Carolyn y Adam se miraron mientras él desaparecía, pero antes de que pudieran decir nada, vieron que había alguien más en la cocina.

Morna estaba observándolos desde el pasillo de la zona de servicio con una expresión despectiva en la cara. Llevaba el pelo gris recogido en una trenza, y una bata atada fuertemente. Para su sorpresa, no hizo ningún comentario sobre los sándwiches y la botella de vino que tenían en las manos.

—Buddy Denison es una sanguijuela perezosa —dijo en un tono que más

bien parecía un gruñido—. Nunca ha trabajado, ni un solo día en su vida. Si quieren ustedes saber la verdad, el señor Stanford hijo ha sido un santo por aguantarlos a él y a su hermana —dijo, y apretó los labios—. Si los echara a todos de casa, nos haría un favor.

Aquello no dejaba duda de que Della estaba incluida en la frase. Morna se dio la vuelta y desapareció. Carolyn pensó que no querría estar en el lugar de Buddy si alguna vez aquella mujer desataba su furia.

Aunque aquellos encuentros casi les habían quitado el apetito, se llevaron la comida y el vino a su habitación y se sentaron en el estudio. Adam hizo lo que pudo para recuperar su buen ánimo anterior, pero no tuvo mucho éxito. Carolyn también hizo un esfuerzo por responder a sus comentarios y seguir la conversación.

Parecía frágil y vulnerable. «¿Qué he hecho?», se preguntó él con una punzada de culpabilidad. Quería asegurarse que todo iría bien, pero, ¿cómo podía seguir mintiéndole? Ansiaba tomarla en sus brazos, llevarla a la cama y acurrucarse a su lado. Sintió que lo invadía un deseo cálido, y se obligó a sí mismo a ponerse de pie.

Ella terminó el sándwich y el vino, y le preguntó:

—¿Cuáles son los planes para mañana?

Él notaba que el engaño y el peligro ya estaban alrededor de Carolyn. Podía hacer que se precipitasen reacciones peligrosas sin darse cuenta.

—¿Por qué no te quedas durmiendo y me dejas que yo averigüe qué ha pasado con Nick? No sé si la paliza que le han dado está relacionada con algo que está ocurriendo en Horizon, o si está relacionado con sus partidas de póquer.

—Podría ir a la oficina sin ti —replicó ella, en un tono ligeramente defensivo.

—Por supuesto —dijo él. «Calma», se advirtió a sí mismo. Sabía que ella era más que capaz de hacer las cosas por sí misma, y en circunstancias normales habría aplaudido su determinación a la hora de hacerse con las riendas de su herencia. Si no la manejaba bien, podría colocarla en una situación peligrosa sin saberlo.

—He pensado que podrías pasar el día con Lisa e intentar averiguar cosas del pasado de su madre. Siempre cabe la posibilidad de que Arthur le dijera algo a Della y que ella se lo repitiera a su hija. Un comentario casual que pueda darnos una pista sobre las preocupaciones de Arthur. Quizá podrías irte

de compras con ella, tal y como sugirió.

Él alargó un brazo y le ofreció la mano para ayudarla a levantarse. Le había prometido que no intentaría nada con ella, y se preguntaba si Carolyn se habría dado cuenta de que se estaba convirtiendo en alguien muy importante para él, y no solo por la investigación.

Durante un momento, ella se inclinó hacia él como si estuviera invitándole a que la abrazara. Adam le rodeó la cintura con los brazos y de repente se quedó rígido, al notar que su teléfono móvil estaba vibrando

Demonios. Angel era la única que tenía aquel número. ¿Por qué lo estaba llamando a aquellas horas de la noche? Se separó de Carolyn y se sacó el móvil del bolsillo.

—Perdona, pero, ¿por qué no vas yendo a la cama mientras yo contesto a esta llamada?

La expresión de Carolyn fue indescifrable, pero al desaparecer por la puerta del baño, dio un portazo significativo. Él supo una cosa con certeza: aquella noche tendría que quedarse en su lado de la cama.

Cuando Adam salió de la habitación, a la mañana siguiente, Carolyn todavía estaba dormida. Tampoco había señales de que ningún otro miembro de la casa estuviera levantado. Aquella llamada tardía era de la Agencia, para proporcionarle algunos datos del pasado de Cliff que él había solicitado. Había algunas cosas muy, muy interesantes.

El padre de Cliff había sido un hombre de negocios con éxito que había viajado con su familia por muchos países mientras Cliff era un niño. La educación de Cliff había sido muy completa: había asistido a varias universidades y tenía un expediente brillante, hasta el momento en que murió su padre. Entonces había abandonado los estudios de medicina, después de conseguir únicamente un certificado de técnico de laboratorio.

El informe le aclaró algo a Adam: Cliff Connors era un tipo listo. Quizá lo suficiente como para manejar un plan de producción de medicinas para el mercado negro justo debajo de las narices de Arthur Stanford. Pero Cliff no podría hacerlo solo, pensó Adam mientras apretaba las manos sobre el volante. Se apostaba cualquier cosa a que había algún punto débil en todo aquello, y tenía la intención de averiguar cuál era.

Al pasar cerca de una cafetería que había a dos manzanas de Horizon, vio a Susan Kimble sentada en una mesa al lado de la ventana, y rápidamente aparcó el coche para tomarse un café y ver qué podía averiguar acerca de la relación entre Susan y Cliff.

—Buenos días, Susan —le dijo con una amplia sonrisa—. ¿Te importa que me sienta contigo? He salido de casa sin mi dosis de cafeína diaria.

Ella lo miró asombrada y apurada al mismo tiempo, y se puso la mano en el cuello con un gesto nervioso. Incluso cuando asentía, él tuvo la sensación de que estaba deseando escaparse.

—Debes de ser madrugadora, como yo —le dijo, en tono coloquial—. No son ni las seis de la mañana y aquí estamos. No estarás esperando a alguien, ¿verdad? No me gustaría entrometerme...

—No, no. Todas las mañanas tomo el primer autobús y espero aquí hasta

que se abren las puertas —dijo. Parecía preocupada, como si su costumbre pudiera no contar con la aprobación de Adam por algún motivo.

—Eso parece una buena idea —le aseguró él.

Era evidente que no estaba acostumbrada a tomarse un café con alguien a quien no conocía, pero después de unos minutos, pareció que se relajaba.

Adam mantuvo una conversación ligera y general, con la esperanza de que ella le diera alguna información útil sobre Cliff inadvertidamente. Cuando se dio cuenta de que no conseguía nada, mencionó despreocupadamente:

—Ayer, después del trabajo, nos encontramos con Cliff en el Galloping Goose. Supongo que es un sitio muy frecuentado.

Se sorprendió mucho al escuchar la respuesta de Susan:

—No lo sé. Yo nunca he estado allí.

—¿De verdad? —él estudió su cara, intentando encontrar alguna emoción oculta—. ¿Nunca has estado allí con Cliff? Me refiero a que, como estabais comiendo juntos ayer, yo creía que...

—Oh, no hay nada entre Cliff y yo —dijo. Casi parecía satisfecha de que él hubiera pensado algo así.

O era una magnífica actriz, o le estaba diciendo la verdad. Adam llevó la conversación por otros derroteros. Pensó que sería interesante ver cuál era su reacción ante la noticia del asalto de Nick, antes de que se enterara por los cotilleos dentro de la empresa.

Ella escuchó e hizo los comentarios apropiados sobre lo espantoso que era aquello. Solo faltó un ingrediente en su reacción: la sorpresa. Adam estaba casi seguro de que ya lo sabía. Decidió tantear el terreno para asegurarse.

—¿Eres amiga de Nellie Ryan?

Ella se quedó sorprendida por la pregunta.

—Sé quién es. ¿Por qué lo preguntas?

—Vino al hospital ayer, a ver a Nick.

—Nos vemos de vez en cuando, pero no somos amigas.

«Entonces, ¿quién te ha contado lo de la paliza de Nick?», pensó Adam.

La pregunta debió reflejarse en los ojos, porque ella volvió a ponerse nerviosa. Se limpió la boca con la servilleta.

—Bueno, tengo que irme.

Se despidió y salió apresuradamente de la cafetería.

El intento de conseguir más información de Adam había pinchado en algo succulento, pero, ¿en qué? Ella había puesto sus defensas en alerta cuando él

se había acercado demasiado a zonas peligrosas.

Cuando Carolyn se despertó, era muy tarde. Durante unos instantes sintió pánico. Se había dormido e iba a llegar tarde a su turno de guardia en el hospital, pensó. Su pequeño despertador debía de haberle fallado.

Se sentó de un respingo y enfocó la elegante habitación en la que estaba. Entonces se acordó de todo. Miró al otro lado de la cama. Solo había un leve hueco en donde Adam había apoyado la cabeza sobre la almohada. Ella debía de haberse quedado dormida antes de que él terminara su conversación telefónica la noche anterior, porque no se acordaba de que se hubiera metido en la cama a su lado.

Gracias a Dios, pensó mientras se preparaba para pasar otro día como la esposa de Adam Lawrence. Que Dios la ayudara si hacía el tonto y se dejaba engatusar por aquel matrimonio. Si Buddy y Morna no hubieran estropeado la velada de la noche anterior, y la llamada telefónica a Adam no se hubiera producido, no sabía lo que podría haber ocurrido.

Mientras se vestía y bajaba las escaleras, tenía la esperanza de que Adam estuviera allí sentado, en la cocina, esperándola. Pero en la mesa solo estaba Lisa, tomando café mientras hojeaba una revista de moda.

Sonrió a Carolyn con calidez.

—Alguien que se levanta a una hora civilizada. Estupendo. Odio desayunar sola —dijo, y tocó una pequeña campanilla que había sobre la mesa—. Morna siempre retira el desayuno a las nueve, pero Seika te traerá lo que quieras. Seguro que tomas café y tostadas.

Carolyn sonrió y sacudió la cabeza.

—Normalmente, prefiero un cuenco de cereales, porque cuando estoy trabajando, muchas veces no me da tiempo a comer.

Lisa suspiró.

—Vosotros, los adictos al trabajo, sois un misterio para mí. Mi madre es la peor. Desgastó a mi padre con su empuje e instinto emprendedor desbocado —Lisa no escondió su resentimiento al decir—: Acabó en el cementerio a los cuarenta años, de un ataque al corazón.

—Lo siento. Era muy joven —murmuró Carolyn.

—Supongo que por eso es por lo que Buddy y yo pretendemos divertirnos mientras podamos. Por supuesto, lo que dure la diversión depende de ti —

añadió con franqueza—. ¿Vas a echar a mamá de la empresa?

En aquel momento, apareció Seika, y Carolyn no tuvo que contestar. La guapa joven le sirvió una taza de café y Carolyn le pidió además zumo de naranja, cereales y una tostada.

—Bueno, entonces —preguntó de nuevo Lisa cuando estuvieron solas—, ¿vas a echar a mamá y hacerte cargo tú misma?

¿Hacerse cargo? La sola idea le daba tanto miedo que, durante un minuto, Carolyn no supo qué decir.

—Quiero decir que entiendo tu deseo de ser la directora general —continuó la muchacha—. Me imagino que eso era lo que Arthur tenía en mente al dejar ese testamento increíble a una nieta a la que él ni siquiera conocía —dejó escapar una carcajada forzada—. La idea me supera.

—A mí también —admitió Carolyn—. ¿Alguna vez mi abuelo dio alguna pista de que estuviera preocupado por algo de lo que estaba sucediendo en Horizon?

—¿Preocupado?

Carolyn sabía que aquella era una pregunta torpe, y sintió una punzada de resentimiento poco razonable porque Adam no estuviera allí para dirigir suavemente la conversación.

—Me refiero a que si estaba como siempre justo antes del accidente.

—No tengo ni la más remota idea de lo que le pasaba a Arthur por la cabeza. Él era siempre muy agradable, pero no tenía mucho trato conmigo ni con Buddy.

Entonces, Lisa miró el sencillo vestido de Carolyn, ligeramente descolorido por los lavados.

—¿Qué te parece que nos vayamos de compras? Lo que más me gusta después de derrochar en mí misma es gastar el dinero de otra persona.

—Muy bien. Parece divertido —dijo Carolyn, sabiendo que a Adam le agradaría que ella hubiera seguido su sugerencia.

Después de pasar la mañana con Lisa de boutique en boutique, tenía más ropa nueva de la que había tenido en los cinco años anteriores. Cuando volvieron a casa, Lisa propuso que comieran en el club y Carolyn aceptó. Hasta aquel momento no había averiguado nada interesante acerca de la madre de Lisa o de la compañía, ningún dato nuevo que pudiera interesarle a Adam.

Lisa la convenció para que se pusiera un vestido rojo muy sexy que había

comprado por la mañana. Carolyn quería comprobar cómo era su nueva apariencia ante los ojos de gente desconocida. Quizá se acostumbraría a las miradas como las que había sentido cuando las dos habían caminado, cargadas de bolsas, por las calles comerciales.

Lisa recorrió el camino que las conducía hasta el patio del restaurante mientras los socios del Highland Country Club la saludaban. Ella bromeó y se rio con todo el mundo, y Carolyn se sintió objeto de la curiosidad de aquellos con quienes se cruzaban. Se sintió agradecida por el hecho de que Lisa no se detuviera a presentarle a la gente. Se sentía como una actriz haciendo su entrada en escena sin tener la menor idea del guión.

Lisa insistió en que pidieran un par de cócteles mientras consultaban la carta. Carolyn aceptó el consejo de Lisa y pidió una ensalada de langosta «divina».

—Cuéntame, Lisa, ¿hay algún hombre en tu vida? —le preguntó Carolyn mientras comían. Estaba totalmente decidida a conseguir algo que contarle a Adam.

—Estoy saliendo con un jugador profesional de golf en este momento —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Necesitaba un cambio de escenario. Hasta que Arthur se mató, mamá no paraba de hablar de mandarnos a Europa a Buddy y a mí.

—¿De verdad? Eso habría sido estupendo. ¿Ella viaja mucho?

—No, pero creo que tiene planes para que eso cambie. Una vez oí que hablaba con Arthur sobre ampliar el mercado de Horizon al extranjero. No creo que a él le gustara la idea —Lisa llamó a la camarera y pidió otro cóctel.

¿Tendría algo que ver aquella conversación con el mercado ilegal?

—Me pregunto por qué querría ella tomarse unas vacaciones de trabajo —musitó Carolyn.

Lisa se encogió de hombros desinteresadamente.

—Arthur se marchó una noche de casa dando un portazo, unos días antes de morir —dijo, y le dio un sorbo a su segunda bebida—. Ese es el problema con mi madre. Solo piensa en los negocios, de la noche a la mañana. Creo que Arthur se cansó de ello. Tú también te cansarás, Carolyn. Querrá dirigir tu vida, además de la empresa. Pero siempre puedes contar conmigo para que te rescate —dijo, y sacudió su preciosa melena—. Tengo la sensación de que puedo enseñarte mucho sobre cómo darse la gran vida.

Carolyn no lo dudó ni por un instante. Por lo que ella había visto, Lisa

Denison había hecho la carrera de no hacer absolutamente nada, plácidamente.

Para cuando volvieron a la mansión, Carolyn ya estaba un poco cansada de la compañía y la conversación de Lisa. Ella no se parecía a Rosie en absoluto. Pensó en que ojalá pudiera haberle explicado todo a su mejor amiga, pero el convencimiento de Adam de que ambos estarían en peligro si alguien averiguaba la verdad la mantenía en silencio.

Cuando él llamó a la casa, aquel mediodía, Morna le informó secamente de que Carolyn y Lisa se habían ido de compras y de que no tenía ni idea de cuándo volverían.

—¿Cenarán usted y la señora Lawrence en casa esta noche? —preguntó. El hecho de que hubieran faltado la noche anterior era un punto muy negativo contra ellos.

—Sí, Morna. Iremos a cenar esta noche.

Hubiera preferido cenar con Carolyn en algún restaurante pequeño e íntimo, pero el deber era lo primero. Tenía la sensación de que el reloj avanzaba en su contra desde el primer momento en que le habían asignado aquel caso. No podía dejar escapar ninguna oportunidad de observar a la gente que podría estar involucrada en la muerte de personas inocentes. Cabía la posibilidad de que si Jasper, Della y sus hijos hubieran conocido de antemano el contenido del nuevo testamento, hubieran tramado una conspiración para librarse de Arthur Stanford, sobre todo si él había descubierto las actividades ilegales de su empresa.

Con aquella urgencia, Adam había pasado casi todo el día investigando en Horizon, observando a los empleados y los procedimientos que se seguían en la fábrica. Había llegado muy temprano para echar un vistazo en el departamento de logística mientras todavía estaba cerrado y nadie había ido todavía a trabajar. Como sabía que Nick no iría a trabajar aquel día, Adam empezó por su oficina.

—¿Necesitas algo?

Adam se volvió desde los armarios cuyo contenido estaba examinando, y vio, apoyada en el quicio de la puerta, a Nellie. Él disimuló su sorpresa con un suspiro de alivio.

—Claro, Nellie. He decidido empezar con el departamento de logística en mi examen de la compañía. Espero que se me ocurran algunas ideas para optimizar los procesos de traslados de productos. A propósito, ¿qué tal está

Nick esta mañana? —preguntó, cambiando deliberadamente de tema.

—Creo que está bien. No me han querido decir mucho por teléfono. He venido pronto para poder ocuparme de un par de cosas por las que Nick estaba preocupado. Después me escaparé al hospital un rato.

—Buena idea. Escucha, mi trabajo puede esperar. Creo que ya tengo una idea general de cómo funciona este departamento. Cuando vuelva Nick y tenga algo de tiempo, podrá resolverme unas cuantas dudas. Estoy seguro de que hay un par de quebraderos de cabeza que puedo solucionarle, y quiero ser de ayuda si puedo.

Ella se limitó a asentir y mirarlo mientras él salía de la oficina y se dirigía hacia el ascensor. Adam no supo si se habría tragado todas aquellas mentiras.

Durante el resto del día no descubrió nada digno de mención. Habló con algunos empleados y pasó varias horas sentado trabajando con el ordenador de Arthur, pero no encontró nada. Quizá alguien hubiera eliminado la información relevante.

Cuando llegó a la mansión, vio el coche de Lisa en el garaje. Entró en la casa y se dirigió hacia las escaleras para subir a su habitación y ver si Carolyn estaba allí.

No estaba en el cuarto, pero cuando Adam asomó la cabeza por la puerta del estudio, la vio allí. Se le cortó la respiración. No podía creer lo que estaba viendo.

—Hola —le dijo ella, volviéndose desde una estantería y caminando hacia él—. Estaba buscando algo que leer.

Él vio cómo se movía su boca, pero no asimiló las palabras. Las líneas y curvas de su cuerpo, cubiertas por el vestido rojo de seda que llevaba, le nublaron los sentidos. Simplemente, se la quedó mirando fijamente. No sabía lo que habría ocurrido si hubieran estado en el dormitorio. Ella estaba tan seductora, tan atractiva y fascinante que Adam sintió que su cuerpo reaccionaba con un deseo ardiente de poseerla.

Juró en silencio. No podía caer en aquella tentación. Se había estado obligando a sí mismo a respetar la promesa que le había hecho, y cada vez le estaba resultando más difícil. Estaba seguro de que no necesitaba más incentivos para desear romper aquella promesa.

—¿No te gusta mi vestido nuevo? —le preguntó ansiosamente, mientras él la miraba sin reaccionar.

—Es... es... —buscó la palabra precisa, pero finalmente se rindió—. No,

no me gusta. No es tu estilo.

—¿De verdad? ¿Y cuál es mi estilo? —le preguntó secamente—. ¿La moda del año pasado? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Él intentó enmendar la metedura de pata.

—Lo único que estoy diciendo es que no tienes por qué pasear tu... atractivo de esa manera. Da una impresión equivocada sobre ti.

—¿Estás hablando objetivamente, o desde el punto de vista personal? —le desafió ella, mientras andaba hacia él lentamente.

Él sabía que, si la tocaba, no podría evitar besarla. Carolyn le había despertado sentimientos profundos desde el principio, pero él había sido capaz de mantener sus deseos bajo control porque ella no había cedido a la intensa atracción que se estaba desarrollando entre los dos.

Cuando se detuvo justo enfrente de él, Adam pensó que iba a derribar sus barreras con algún gesto sexy. Sin embargo, ella sonrió.

—Tienes razón, por supuesto. No te preocupes, Adam. Esto solo era un experimento, y Lisa estaba equivocada.

—¿Equivocada acerca de qué?

—Me dijo que mi marido me desnudaría con la mirada y me llevaría a la cama. Supongo que quizá yo estaba fantaseando sobre que sería posible que ocurriera algo así... si las cosas fueran diferentes.

Él miró el fondo de sus ojos azules cristalinos.

—Si las cosas fueran diferentes, ya habría ocurrido algo entre nosotros a estas alturas. No necesitas ponerte un vestido como ese para llamarme la atención.

Entonces, Adam cometió el error de tomarle la barbilla con la mano. Ella hizo un movimiento hacia él, pero aquello fue suficiente. Él inclinó la cabeza y la besó, sintiendo que la pasión lo recorría. Sus labios estaban suaves y húmedos, y Adam dejó escapar un suave gemido mientras sus bocas se acariciaban. Cuando ella le puso los brazos alrededor del cuello para hacer el beso más profundo, él volvió a sí mismo y la separó de su cuerpo con suavidad.

No tenía derecho a jugar con sus sentimientos en un momento en el que ella estaba intentado encontrar su lugar. Carolyn era millonaria, y una vez que fuera capaz de disfrutar todos los privilegios que conllevaba la riqueza, tendría el mundo a sus pies. Cualquier interés que pudiera sentir por él se desvanecería.

Cuando se miraron, ninguno de los dos dijo nada.

—Lo siento, Carolyn —murmuró él finalmente—. No quería que esto ocurriera —y sonrió con timidez—. Debe de ser el dichoso vestido.

—¿Angel no lleva nunca vestidos atrevidos? —le preguntó ella, con toda la intención.

—¿Quién? ¿Cómo demonios...?

—Angel. La mujer a la que llamas Angel. Por favor, no te molestes en negarlo.

Todavía con la sensación del beso en los labios, y sacudida por el deseo, Carolyn notó que su aprensión y su temor se desbordaban. Era casi como si el demonio de los celos estuviera sentado en su hombro, azuzándola.

—¿Por qué no puedes ser sincero conmigo, Adam?

—No es lo que tú piensas, Carolyn. Te has hecho una idea equivocada.

—Puede que me haya hecho muchas ideas equivocadas —respondió ella—. Que yo sepa, tú puedes haber estado contándome mentiras desde el momento en que nos conocimos. Yo debería haberme tomado tiempo para investigar, pero tú has seguido diciendo que no podíamos perder el tiempo. Insistir en que nos casáramos legalmente podría haber sido un movimiento muy inteligente por tu parte. ¿Cómo sé que no soy la víctima de una horrible estafa que tú y Bancroft habéis preparado?

Él empezó a contestar, pero de repente levantó la mano para indicarle que guardara silencio. Salió al pasillo y miró hacia ambos lados. Estaba vacío, pero no podía estar totalmente seguro de que no los hubiese oído alguien y después se hubiese escondido, o bajado hasta el piso de abajo por la escalera de servicio oculta que él había usado una vez. Quizá su intuición estuviera equivocada. Lo más seguro era que el tono de voz de Carolyn, un poco más elevado de lo normal, hubiese disparado sus temores.

Cerró la puerta y volvió con ella. Se quedó mirándola fijamente. No podía creerse que su comentario sobre aquel vestido sexy y sus llamadas a su superior de la Agencia hubiesen dado pie a una sospecha infundada. ¿Realmente creía Carolyn que aquello era un plan para despojarle de su herencia? ¿Era aquello lo que había estado sospechando durante todo el tiempo? Él había estado muy satisfecho de lo armoniosamente que trabajaban juntos. Debía de haberlo estropeado sin darse cuenta.

—Puedo explicártelo todo, Carolyn.

—Por favor, hazlo —respondió ella con frialdad.

Él dudó, sabiendo que no podía desvelar la identidad de su jefa, Angelica Rivers, por cuestiones de seguridad. Una de las normas más severas de la agencia era no establecer ningún camino que pudiera llevar a alguien desde un agente descubierto hasta otra persona.

—No sé cuánto has oído —empezó él, titubeando, intentando averiguar cuánto sabía ella.

—No estaba cotilleando —se apresuró a explicar Carolyn—. Simplemente oí que respondías el teléfono y llamabas a alguien Angel. También sé que has estado haciendo llamadas cuando pensabas que yo estaba dormida, y el asunto me sugiere que hay una falta de honestidad en todo lo que me has dicho. No puedo evitar preguntarme por qué me has mentido acerca de que no tenías ninguna relación con otra mujer, a menos que esa mentira enlace con otras.

—No te he dicho ninguna mentira acerca de mi vida privada ni de la situación en Horizon —replicó él con firmeza. Quería decirle que ninguna mujer se había acercado tanto a su corazón como ella desde que Marietta había muerto. ¿Es que no se daba cuenta de que solo el hecho de tenerla cerca le hacía darse cuenta de lo vacía que estaba su vida? La mayoría de las veces, las expresiones de cariño que le dedicaba le salían de lo más profundo del alma, no tenía que fingir cuando la besaba. ¿Cómo era posible que dudara de su sinceridad y de su integridad?

—Por favor, créeme, Carolyn. He sido totalmente franco contigo. Deberías haber mencionado todo este asunto antes de llegar a enfadarte. Te aseguro que mis llamadas no eran para ninguna novia ni amante. Y no puedo decirte nada más hasta que termine la investigación.

Ella parpadeó. No podía creerse que ya hubieran terminado las explicaciones.

—¿Eso es todo?

—O aceptas la verdad de lo que te estoy diciendo, o no —le dijo sin ambages. Sabía que no podría obligar a Carolyn a aceptar algo si su mente se negaba—. Mi motivación todavía es la misma. Solo quiero detener el dolor y la muerte de gente inocente tan rápidamente como pueda. Si no crees que es de eso de lo que se trata, no puedo obligarte a continuar. Es un juego peligroso. ¿Estás todavía en él? ¿Quieres dejarlo?

Sin responder, ella fue hacia el sofá y se sentó. Se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza sobre las palmas de las manos, como si sus pensamientos

fueran demasiado pesados. Parecía tan frágil y tan vulnerable que él tuvo que reprimir el impulso de acercarse y abrazarla.

Cuando, finalmente, volvió a incorporarse, a él se le subió el corazón a la garganta.

—Todavía estoy en él —dijo.

Tenía el pecho atenazado y casi no podía expresar su sentimiento de alivio. Dijo, en tono superficial, como si no tuviera nada más importante en la cabeza:

—Morna nos está esperando para cenar. Quizá deberíamos llegar puntuales hoy.

Ella asintió y pasó por delante de él como si fueran dos extraños. De alguna forma, se habían subido a un tren que iba sin freno hacia el desastre emocional.

La cena fue un acontecimiento lúgubre. Buddy fue el único que demostró estar de buen humor. Había salido a pescar con un amigo y estuvo alardeando de todo lo que habían capturado como si todos los que estaban en la mesa tuvieran mucho interés. Haciendo caso omiso del ceño fruncido de su madre, le pedía continuamente a Seika que le rellenase la copa de vino.

Carolyn pensó que Della y Lisa debían de haber tenido una discusión justo antes de la cena, porque no se hablaban. Parecía que Jasper no se daba cuenta de nada de lo que estaba ocurriendo, y su único comentario fue que el salmón estaba un poco seco.

Adam le hizo a Della algunas preguntas sobre cómo había ido el día, pero solo recibió respuestas vagas, aunque amables. Sonrió a Carolyn representando el papel de marido perfecto, preguntándole si quería más panecillos o más arroz, cuando debería haber sido evidente para él que ella no tenía demasiada hambre.

Cada vez que él le rozaba el brazo, ella se ponía tensa. La sensación de los labios de Adam mientras la besaba era un recuerdo intenso. Notaba que él tenía las piernas estiradas a pocos centímetros de las suyas bajo la mesa, y sentía la atracción magnética que ejercía.

La discusión que habían tenido había hecho que Carolyn se diera cuenta de que se estaba enamorando de él. Y él, aunque le hubiera dicho la verdad acerca de que no tenía ninguna relación con una mujer, tenía sus propios planes. Por el momento ella era solo una herramienta necesaria para llevar a cabo esos planes. Pero después, ¿qué pasaría? Él tendría que trabajar en un nuevo caso. Y otra vez, ella se sentiría abandonada al dolor y a la pérdida.

Cuando la cena terminó, Jasper sorprendió a Carolyn al decirle:

—Tengo algo que enseñarte.

Su invitación no había incluido a Adam, pero Carolyn se sintió agradecida porque también se diera por aludido. Él le guiñó el ojo y le lanzó una sonrisa mientras le ponía la mano en el hombro y la acompañaba por el pasillo detrás de la delgada figura de Jasper.

Cuando llegaron a la biblioteca, ella se preguntó cuál sería la intención de su tío. ¿Es que acaso iba a revelarle algún secreto devastador sobre su familia?

Carolyn le había pedido fotos y le había preguntado cosas sobre su familia, pero sin éxito. No podía creerse que ni la madre, ni el padre, ni el hermano de Alice hubieran tenido ninguna pista sobre quién la había dejado embarazada. ¿Es que habría sido violada?

—No pasa nada —le dijo Adam para infundirle confianza—. Recuerda, averigües lo que averigües con respecto a tu origen no cambia quién eres tú. Ya has demostrado que eres una mujer encantadora, inteligente y buena.

Ella le agradeció sus palabras con una sonrisa mientras Jasper se acercaba a ellos para entregarle a Carolyn un sobre que contenía fotografías antiguas.

—La mayoría son mías —confesó Jasper—. Pero tu madre sale en algunas.

A Carolyn le temblaron las manos cuando miró las imágenes. Jasper era el protagonista en casi todas. Era un joven alto y delgado, y a su lado había una niña de unos ocho o nueve años, sonriendo o haciendo gestos. «¿Mi madre?», pensó Carolyn mientras recorría su cara con las puntas de los dedos. Parecía que era una niña feliz. ¿Qué sería lo que no había salido bien? ¿Por qué se habría escapado Alicia de casa? ¿Y por qué habría abandonado a una niña sin nombre?

—¿Y no tienes más fotografías de su madre cuando era un poco mayor? —preguntó Adam, que no creía que aquellas fueran las únicas imágenes que había de Alice.

Jasper frunció el ceño.

—No sé qué ha pasado con una caja de fotografías que había en la biblioteca. Cuando Della se vino a vivir aquí, tiró muchas cosas viejas que habían estado por ahí llenándose de polvo. Por supuesto, entonces no sabíamos que esto iba a suceder. Quiero decir, ¿quién habría pensado que la hija de Alicia iba a aparecer de la nada? Parece increíble, ¿no?

—Sí, es cierto —convino Carolyn—. Me pregunto por qué mi madre no dijo nada. ¿Tú crees que ella también estaría muy sorprendida de que su padre me hubiera dejado su fortuna a mí, su hija?

Jasper no quiso hacer especulaciones, y se encogió de hombros. Carolyn le devolvió las fotos, y él no le dijo que se las quedara. Simplemente, las dejó en el cajón del escritorio de la biblioteca, como si no tuvieran ningún valor.

Adam miró a Jasper con atención. No había ningún afecto en los ojos del

hombre mientras miraba a Carolyn, y su expresión desprovista de todo sentimiento hacia ella confirmó lo que él había sospechado. Bajo la apariencia de hombre frío, Jasper estaba lleno de rencor. Adam se preguntó en qué medida sería suya la culpa de la infelicidad de su hermana. Y lo más importante, se preguntó también si Carolyn habría pasado a ser el objeto de su amargura y su resentimiento.

Carolyn le dio las gracias amablemente a su tío por enseñarle las fotos. Cuando salieron de la biblioteca, Adam y Carolyn se dirigieron hacia su habitación. Ella dijo que tenía ganas de acostarse pronto, y cuando Adam le informó de que él iba a dar un breve paseo, se limitó a asentir.

El aire de la noche era pesado cuando salió por la puerta lateral del piso de abajo. Al dar la vuelta por el camino que rodeaba el edificio, se dio cuenta de su enormidad. La mansión de la familia Stanford era de la categoría de las de Vanderbilt o Astor. La herencia de Carolyn la había puesto en una situación que le aseguraría un matrimonio con un hombre de fortuna y prestigio social.

Adam puso mala cara y le dio una patada a una piedra que había en su camino. Sintió una punzada de celos que lo dejó sorprendido, y tuvo que recordarse a sí mismo que su reto era conseguir que ella estuviera a salvo durante la investigación y después alegrarse de su futura felicidad. Al mirar las ventanas del segundo piso, vio que la luz estaba encendida en el despacho de Della, y estuvo tentado de subir a charlar con ella. Sin embargo, sabía que aquella visita estaría completamente fuera de contexto y no podría justificarla. No podía permitirse el lujo de llamar la atención y sabotear la operación entera. ¿Por qué iba a estar un recién casado paseando alrededor de la casa en vez de acurrucado con su preciosa mujer en la cama?

Mientras volvía al interior de la casa, pensaba en que tenía que arreglar la situación con Carolyn lo más rápidamente posible. Era muy importante que mantuvieran la representación de su matrimonio intacta. Afortunadamente, durante la cena todo el mundo había estado inmerso en sus propios pensamientos como para darse cuenta de la tensión que había entre ellos. Al menos esperaba que ese fuera el caso, porque nunca se sabía lo que una mirada o el tono de voz podía desvelar. Si Carolyn todavía estaba despierta cuando él volviera a la habitación, sería mejor que hablaran de nuevo. Al descubrir que estaba aparentemente dormida, se quedó desilusionado. No estaba seguro de que no estuviese fingiendo para evitarlo. Dejó escapar un suspiro. Lo primero que haría al día siguiente por la mañana, antes de bajar a

desayunar, sería aclarar las cosas entre ellos.

A las dos de la madrugada, Carolyn se despertó gritando en mitad de una pesadilla. Era un mal sueño que se repetía desde su infancia. Había empezado cuando otra huérfana, una niña maliciosa y mayor que ella, se había burlado de ella diciéndole que la habían encontrado detrás de un montón de leña que había en la parte trasera del orfanato. La niña incluso había llevado a Carolyn fuera, para enseñarle el lugar donde se apilaban los troncos. En su pesadilla, Carolyn se encontraba enterrada bajo la pila de leña, y no importaba lo frenéticamente que intentara salir de allí, alguien estaba a punto de prenderle fuego al montón de madera que la cubría. Sus gritos despertaron a Adam al instante, y se acercó a ella para abrazarla. Ella lo golpeó y continuó gritando.

—¡No me quemes, no me quemes! —luchaba contra él con la fuerza de un animal atrapado. Le arañó los brazos mientras él intentaba calmarla.

—Carolyn, despierta. Estás bien, estás bien.

Lentamente, su voz penetró en la niebla de la mente de Carolyn, y al despertar se lo quedó mirando fijamente con los ojos abiertos de par en par. Poco a poco empezó a salir del estado de pánico.

—Estabas soñando. Ahora estás bien.

Ella tenía la respiración entrecortada y todavía notaba las llamas imaginarias y el peso de la leña sobre ella. Adam continuaba abrazándola, y Carolyn se fue calmando poco a poco. Le acarició el pelo y le dio un beso en la mejilla cubierta de lágrimas.

En su abrazo protector, el terror que había invadido su mente se desvanecía. Después de unos minutos, los latidos acelerados de su corazón recuperaron el ritmo normal y empezó a respirar pausadamente. Cerró los ojos y dejó que el calor del cuerpo de Adam la reanimara.

—¿Estás bien? —le preguntó él suavemente, mientras ella asentía. El único sonido que se oía era el tic tac del despertador. Mientras la abrazaba, era consciente de la longitud de su cuerpo esbelto apretado contra el suyo. Los pijamas que llevaban eran una barrera demasiado débil contra la imaginación, y la idea de su cuerpo desnudo era demasiado sugerente. Ansiaba que sus manos se deslizaran libremente sobre sus curvas tentadoras y probar de nuevo sus labios temblorosos. Con un gran esfuerzo, apartó aquellos pensamientos de su cabeza. En aquel estado confuso y alterado, probablemente Carolyn

respondería. Y después, ¿qué? ¿Creería que él había intentado realmente mantener su matrimonio ficticio como algo platónico? Una vez que hubieran hecho el amor, no habría vuelta atrás, y ninguno de los dos podía permitirse hacer daño al otro. Se estaban jugando demasiado en aquella situación.

A él no le sorprendió que se saliera suavemente de su abrazo y se tumbara mirando al techo.

—¿Quieres contarme lo que has soñado? —le preguntó él con dulzura—. Quizá te sirva de ayuda.

—Lo... lo siento —tartamudeó ella. Hacía mucho tiempo que no tenía aquella pesadilla, y se había quedado avergonzada por su histerismo. ¿Qué habría pensado Adam de ella? En muchas ocasiones, los padres de las familias de acogida la habían reprendido y ridiculizado por molestar a todos los miembros de la casa con sus tonterías.

—No tienes por qué sentirlo —le aseguró él, mientras hacía que volviera la cara hacia él. Una de las cortinas no estaba corrida del todo, y dejaba que la luz de la luna entrara en la habitación. Los rayos se reflejaban en los ojos húmedos de Carolyn, haciendo que parecieran más bonitos que nunca. Sin embargo, también hacían que el dolor fuera más patente en la profundidad de sus pupilas—. Tener un mal sueño no es un crimen, dulce Carolyn.

Ella lo miró para sentirse más segura. Después se humedeció los labios y le contó la historia. Cuando terminó, él sentía tal ira que quería castigar a alguien por la angustia que ella había sufrido durante su vida. Si había tenido alguna duda de que Carolyn Leigh se mereciera la buena fortuna que había tenido, en aquel momento se desvaneció. Se juró que si alguien volvía a hacerle daño, tendría que responder ante él.

—Me alegra que me lo hayas contado —le dijo mientras la acunaba en sus brazos casi como si fuera una niña. Ella no se resistió ni se alejó de él. Cerró los ojos y respiró hondo, como si habérselo contado hubiera sido curativo para ella.

Cuando su respiración rítmica y profunda le confirmaron que se había dormido, Adam volvió a su lado de la cama. No podía confiar tanto en su fuerza de voluntad para controlar la tentación que suponía despertarse y encontrarse el cuerpo cálido de Carolyn a su lado. Hacía mucho tiempo que no obtenía ninguna satisfacción sexual. Sabía muy bien que había encontrado una mujer que despertaba la pasión que había permanecido dormida en él desde que Marietta había muerto. También sabía que se estaba enamorando

de una mujer que únicamente podría causarle más dolor. Gimió en silencio. ¿Por qué no podía haber sido la nieta perdida de Arthur Stanford menos bella y cautivadora? Aquella misión ya era lo suficientemente difícil. No necesitaba que su corazón se agotara.

Carolyn se quedó dormida a la mañana siguiente y se despertó de golpe cuando Adam entró en la habitación con el desayuno en una bandeja.

—Hola, cariño.

Ella se quedó asombrada de oír que la llamara así. No había nadie que los estuviera oyendo. ¿Sería porque sentía compasión de ella, a causa de la pesadilla? Al instante, sintió que su orgullo se resentía, y se incorporó en la cama. No podía soportar que le tuvieran lástima.

—¿Qué es todo esto?

—He pensado que te merecías desayunar en la cama. Sobre todo, porque la atmósfera en la cocina es una repetición de la de anoche durante la cena. Por supuesto, si prefieres ver la cara sombría de Jasper y escuchar los comentarios cáusticos de Della, puedo llevarme la bandeja.

—Ni lo sueñes —respondió Carolyn, pensándoselo mejor. Se acomodó con una almohada en la espalda, y olfateando, inspeccionó la comida que le había llevado Adam: cereales, café, galletas, fresas con nata... Se relajó y dijo:

—Muchas gracias, señor. Es usted un buen hombre.

«No sabes hasta qué punto», pensó él irónicamente. Ella nunca sabría lo deseable que había sido dormida en sus brazos. Se merecía una medalla por su comportamiento ejemplar.

—¿Qué plan tienes para hoy? —preguntó él, mientras se sentaba en una esquina de la cama.

Ella se quedó pensativa mientras mordía una galleta.

—No lo sé. ¿Tienes alguna sugerencia?

—He pensado que deberíamos ir a comprar un coche. Me parece que debes tener un vehículo propio. Y...

—¿Y qué? —presionó ella, cuando Adam titubeó.

—Me sentiré más seguro cuando conduzcas tu propio coche y no dependas de otras personas.

Ella observó atentamente la expresión de su cara.

—¿Hay algo que no me hayas contado? Ayer, cuando Lisa condujo su

coche, no pasó nada. Y yo siempre puedo tomar uno de los que hay en el garaje.

—Es solo que es mejor controlar el máximo de variables que podamos.

—No te entiendo —admitió ella, frunciendo el ceño.

—Significa que es más fácil asegurarse de que un coche es seguro, en vez de dos o tres.

—¿Seguro? —repitió ella, aunque lo había entendido perfectamente. Él no se estaba refiriendo a problemas mecánicos—. No pensarás que... —su voz se desvaneció.

—No pienso nada en este momento, pero necesitas un coche y creo que sería una buena idea comprarlo. ¿Qué te parece? ¿Cuál es el coche que siempre has querido?

—Uno que tenga buenos neumáticos y que arranque a la primera.

Él soltó una carcajada.

—Creo que podremos encontrar uno de esos.

Carolyn no sabía qué ropa ponerse. ¿Debería elegir algo especial para la ocasión? Iba a comprarse su primer coche. Finalmente, se puso unos pantalones marrones que se le ceñían ligeramente a las caderas y una blusa de color azul lavanda. Después se adornó el cuello con un collar de amatistas y oro, y se puso detrás de las orejas unas gotas del perfume imperdonablemente caro que había comprado con Lisa.

Adam silbó cuando la vio aparecer.

—Pareces una señora lista para comprarse el último modelo de la marca más cara de coches. Vamos a hacer feliz a algún vendedor.

Encontrar el coche apropiado no resultó tan fácil como Adam había pensado. Carolyn no se hacía a la idea de que podía comprarse el que quisiera, y se paseó por las salas del concesionario como una niña a la que hubieran ofrecido tantos dulces que no supiera elegir.

—¿Qué te parece este?

—¿Tú prefieres algo más grande?

—No, este va a juego con tus ojos —dijo él, mientras observaban un pequeño deportivo azul.

—No creo que este sea mi estilo —dijo ella, cautelosamente—. Preferiría algo un poco más grande y no tan llamativo.

Finalmente, eligió un turismo de una marca extranjera, blanco, con el interior color rojo vino. Adam soltó un suspiro de alivio.

El vendedor les aseguró que se lo enviaría a casa aquella misma tarde. Después tomaron algo ligero para comer y fueron a Horizon en el coche alquilado de Adam.

Mientras aparcaba, él dijo:

—Creo que debería pasar la tarde en la oficina —y rápidamente, le explicó su encuentro de aquella mañana con Susan Kimble—. Me tiene intrigado. Alguien me ha contado que es la directora del área de negocio. Ese es un puesto de una gran responsabilidad.

—No crees que ella tenga nada que ver con lo del mercado negro, ¿verdad? —Carolyn lo miró sorprendida—. Parece tan... tan agradable...

—En este momento, únicamente estoy buscando de un hilo del cual pueda tirar. Después lo seguiré para ver dónde me lleva. Cuanto más me acerque a identificar a los culpables, más intentarán detenernos. Y entonces, el peligro aumentará, sobre todo para ti, Carolyn —le advirtió—. No hagas nada sin consultármelo primero.

El primer impulso de Carolyn al oír aquello fue recordarle que sabía cuidar de sí misma, pero se desvaneció cuando vio el brillo severo de sus ojos. Su fuerza de carácter en los asuntos referentes a su profesión no aconsejaba ninguna discusión. Mostró una fiereza que la dejó asombrada. ¿Era aquel el mismo hombre que la había abrazado con ternura la noche anterior y había calmado sus miedos? Era irónico que llevara una alianza y durmiera todas las noches en la misma cama que él. En realidad, no sabía nada de Adam Lawrence.

—Muy bien, no lo haré. Pero no me gusta la idea de ir detrás de ti durante todo el día.

La expresión del rostro de Adam se suavizó. Aquel rasgo de su personalidad, la independencia, era una de las cosas que más le gustaban de Carolyn. Quería ser ella misma, sin importarle las circunstancias, y él no iba a obligarla a hacer nada que chocara con aquello. Pero al mismo tiempo, quería controlar de algún modo sus actividades.

—¿Por qué no pasas el día con Della? Al fin y al cabo, si yo no estuviera aquí, eso es lo que estarías haciendo para conocer la empresa.

—Probablemente, ella piensa que soy una idiota a la que solo le interesa pasarse el tiempo de compras con Lisa y dormir hasta el mediodía —se

lamentó Carolyn.

Adam sonrió.

—Exactamente. En este momento, el miedo de Della de que quieras hacerte con el control de la fábrica debe de haberse esfumado. Sus defensas estarán bajas, y seguro que puedes aprender muchas cosas interesantes.

—Ni siquiera sé qué es lo que debería buscar. Esto no es un área en el que yo sea una experta —le recordó ella. ¿Cómo podía esperar Adam que ella hiciera de investigadora?

—Por el momento, solo tienes que prestar atención al tipo de relación que tiene Della con la gente. Y si notas alguna contradicción, tomar nota mental.

—¿Qué tipo de contradicción?

—Por ejemplo, si se relaciona con alguien de una manera que no es normal en el contexto del trabajo, o tiene demasiada confianza con un subordinado... Quienquiera que esté dirigiendo este fraude no lo está haciendo solo. Es una operación demasiado grande y complicada.

—Muy bien. Haré todo lo que pueda. Me he fiado de mis intuiciones sobre la gente más de una vez.

Entraron juntos en el edificio y Adam le dio un abrazo para que lo vieran quienes estuvieran observando.

—Nos vemos luego, cariño.

Le dio un beso y se metió en el ascensor. Carolyn estaba sonriendo cuando llegó a la puerta del despacho de Della.

—Hola, soy Carolyn Lawrence. ¿Está la señora Denison?

—Estoy segura de que estará para usted, señora Lawrence. Espere un momento mientras la aviso.

Della debía de estar de pie cuando le dijeron quién la estaba esperando, porque en un segundo la puerta de su oficina se abrió.

—Por Dios, Carolyn, tú no necesitas que te anuncien. ¿Por qué no has usado la puerta que comunica nuestros despachos?

—Todavía no he entrado en mi oficina —confesó Carolyn—. He ido a comprarme un coche —deliberadamente, le estaba dando la impresión que Adam quería que Della tuviera de ella. Una mujer que solo perseguía su propio bienestar, sin ninguna motivación. Una mujer que no quería asumir las responsabilidades que le correspondían en la empresa.

—Bueno, entra. Estaba manteniendo una conversación con Cliff, pero casi hemos terminado.

La sensación de tranquilidad de Carolyn se esfumó instantáneamente cuando vio a Cliff levantarse de una de las sillas para saludarla.

—Buenas tardes, Caro. ¿He oído que acabas de comprarte un coche? —le preguntó guiñándole un ojo—. Sin duda, un Cadillac, con todos sus accesorios.

—Siento desilusionarte, Cliff —replicó ella, sin molestarse en darle ninguna otra respuesta. No era asunto suyo qué coche se hubiera comprado. Se volvió hacia Della y le dijo, en tono de disculpa—: Siento interrumpir, Della. Si no te importa, me quedaré allí sentada mientras tú te ocupas de la empresa.

—Por supuesto —dijo Della, y se acercó al lugar donde estaba sentado Cliff. Tomó algunos papeles de su escritorio y empezó a hablar en voz baja con él.

Sus voces sonaban amortiguadas y Carolyn no tenía ni idea de si estaban hablando sobre aquellos papeles o sobre otra cosa. Cuando sonó el interfono, Della descolgó el teléfono, murmuró unas palabras y después le dijo a Cliff:

—Discúlpame un minuto. Tengo que hablar con mi secretaria.

Salió de la oficina. Obviamente, fuera lo que fuera que tenía que hablar con su ayudante, no quería que nadie lo oyera. Cliff se levantó de su silla y se acercó a Carolyn.

—¿Qué tal le va a la guapa niña rica? —le preguntó en su peculiar tono afable. Sin embargo, un brillo en sus ojos le indicó a Carolyn que tenía algún plan oculto.

—Como siempre —respondió ella—. En realidad, nada ha cambiado demasiado. Supongo que podría levantarme mañana y volver a mi antigua vida, si tuviera que hacerlo.

—Eso sería una pena. Estoy seguro de que no me gustaría nada verte arrastrando un montón de bagaje de los viejos tiempos.

—¿Y qué te hace pensar que iba a hacerlo? Puedo asegurarte que hace mucho tiempo que me deshice de mis viejos errores. ¿Y tú, Cliff?

La pregunta era un modo sutil de recordarle que el chantaje podría ser mutuo. Ella sabía cosas de Cliff que él no querría que se extendieran, y él tenía mucho más que perder que ella. Entonces pensó algo que hasta aquel momento no se le había ocurrido.

Quizá Cliff no quisiera chantajearla por dinero, sino por su silencio. Si estaba preocupado por el asunto del mercado negro, utilizaría todas las armas

que tuviera a su disposición para mantenerla en silencio.

—Nunca he sido de las que se comprometen, Cliff —le advirtió.

—Eso es una pena, Caro —él iba a empezar a decir algo más, pero Della entró de nuevo en el despacho y volvió a ponerse la máscara. Después de unos pocos minutos, se marchó de la oficina.

Durante el resto de la mañana, Carolyn observó a Della mientras trabajaba con el ordenador y hablaba por el teléfono con gente a la que Carolyn no conocía, y resolviendo problemas que no se molestó en explicarle. Carolyn se dio cuenta de que si quería tomar las riendas de la empresa, tendría que pasar mucho tiempo estudiando los documentos de Della. Con sus conocimientos, ella sería capaz de comprobar por sí misma si la compañía era solvente. Era un poco inquietante darse cuenta de cómo aquella mujer manejaba tantas áreas diferentes. Carolyn no pudo evitar preguntarse si su abuelo no se habría confundido al confiar en ella ciegamente.

Cuando Adam iba a salir del despacho de dirección de área de negocio, era hora de cerrar. El tiempo que había pasado con Susan había sido igual de productivo que el de Carolyn. Había observado diferentes procesos y el funcionamiento del departamento, pero Susan no había sido muy comunicativa en cuanto a los detalles. Adam no había sido capaz de darse cuenta de ningún detalle sobre si era posible enviar órdenes falsas a través del sistema.

Los dos decidieron que no irían a la mansión a cenar. No les atraía la idea de soportar otra velada familiar como la de la noche anterior. Cuando Carolyn le dijo a Della que iban a cenar fuera, ella, para su sorpresa, les recomendó un buen restaurante en una pequeña zona comercial al norte de la ciudad.

La carretera, que bordeaba la costa, era un camino muy agradable, y la comida fue todo lo buena que Della les había asegurado. Carolyn y Adam se relajaron y disfrutaron de la cena, y evitaron deliberadamente cualquier tema de conversación estresante.

Durante un par de horas, fueron simplemente un par de personas que se estaban conociendo mejor. Después de cenar, fueron a dar un paseo y a mirar los escaparates.

—Ahora podrías entrar en cualquiera de estas tiendas y comprarte todo lo que te apeteciera —le recordó Adam.

—Nunca he sido demasiado caprichosa —respondió ella—. No necesito

poseer las cosas para disfrutar de ellas.

Él sonrió.

—Y yo creo que eso no va a cambiar. Pero podrías comprar regalos para otras personas. ¿Qué te parece comprar algo para tu amiga Rosie?

A Carolyn le brillaron los ojos.

—Buena idea. Voy a comprarle una caja de música. Se volvía loca cada vez que entrábamos a una tienda y veía cajas de música. Las abría todas para escuchar las melodías, aunque sabía que no podía permitirse el lujo de comprar ninguna.

Encontraron una tienda de regalos y Carolyn eligió una caja de música para su amiga. Encantada con el regalo, se colgó del brazo de Adam y los dos se dirigieron hacia el lugar donde habían aparcado.

—¿Te apetece dar una vuelta en el coche? —le preguntó él, como si aquello fuera una cita—. Hace una noche preciosa. Podríamos aparcar y contar las estrellas.

—¿Tus intenciones son honorables? —le preguntó con solemnidad. Él estaba abrumadoramente guapo y atractivo aquella noche.

—Absolutamente.

—Bien. En realidad, la noche es fantástica. No deberíamos desperdiciarla —dijo ella, sorprendida de su propio atrevimiento. Nunca coqueteaba de aquella forma, y se sentía un poco nerviosa. ¿Qué haría si él pensaba que se le estaba insinuando? Tener que besuquearse en un coche cuando tenían una cama enorme parecía completamente ridículo.

Adam condujo durante unos minutos hasta que llegaron a una pequeña carretera que conducía hacia un mirador elevado en Puget Sound. Había otro coche aparcado allí, pero se marchó casi enseguida.

El pequeño barranco que había bajo el aparcamiento era un desnivel rocoso, y abajo había una playa. Cuando Adam apagó el motor, Carolyn dijo:

—Me encanta el sonido del agua. ¿Crees que habrá forma de bajar hasta la cala?

—Parece muy empinado, pero podemos comprobarlo.

Estaban caminando de la mano hacia el borde del aparcamiento cuando todo sucedió.

El sonido del motor de un coche tras ellos fue lo que los avisó. Se volvieron y vieron que un vehículo iba a toda velocidad hacia ellos.

Cegada por la luz de los faros, Carolyn gritó. No le respondían las piernas.

Se quedó paralizada y rígida esperando el golpe.

En el último segundo, Adam le dio un fortísimo empujón.

Oyeron los frenos chirriar mientras se tiraban por el barranco.

Carolyn aterrizó de espaldas sobre la arena fría y húmeda. Aturdida, miró el cielo y las estrellas, que se movían como en un remolino. Todo había ocurrido tan deprisa que por un momento había pensado que estaba soñando. Pero su cuerpo magullado le aseguró que estaba completamente despierta.

Cuando oyó los gemidos de Adam, todas las dudas se desvanecieron. Intentando recuperar el aliento, se incorporó y se sentó. Le dolía todo el cuerpo. Con cuidado, movió las piernas y los brazos para asegurarse de que no tenía nada roto, y después miró a su alrededor buscando a Adam. El sonido de las olas amortiguaba sus quejidos y Carolyn no sabía de qué dirección provenían.

—¡Adam! ¿Dónde estás? —no veía ni rastro de él. Se levantó vacilante, pero no lo vio a su alrededor. Debía de haberse quedado entre las rocas, porque no estaba en la arena de la playa—. ¡Adam! —siguió buscando ansiosamente con la mirada por las rocas, y al final, detectó un movimiento.

Sin preocuparse de sus propios golpes, empezó a andar hacia el lugar de donde provenían los quejidos. Él estaba entre dos enormes piedras que habían detenido su caída. Lo ayudó a levantarse y le dijo:

—No te muevas.

Comprobó su pulso, y después le examinó las caderas, los brazos y la cabeza. No tenía signos de daños graves.

—¿Te duele algo?

—No hay nada que no me duela —respondió él, mientras se sentaba, y después le aseguró que estaba bien. Ella dejó escapar un suspiro de alivio. No se había roto nada.

Adam le preguntó ansiosamente:

—¿Y tú?

—Oh, yo he recorrido todo el camino hasta el final y he aterrizado en la arena. Pan comido —mintió, intentando no guiñar los ojos de dolor cada vez que se movía.

—¿Quieres que esperemos un rato antes de subir?

Ella sacudió la cabeza. Sabía que los golpes les dolerían más cuanto más tiempo pasara. No le agradaba nada pensar en cómo se sentirían a la mañana siguiente.

—¿Crees que estaremos a salvo? —preguntó, con la voz temblorosa.

Él entendió perfectamente la pregunta. «¿Crees que habrá alguien esperando para terminar el trabajo?» El sonido de los frenos todavía le resonaba en los oídos. Evidentemente, alguien había intentado atropellarlos, y Adam dudaba que el asaltante se hubiera quedado esperando.

—Sí, creo que sí —respondió, y le rogó a Dios que fuera verdad.

La subida por la cuesta no fue tan difícil como los dos habían temido. Era un milagro que hubiesen salido del percance con tan solo unos hematomas y unos arañazos.

Cuando llegaron, se aseguraron de que el aparcamiento estuviera vacío. Adam escuchó con atención por si acaso captaba el sonido de un motor, pero solo oyó el ruido lejano del tráfico distante.

—Muy bien, vamos —y los dos corrieron por el espacio abierto del aparcamiento hasta la seguridad de su coche. Tan pronto como estuvieron dentro, Adam encendió el motor y se dirigió al centro de la ciudad.

—¿Tuviste oportunidad de echarle un vistazo al coche? —le preguntó a Carolyn.

—No tuve tiempo.

—Esas malditas luces nos cegaron en cuanto nos volvimos a mirar. La única cosa de la que estoy seguro es de que era un coche, y no una camioneta ni un camión.

—Tendremos que denunciarlo —dijo ella. Odiaba la idea de estar en boca de todo el mundo, pero, ¿qué otra cosa podían hacer? Alguien había intentado matarlos.

—No —respondió Adam—. No podemos atraer la atención de la justicia local.

—Pero... —Carolyn empezó a protestar.

—Las autoridades locales podrían desbaratar nuestra tapadera. No habría ninguna forma de hacer que la policía de la zona investigara esto sin que hubiera complicaciones con la Agencia Federal en la investigación sobre Horizon. Mis superiores pedirían mi cabeza si pusiera en peligro mi identidad falsa.

—Pero, ¿cómo vamos a callarnos lo que ha ocurrido? —dijo ella, alzando

ligeramente la voz—. No podemos dejarlo así.

—No tengo intención de dejarlo así —respondió él pacientemente—. El hecho de que suceda algo como esto es una advertencia. Tenemos que darnos prisa. Has dicho que no ha ocurrido nada con Della hoy, durante el día.

Ella asintió.

—No he visto ni oído nada que estuviera fuera de lugar —y entonces tragó saliva—. Tuve una pequeña confrontación con Cliff, solamente. Nada sobre la empresa. Más bien, fue personal.

Adam le dio una palmada al volante.

—Demonios, Carolyn. Tienes que contármelo todo. No me importa si es personal o no.

Entonces ella le repitió la conversación que había tenido con Cliff.

—Él sabe que no le voy a dar un céntimo.

—Deja que me aclare. Le dijiste, en pocas palabras, que no tendrías ningún reparo en usar información sobre su pasado para desacreditarlo.

—Supongo que eso es lo que realmente le dije, cuando mencioné que dos personas podían jugar al mismo juego.

Él gruñó.

—Tú ni siquiera sabes el nombre del juego, mi dulce Carolyn.

—Tú no creerás... No. Cliff no sería capaz de hacer algo así —dijo ella—. Ese chico es un manipulador, pero no un asesino. Además, fue Della la que nos recomendó el restaurante. Ella sabía que íbamos allí y podría habernos seguido después de la cena.

—O puede habérselo mencionado a alguien. Si nos quedamos callados sobre esto, puede que oigamos a alguien mintiendo sobre que no sabía dónde hemos cenado.

—¿Y cómo vas a explicar nuestro aspecto de náufragos?

—Entraremos por la puerta lateral de la casa, y subiremos por la escalera que conduce directamente a nuestra suite. Con suerte, podremos colarnos y salir cuando queramos, sin que nadie nos vea.

Carolyn apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento. En aquel momento todo le dolía demasiado como para jugar a los detectives. Todo lo que quería era darse un buen baño caliente y ponerse ropa limpia y seca.

Vieron su coche nuevo en el garaje cuando aparcaron, pero no había ninguno más. Lisa y Buddy salían hasta tarde normalmente, así que no era ninguna sorpresa que sus coches no estuvieran allí. Sin embargo, sí era

extraño que Della y Jasper salieran después de la cena.

Adam se dijo que intentaría averiguar dónde habían estado aquella noche. Él y Carolyn subieron a su habitación sin que nadie los viera. Encendieron la luz y se vieron claramente.

Tenían la ropa sucia y rota, y los brazos y las piernas arañados y llenos de moretones. Si las circunstancias no hubieran sido tan horribles, se habrían reído de ellos mismos.

—Dúchate tú primero —le ofreció Carolyn.

—¿Por qué no compartimos la ducha? —respondió él, arqueando la ceja.

—Podríamos hacerlo —respondió ella, con expresión pensativa, como si estuviera considerando la idea seriamente—. Pero estoy deseando darme un baño caliente yo solita.

—Bueno, no puedes culparme por intentarlo.

Mientras él estaba en la ducha, ella se desnudó y examinó sus arañazos y sus heridas. Después tomó un poco de algodón de su maletín de médico y se limpió los cortes. Acababa de ponerse un kimono que había comprado dejándose convencer por Lisa, cuando Adam salió del cuarto de baño.

Ella le echó un vistazo y le dio el frasco de antiséptico y el algodón.

—Asegúrate de que te limpias las heridas concienzudamente.

—Espera un minuto. Tener un médico en casa debería garantizarme un poco de atención. Puedo esperar a que termines con tu baño.

—Lo siento mucho, señor, pero no hago visitas a domicilio —respondió Carolyn, y le dio un tirón descarado a la toalla con la que Adam se cubría. Después se dio la vuelta rápidamente, intentando no hacer caso de la tentación de hacerle un examen físico exhaustivo en aquel mismo momento.

Ninguno de los dos durmió nada aquella noche. Adam se sentía dolorido y rígido, y ni siquiera tuvo la tentación de todas las noches de acurrucarse cerca de Carolyn. La oía gruñir cada vez que intentaba moverse, y supo que su precioso cuerpo había sufrido tanto en la caída como el suyo propio.

Mientras estaba allí tumbado, intentó relacionar el incidente con alguno de los hechos que ya conocían. Alguien había intentado atropellarlos. Aquello terminó de convencerlo de que la muerte de Arthur no había sido un accidente. Era evidente que el asesino estaba usando el mismo método de operación, y era muy importante atraparlo antes de que volviera a asesinar.

Alguien se estaba poniendo nervioso, pero, ¿quién? Adam pensó en todos los posibles sospechosos, pero no dio con ninguna solución.

Cuando se levantó, Carolyn abrió los ojos lentamente y murmuró:

—Dime que todavía no es hora de levantarse.

—Lo siento, yo nunca miento. Bueno, casi nunca —dijo él, y sonrió mientras la miraba desde los pies de la cama—. Supongo que no me creerá si le digo que está usted encantadora esta mañana, señora Lawrence.

—¿Quieres tener otro hematoma?

—No, gracias. Me conformo con los que tengo.

—La verdad es que tú no estás demasiado mal, tampoco —dijo ella, inclinando la cabeza al mirarlo.

—Supongo que tendré que contentarme con «no demasiado mal».

—Tendrás que llevar manga larga y la camisa abotonada hasta el cuello. Debiste protegerte la cara con los brazos mientras caías rodando, y por eso no tienes ningún moretón delator —entonces se palpó su propia cara—. ¿Y yo? ¿Me han aparecido hematomas durante la noche?

Él se sentó al borde de la cama y le tomó la barbilla con delicadeza, haciendo que volviera la cabeza hacia un lado y hacia el otro.

—Mmm... No estoy seguro.

Antes de que ella pudiera protestar, él inclinó la cabeza y le recorrió con los labios la frente, la boca y la cálida curva del cuello.

Ella estaba a punto de rendirse y de ponerle los brazos alrededor del cuello, pero cuando los alzó tuvo que guiñar los ojos de dolor. Se tocó el hombro y descubrió un hematoma. Él sonrió al ver que ella no podía controlar una risita, y al final los dos acabaron riéndose.

—¡Los dos estamos en una forma lamentable!

Las carcajadas que compartieron parecieron borrar la cruda realidad que habían vivido la noche anterior, y les hicieron relativizar la tragedia que podía haber ocurrido.

—Prescribo un día de reposo —le dijo—. Al fin y al cabo, hoy es domingo.

—Un buen día para asomar la nariz en Horizon, teniendo en cuenta que estará prácticamente vacío —respondió él rápidamente—. Vamos a desayunar y a ver lo que el resto de la gente tiene planeado para hoy.

Ella habría preferido quedarse encerrada en su suite y recuperar su coraje, pero sabía que no serviría de nada discutir. No estaba preparada para

enfrentarse a nadie que podría haber sido el que estaba tras el volante la noche anterior. ¿Cómo iba a fingir que no había sucedido nada?

Se vistieron con cuidado, con ropa que escondiera por completo los golpes y las heridas, y bajaron las escaleras.

Aunque la cocina estaba cerrada, se percibía el olor a café.

—¿Nos atrevemos? —preguntó Carolyn, mirando la puerta.

—Es tu casa, y es tu cocina —le recordó Adam con suavidad, y añadió con una sonrisa—: Yo estaré detrás de ti para defenderte si te atacan.

Para su sorpresa, ya había cuatro personas allí. El señor Lei y su hija mayor, Seika, estaba ocupados en un extremo de la cocina. Seika estaba envolviendo comida, y Buddy estaba sentado en la mesa, observándola.

—Pon muchas galletas de nueces de las que te gustan, Seika —le dijo—. Estaremos fuera todo el día, y no hay nada que comer en el barco... —se interrumpió cuando entraron Carolyn y Adam—. Hombre, buenos días. ¿Vais a algún sitio vosotros también, tan temprano?

Antes de que ninguno de los dos pudiera contestar, Seika se acercó a Carolyn ansiosamente.

—¿Puedo salir hoy? ¿Tengo el día libre hoy? ¿Sí?

—Yo... no... sé... —tartamudeó Carolyn.

—Si Morna te dio el día libre, Seika, estoy seguro de que nadie va a objetar nada —dijo Buddy, interviniendo—. Vamos a hacer una excursión hasta Victoria. ¿Os gustaría venir con nosotros? Es una pena que no tenga un barco más grande. Podríamos quedarnos a dormir y hacer una fiesta esta noche —dijo, y el guiño un ojo a Carolyn—. Si te aficionaras a la vela, podríamos comprar uno de esos impresionantes veleros.

—Quizá —respondió ella. Primero Lisa, y después Buddy, los dos estaban deseando ayudarla a gastar dinero. Era evidente que los dos disfrutaban de las cosas buenas de la vida, y Carolyn no pudo evitar si aquello había hecho que su madre se hubiera visto obligada a buscar medios ilegales de aumentar sus ingresos.

—¿Qué hacen normalmente Jasper y Della los domingos? —preguntó Adam, queriendo asegurarse de que el camino estaba libre para echar un vistazo en la fábrica.

Buddy se encogió de hombros.

—No mucho. Supongo que se fueron a su casa de la montaña, anoche. Pasarán allí el día y volverán antes de la cena. Muy aburrido. Nosotros

tenemos mejores cosas que hacer, ¿verdad, Seika? —y le lanzó una mirada a la bella muchacha que hizo que se sonrojara.

Carolyn miró al padre de la joven, que todavía estaba concentrado preparando una carne que iba a meter al horno. Estaba segura de que el hombre estaba escuchando la conversación, pero no parecía estar preocupado por el hecho de que el joven de la casa mantuviera una relación sentimental con su hija. Lotuse, por otra parte, miraba con mala cara a Seika y a Buddy, pero no podía saberse si era porque ella no tenía el día libre o por algo más profundo.

Cuando Carolyn pidió café y tostadas, la chica asintió y dijo:
—Ahora mismo.

Cuando Carolyn y Adam terminaron de desayunar, fueron a buscar el coche y vieron que el de Lisa no estaba en el garaje. Mientras se dirigían a Horizon, comentaron aquel detalle.

—Me pregunto dónde habrá pasado la noche —musitó Carolyn—. Y quién ha sido el afortunado.

—Creo que sería provechoso averiguarlo —respondió Adam—. Lisa podría ser de gran ayuda para alguien que fuera capaz de sonsacarle información acerca de la compañía. Inocente o no, ella puede ser una pieza vital del engranaje.

—No estás hablando en serio. ¿Lisa involucrada en esto? Solo disfruta en su mundo de modas, clubs y vida fácil. Estoy segura de que no tiene ni una sola célula engañosa en el cuerpo.

—Recuérdame que nunca te lleve al hipódromo —respondió él irónicamente—. Ninguna apuesta es segura. Ni en las carreras de caballos, ni con respecto a la gente, con toda certeza.

Carolyn se quedó silenciosa. A ella le caía bien Lisa. ¿Cómo iba a desenvolverse en su nueva vida si todas las personas que conocía resultaban ser sospechosas? Por primera vez tenía la oportunidad de dejar atrás el pasado... pero los arañazos y los moretones de su cuerpo eran un recordatorio de que alguien la odiaba lo suficiente como para desear que muriera.

Cuando llegaron a la fábrica, usaron su acreditación para pasar a una zona restringida. Allí se llevaron una sorpresa. En el sitio destinado a Nick

Calhoun había un coche aparcado. Adam decidió pasar por el departamento de logística antes de ir al despacho de Della.

El hombre estaba encorvado sobre su escritorio. Tenía un ojo completamente morado y el pelo de la cabeza afeitado en las zonas donde había recibido puntos. Involuntariamente, Carolyn se puso la mano en la boca para ahogar su exclamación de espanto cuando lo vio.

—Deberías haber visto a los otros —dijo él, y se las arregló para sonreír de lado.

—No deberías estar aquí —le dijo Carolyn—. Necesitas tiempo para recuperarte. Me sorprende que te hayan dejado salir del hospital.

—Me he dado yo mismo el alta. La gente muere en los hospitales. Yo quiero una oportunidad en la vida.

—Tus oportunidades no tienen buena pinta, Nick —respondió Adam con franqueza—. ¿Quieres decirnos lo que ocurrió?

Nick murmuró un juramento.

—Asuntos personales. Yo me encargaré de ello.

—¿Es eso lo que estás haciendo aquí? ¿Ocupándote de ello? —le preguntó Adam claramente.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Nick entrecerró los ojos—. La paliza que me dieron no tiene nada que ver con mi trabajo —dijo, y miró a Carolyn ansiosamente—. No vais a despedirme por este asunto, ¿verdad?

—Por supuesto que no, Nick —dijo ella—. Pero seguramente alguien puede sustituirte unos días mientras te recuperas.

—Estoy bien, perfectamente, y... —el resto de sus palabras se cortó por el agudo sonido de la alarma de incendios—. ¿Qué demonios?

Saltó de la silla y fue a mirar un panel que había en la pared de al lado de su puerta, que mostraba un plano donde estaban localizadas todas las alarmas de la fábrica.

—¡Es en la sala de embalaje!

Adam tomó un extintor y dijo:

—¡Hay que llamar a los bomberos!

—Lo hará seguridad. Lo están viendo todo por su monitor —gritó Nick mientras corrían hacia el fuego.

Cuando llegaron a la puerta de la sala, Nick abrió con su tarjeta y vieron que el humo llegaba hasta el techo.

Adam tuvo la impresión de que una puerta se cerraba en el otro extremo de

la habitación, pero el fuego requería toda su atención. Las llamas llegaban cada vez más alto en una esquina. Nick agarró otro extintor que había allí y entre los dos apagaron las llamas más fuertes.

Carolyn se cubrió la boca con la mano mientras movía las cajas, los documentos y otros papeles para apartarlos del fuego. Para cuando oyeron las sirenas de los bomberos, todo había acabado.

En realidad, los daños principales se habían producido en una esquina de la sala, y lo demás estaba intacto.

—¿Qué crees que ha pasado, Nick? —le preguntó Adam cuando volvieron a su oficina—. ¿Cómo crees que ha empezado?

—Demonios, no sé nada acerca de esas píldoras y líquidos que ponen en las cajas. Yo me mantengo apartado de ese departamento. Ni siquiera podría decirte quién trabaja aquí.

La forma en la que rompió el contacto visual y fingió ignorancia total puso a Adam sobre alarma.

Aquel hombre estaba mintiendo.

La impresión que había tenido Adam de que había visto un movimiento apresurado en la otra parte de la sala continuaba inquietándolo, porque no había podido ver lo suficiente como para identificar a nadie debido al humo.

Mientras los bomberos acababan de limpiar, Adam le preguntó al jefe de la brigada si pensaba que el fuego había sido provocado.

—No se puede decir con seguridad hasta que no se haya comprobado —respondió el hombre—. Pero si quiere mi opinión personal, lo parece. La forma en que empezó el incendio, en una esquina donde estaban apiladas varias cajas, es muy sospechosa. Parece hecho por algún inepto. Hay muy pocas posibilidades de que todo el edificio se hubiera quemado desde un solo punto.

Carolyn se mantuvo en silencio durante la conversación. No quería llamar la atención, siendo la primera accionista de la empresa.

Y Adam estaba preocupado por lo mismo. Si los medios de comunicación se enteraban de que había habido un incendio provocado en la fábrica, la atención centrada en Horizon imposibilitaría su investigación. Tendría que averiguar lo que había en aquellas cajas tan pronto como pudiera. Sin embargo, eran un montón de cenizas que no prometía mucha información.

Nick se paseaba alrededor, jurando y echando bravuconadas. Mencionó que debía de haber sido una combustión interna de los productos que había en aquellas cajas lo que había causado el incendio y estaba furioso porque su departamento se hubiera visto amenazado.

—El edificio entero podría haber salido ardiendo. Ningún idiota haría algo así. Si no hubiera venido esta mañana, todo habría ardido —dijo, sin tomar en consideración la ayuda de Adam.

Carolyn y él hablaron con el guardia de seguridad que había hecho las rondas una hora antes, y les aseguró que no había visto nada sospechoso.

—¿Quién va a llamar a la Dama Dragón, quiero decir, a la señora Denison, para decirle lo que ha ocurrido? —preguntó el guardia, con la evidente esperanza de no tener que ser él.

Con el mismo entusiasmo, Carolyn respondió:

—Yo lo haré.

Fueron a su despacho para hacer la llamada. Como no tenían el número de teléfono de la casa de la montaña, Carolyn tuvo que llamar primero a la mansión para pedirlo.

Morna se comportó como si fuera la guardiana de la privacidad de la pareja.

—No se les puede molestar con llamadas de trabajo. Tengo mis órdenes.

—Bueno, yo te estoy dando otra orden, Morna. De ahora en adelante, cuando te pida información de cualquier tipo, me la darás, ¿entiendes? Y yo decidiré si se les puede molestar o no —hubo una pausa, y después ella anotó el número.

Adam se quedó sorprendido. Aquella era la primera vez que había presenciado la autoridad de Carolyn. Su abuelo había elegido bien, pensó. Una vez que Carolyn tuviera los pies firmemente plantados en su terreno, se haría cargo de sus responsabilidades y le demostraría a Della lo que valía. «Y se escapará de tu alcance para siempre», le recordó una vocecita burlona en su cabeza. Él se apartó la verdad de la cabeza, pero el repentino sentimiento de pérdida ya se había hecho notar.

—Uau, la bella señora tiene una autoridad de hierro —dijo Adam—. Estoy seguro de que no vas a tener ningún problema en demostrarle a Morna quién es la que manda.

—El hospital es un buen campo de entrenamiento. No puedes dejarte manipular por el personal en asuntos que no son negociables —respondió ella, y tomó aire—. Bueno, allá vamos.

—Durante los primeros cinco tonos, nadie respondió, y Carolyn estaba a punto de colgar cuando Della pronunció un «dígame» cortante.

—Soy Carolyn.

—¿Carolyn? —repitió Della en un tono de sorpresa y de molestia.

—Siento interrumpir. Te llamo porque hay un asunto que debes saber de inmediato. Esta mañana ha habido un pequeño incendio en la fábrica.

—¿Un incendio? —preguntó Della, como si no estuviera segura de haber oído correctamente.

—No ha sido nada grave —le dijo Carolyn rápidamente—. Se han quemado algunas cajas en el departamento de empaquetado, y hay daños en una esquina de la habitación. Los bomberos no han determinado todavía las

causas.

—¿Y ellos te llamaron a ti? —su voz estaba teñida de resentimiento.

—Nick, Adam y yo estamos aquí.

—¿Y qué hacéis en la fábrica un domingo por la mañana?

—Me pareció que debía venir un rato a mi despacho, para seguir adaptándome —mintió Carolyn—. No es necesario que Jasper y tú volváis corriendo. Todo está bajo control. Os llamaré si ocurre algo nuevo.

—Volveremos ahora mismo —dijo Della rotundamente, y colgó sin ni siquiera despedirse.

—Esto ha sido divertido —dijo Carolyn con sarcasmo—. No sé cómo voy a conseguir meterme en mi papel de directora si Jasper y Della insisten en tratarme como a una intrusa que no es bienvenida.

—Es fácil. Empieza a controlar más los gastos —se acercó a ella, que estaba de espaldas mirando por la ventana, y la atrajo hacia sí. Los dos se quedaron admirando la vista. En la distancia se veía el Monte Rainier, casi a unos ciento cincuenta kilómetros, y las aguas brillantes del lago Washington, lleno de navegantes de domingo.

—No hay forma de que pueda convertirme en la directora general de esta empresa si no aprendo cómo funciona de arriba abajo.

—Tu abuelo te dejó todas las herramientas para que controlaras Horizon por una buena razón, Carolyn. Sabía que eres una luchadora.

«No puedo hacerlo sola». Incapaz de seguir negando aquella necesidad, que cada vez era más intensa, se dio la vuelta. «Necesito que estés a mi lado», estuvo a punto de decirle. No le hizo caso al dolor de sus músculos, y le rodeó el cuello con los brazos. Sus labios se separaron y le pidieron atrevidamente un beso. Fue como un chispazo.

Adam respondió apasionadamente. Le recorrió la espalda con las manos y la atrajo hacia sí para que ella pudiera sentir la longitud y la dureza de su cuerpo. Carolyn le acarició el pelo, besándolo con ansia. Adam supo que si no terminaba con aquello, los dos cruzarían la frágil frontera que habían trazado. Por otra parte, tuvo la sensación de que aquel estallido de pasión no lo había causado la representación que estaban llevando a cabo. Ella estaba asustada y necesitaba que le transmitiera seguridad.

Se liberó suave y lentamente de su abrazo e intentó disimular la verdad: la deseaba tanto que estaba haciendo uso de toda su fuerza de voluntad para separarse de ella. Si las cosas hubieran sido diferentes, él habría cerrado la

puerta de la oficina y se habría rendido a la pasión. Pero sabía que lo que había ocurrido la noche anterior y aquella mañana la hacían vulnerable.

Abrió la boca para decir algo, pero Carolyn le puso un dedo sobre los labios:

—No. No digas nada. Dejémoslo así.

Se apartó de la ventana y se dirigió a su escritorio. No quería que las palabras arruinasen lo que habían compartido. Respiró hondo y preguntó:

—Y ahora, ¿qué?

—Vayamos en coche a hacer unas pequeñas comprobaciones.

—¿Qué comprobaciones?

—He reunido un montón de nombres y de direcciones de posibles sospechosos de la empresa. Vamos a ver quién está en casa hoy por la mañana, y quién no.

Adam ya había estado pensando en quiénes podrían haberse colado en el edificio y haber provocado el incendio.

—Eso es una buena idea —convino Carolyn, agradecida de tener algo constructivo que hacer. No sabía qué le había sucedido. No entendía cómo podía haber empezado aquel abrazo que podía haberlos llevado a los dos al sofá—. Tú conduces. ¿Quién es el primero de la lista?

—Cliff.

Ella no se sorprendió. Desde que conocía a Cliff, sabía que era un oportunista. Tenía la sospecha de que, si era beneficioso para sus propósitos, estaría más que dispuesto a quemar la fábrica entera y reírse de las consecuencias.

—Pero, ¿por qué iba a hacerlo él? —musitó—. ¿Crees que lo he acorralado amenazándolo con sacar su pasado a la luz?

Adam no tenía la respuesta.

Cliff vivía en un apartamento que estaba en un edificio enalado, cerca de la carretera. Estaba rodeado por un pequeño jardín de césped, y tenía un aparcamiento a un lado de la calle. Estaba completo, así que Adam aparcó enfrente, dejando el coche a la vista desde todas las ventanas de la fachada.

—¿Qué excusa vamos a darle para aparecer en su casa? —le preguntó Carolyn ansiosamente, luchando contra un ataque de cobardía—. Quizá deberías ir solo tú, y yo quedarme en el coche.

—Puede que eso sea lo mejor —convino él—. Ya has tenido suficientes emociones hoy —cuando le tomó la mano, se dio cuenta de que estaba

sudando. Casi había sido atropellada la noche anterior, y había presenciado un incendio provocado aquella misma mañana. Demasiado para ella.

Se sintió furioso porque alguien la estuviera haciendo pasar por todo aquello.

—Sea quien sea el que esté detrás de esto, va a cometer un error, Carolyn. Y cuando lo haga, le haré pagar personalmente todos los momentos de ansiedad que te está haciendo pasar —le prometió.

La expresión de Carolyn pareció relajarse.

—Y yo estaré en segundo lugar para cobrar.

—Buena chica. Ahora veamos si Cliff está pasando una tranquila mañana de domingo. Si está ahí y me invita a pasar, es posible que me quede un rato charlando con él.

—Yo creía que solo íbamos a comprobar si estaba en casa —protestó ella. Quizá quedarse en el coche no fuera tan buena idea.

Sin embargo, Adam no respondió. Ella siguió la línea de su mirada y vio lo que había atrapado su atención. Alguien estaba saliendo del edificio. Cuando se abrió la puerta del portal y Carolyn vio de quién se trataba, dejó escapar un grito ahogado.

No había duda de quién era la mujer menuda y morena que estaba sonriendo a Cliff con coquetería.

¡Lisa!

—No puedo creerlo —dijo Carolyn, consternada.

—Bueno, supongo que ahora sabemos por qué no fue a dormir a casa ayer —respondió Adam secamente.

Observaron cómo Cliff acompañaba a Lisa a su coche, que estaba aparcado al otro lado del edificio. Se dieron un ligero beso y ella se marchó.

Entonces Cliff sacó el teléfono móvil e hizo una llamada. Estuvo unos dos minutos hablando con alguien y después colgó. Se metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar como si se dispusiera a pasear tranquilamente.

—Supongo que sabemos la respuesta. No ha sido Cliff el que ha provocado el incendio —dijo Adam—. Estaba demasiado ocupado con otra clase de fuego.

—Todo eso me pone enferma. Lisa. ¿Es que no se da cuenta de que él no es más que un chanchullero?

—Vamos a seguir un poco a Cliff, para ver adónde va. Quizá haya quedado con alguien. Sabemos que él no ha provocado el incendio, pero

podría haber pagado a otro para que lo hiciera en su lugar.

Dejaron el coche aparcado allí mismo y se unieron al resto de los peatones de la acera, guardando una distancia prudencial para que Cliff no los descubriera. Carolyn se estremeció, y no precisamente por el frío aire de la mañana.

—¿Por qué va a estar Lisa con alguien como Cliff? No tiene sentido. No se mueven en el mismo círculo, y lo único que tienen en común es su conexión con Horizon.

—Exactamente —dijo Adam.

Ella le lanzó una mirada.

—¿Crees que los dos están involucrados en la distribución ilegal de medicamentos?

—Es una posibilidad. Es posible que Cliff esté usando a Lisa para conseguir la información que necesita. Puede que ella sea completamente inocente y no sepa nada. Pero hay una cosa que sé seguro: los dos adoran el dinero, y ninguno de los dos tiene medios aparentes para conseguirlo.

—Lo creería de Cliff, pero no de Lisa —afirmó Carolyn, como si se sintiera obligada por la lealtad hacia la única amiga que tenía en aquella situación—. Me pone enferma que esté con él. Si ella supiera...

—No vas a decirle nada —le advirtió Adam—. Vamos a dejar que esto siga su camino, a ver dónde nos lleva. Ojalá pudiera manejarlo todo sin tu ayuda, Carolyn, pero no puedo —dijo él, en tono de pesar—. Esta investigación se vendría abajo sin tu participación.

Ella le ofreció una sonrisa débil.

—Es agradable sentirse indispensable, pero me conformaría con algo menos exigente, muchas gracias —dijo ella, y le tomó del brazo—. La verdad es que estoy aprendiendo algunas cosas muy interesantes sobre mí misma. Y sobre ti.

—¿De verdad? ¿Y qué tal salgo parado?

—Creo que tú ya lo sabes —dijo ella, y notó que el calor le subía a las mejillas.

Él vio el rubor, y supo que se refería al momento de intimidad que habían compartido en el despacho. Estuvo a punto de decirle todo lo que ella había aportado a su vida, pero se contuvo. Aquel no era el momento, ni tampoco el lugar. Con tristeza, se dio cuenta de que no sabía si habría un lugar o un momento.

Siguieron a Cliff hasta una panadería, una tienda de ultramarinos y una licorería. Después, volvió a su apartamento con las compras, sin tener ningún contacto con nadie más. ¿Estaría haciendo su compra semanal o preparándose para recibir a alguien más?

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Carolyn, con la esperanza de que Adam no hubiera decidido hacerle una visita a Cliff. Ella no sabía si conseguiría mantener el nombre de Lisa fuera de la conversación. Le dolía el hecho de que Cliff hubiera arrastrado a la muchacha a su sórdida vida.

—Volvamos al coche —si Adam hubiera estado solo, probablemente habría vigilado el apartamento él mismo. Sin embargo, llamó a la agencia para que mandaran a otro agente para hacer la vigilancia. Si alguien aparecía en respuesta a la llamada de Cliff, Adam quería saberlo.

Carolyn estudió la cara de Adam mientras él encendía el motor y tomaba dirección hacia el sur.

—¿Dónde vamos ahora?

—A casa de Nellie Ryan. Si ha ocurrido algo sospechoso en los departamentos de embalaje y logística, ella tiene que saberlo.

—Quizá está haciendo la vista gorda debido a lo que siente por Nick —dijo Carolyn.

—Sí, creo que es lo más probable.

Nellie estaba en casa. Parecía que había estado trabajando duro toda la mañana en el jardín. Llevaba unos gruesos guantes y estaba arrodillada ante los macizos de flores con una pala en la mano.

Les dijo que Nick la había llamado para contarle la noticia del incendio, y les preguntó más detalles. Les ofreció un café, y ellos aceptaron rápidamente. Tenía una modesta casa de dos pisos, rodeada de árboles, arbustos y flores.

—Nick dice que cree que el fuego ha sido provocado —comentó mientras llenaba tres tazas.

—Quizá haya sido un empleado descontento —sugirió Adam, desviando su atención con una pista falsa—. ¿Se te ocurre alguien del departamento de embalajes que pudiera querer vengarse de algo?

—No, por Dios. Yo habría oído cualquier rumor si es que había alguien lo suficientemente enfadado como para prenderle fuego a la fábrica. Sé que Elinor es bastante rigurosa, pero esto que ha ocurrido en su departamento está más allá de lo verosímil.

—¿Podría ser que hubiera metido la pata en algún pedido y quisiera

esconderlo? —preguntó Carolyn.

—¿Elinor?—dijo Nellie, burlándose—. Ella podría disimular cualquier error en su departamento de cien formas diferentes sin que nadie se enterara. Estoy segura de que ella no ha provocado el fuego, y no me gustaría estar cerca cuando se entere. Ese departamento es su vida.

—¿Y Elinor nunca ha dicho nada sobre que haya habido confrontaciones allí? —preguntó Adam.

—No. Elinor es buena con la gente, y es una gran trabajadora. Espero que no vaya a tener problemas por esto.

—Tú sales y entras del departamento de embalaje todo el tiempo, ¿no? Después de que los pedidos hayan sido embalados para su distribución, ¿hay algún procedimiento especial para manejarlos?

—No lo sé. Tendréis que preguntarle a Elinor —dijo ella rotundamente—. Tengo suficiente con mantener el departamento de producción funcionando con eficacia.

—Nos sorprendió mucho encontrarnos a Nick trabajando en su despacho esta mañana —dijo Carolyn, cambiando de tema—. Realmente, creo que se está esforzando demasiado, Nellie. ¿No podrías convencerlo de que se cuidara un poco?

Ella suspiró.

—Ojalá pudiera, pero... —se mordió el labio inferior—. Nick se ha metido en problemas. Supongo que no debería decir nada, pero es por las apuestas. Todas las semanas va a jugar al póquer, y se endeuda más y más.

—¿Crees que alguien se está volviendo violento para cobrar? —preguntó Adam.

—Y si no, ¿quién iba a golpearlo así? Nick le cae bien a todo el mundo —y se ruborizó al decir—: A unos más que a otros.

—Parece un buen hombre —le aseguró Carolyn.

Charlaron con ella durante unos minutos más, y después se marcharon.

—Bueno, supongo que podemos tachar su nombre de la lista —dijo Carolyn mientras volvían al centro de la ciudad.

—Quizá no.

Carolyn lo miró arqueando las cejas.

—Debes de estar bromeando.

—Mientras hemos estado vigilando a Cliff, Nellie ha tenido tiempo suficiente de volver a casa y ponerse el uniforme de jardinera. Quizá Nick le

haya contado lo del incendio, pero cabe la posibilidad de que ya lo supiera.

—Sospechas de todo el mundo —le dijo Carolyn, con un rastro de tristeza en la voz. Ella sabía lo que era estar en guardia todo el tiempo—. No confías en nadie, ¿verdad?

Él le lanzó una sonrisa.

—Salvo en ti. ¿Y tú?

Ella sabía que él quería que le diera la misma respuesta, pero la incertidumbre acerca de «Angel» continuaba en su cabeza. Durante aquellos años, en los que había salido de un hogar de acogida para pasar a otro, había aprendido a no tener mucha fe en lo que decía la gente. ¿Podía decir sinceramente que confiaba en Adam con toda su alma y su corazón? La respuesta debió de quedar escrita en la expresión de su cara.

—Eso es lo que pensaba —dijo él, y se concentró en conducir.

Ella supuso que estaban volviendo a Horizon, y cuando él tomó una dirección diferente, preguntó:

—¿Dónde vamos ahora?

—A casa de Susan Kimble —dijo él—. Quizá sea ella a quien está esperando Cliff para compartir la comida y el licor.

—¿No te has creído lo de que son «solo amigos»?

—¿Y tú? —preguntó Adam—. Conoces a ese tipo mejor que yo.

Intentó recordar alguna relación platónica que Cliff hubiera tenido en la facultad.

—Había una chica en la clase de química, nada espectacular, con la que él se llevaba muy bien. En aquel momento yo pensé que hacían juntos los trabajos para clase.

Adam se limitó a gruñir que si había llegado a comprobar aquel punto. Tomó una curva que conducía a una casita que había en una pequeña parcela.

—Bueno, supongo que Susan está en casa —dijo Carolyn—. Su coche está en el garaje.

—Averigüémoslo.

Llamaron a la puerta varias veces, pero no obtuvieron respuesta. Oían a un cachorro ladrando y lloriqueando al otro lado, y cuando se dieron la vuelta para marcharse, vieron que había salido al patio de atrás.

Estaba saltando contra la valla con tanta fuerza que, de repente, uno de los postes desvencijados cedió y el perro se escapó por el hueco. Salió hasta la calle principal, ladrando y corriendo a su alrededor.

—Hola, amigo, hola —dijo Adam, mientras intentaba defenderse, medio riendo, de los saludos exuberantes del animal. Lo tomó del suelo y le dijo—: Lo siento, pequeño, pero tienes que volver al patio.

Carolyn se rio entre dientes. Le pareció que a Adam le gustaban mucho los animales, y se preguntó si tendría un perro.

Adam observó el poste.

—Tú sujeta la puerta —le pidió a Carolyn, mientras ponía al perro dentro—. Voy a buscar algo con lo que cerrar este hueco.

Dentro del patio había algunos troncos al lado de un tendal lleno de ropa, así que cruzó el pequeño césped hacia la pila de madera. Fue entonces cuando lo olió.

—¿Qué demonios...? —caminó rápidamente hacia la puerta de atrás.

¡Era gas! Aquel olor que salía de la casa era inconfundible. Se asomó a la ventana de la cocina y vio la figura delgada de Susan Kimble tirada en el suelo, al lado del horno.

—Quédate donde estás —le gritó a Carolyn, que todavía estaba sujetando la puerta del patio para que el perro no se escapase.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, cuando vio que él tomaba un tronco y empezaba a romper las ventanas de la cocina y del fregadero. Cuando el olor a gas la alcanzó, supo la respuesta. Adam tomó una toalla del tendal y se tapó la boca para entrar por la puerta de la cocina.

No estaba cerrada.

Susan Kimble estaba justo enfrente del horno abierto, y había abierto todas las espitas de gas de la cocina. Él las cerró y la tomó en brazos para sacarla. Adam sentía los espasmos de la tos en el pecho.

Carolyn se arrodilló al lado de la joven. La examinó buscando una chispa de vida, aunque había sabido la verdad en el mismo instante en que la había visto.

Habían llegado demasiado tarde. Susan Kimble estaba muerta.

Cuando llegó la ambulancia, los médicos le dijeron a Carolyn lo que ya sabía: que Susan Kimble había muerto asfixiada. Adam se preguntó inmediatamente si habría sido por su propia mano o por la de otra persona.

Obtuvieron la respuesta al leer una nota que había pegada a la puerta de la nevera con un imán.

Hago esto porque es demasiado tarde para arreglar las cosas. La culpa es mía. Mi debilidad. Perdón. Susan.

La llegada de la ambulancia había avisado a la vecina, la señora Reilly, de que sucedía algo. Apareció rápidamente para enterarse de qué era, y Carolyn se enteró de que ella era quien le había regalado el cachorro a Susan. Le dijo que volvería a llevárselo de nuevo.

Cuando llegó la policía, Carolyn y Adam les explicaron quiénes eran y cómo habían encontrado el cuerpo de Susan, pero no dijeron nada del motivo real que tenían para estar allí, ni mencionaron el incendio.

—Es mejor no alimentar especulaciones innecesarias —dijo Adam cuando estaban en el coche—. Quizá Susan provocara el incendio y quizá no. Evidentemente, por el contenido de su nota, tenía remordimientos por algo.

—Quizá fuera por su embarazo —dijo Carolyn.

Adam la miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Lo dices en serio?

—De tres meses, diría yo. Noté su útero expandido cuando la estaba reconociendo en busca de signos vitales. Estoy segura de que la policía nos lo confirmará. Y podrían averiguar la identidad del padre a través de unas pruebas —Carolyn apretó los labios—. Aunque estoy segura de que nadie las pedirá.

Adam sabía que él no podría pedir las pruebas. No tenía ningún indicio que relacionase a Susan con su investigación. No había nada que la conectase con el incendio, ni con la distribución de medicamentos ilegales. Era cierto que

Susan ocupaba el lugar idóneo para expedir órdenes falsas después de que alguien se lo hubiera pedido, pero la identidad de esa persona era un misterio. ¿Y cómo pasaban esas órdenes todos los controles y las comprobaciones de cada departamento?

—¿Quieres volver a Horizon? —le preguntó Adam—. ¿O preferirías parar a comer en algún sitio?

Ella sacudió la cabeza.

—No tengo hambre. Supongo que necesito un poco de tiempo para asimilar todo lo que está ocurriendo. ¿Por qué no me dejas en casa? Esta tarde quiero descansar, y tú eres libre de pasar el tiempo como quieras.

—¿Me prometes que te quedarás en la casa? No quiero que andes por ahí paseando sin mí. El marido celoso, ya sabes —le dijo, y le guiñó un ojo.

Ella agradeció sus esfuerzos por aligerar de alguna forma la situación.

—Trato hecho. Seré una buena esposa y mantendré el fuego del hogar encendido.

Entonces se dio cuenta de que era un símil poco afortunado. Todas las preguntas sin respuesta que se habían planteado aquella mañana le volvieron a la cabeza.

—Quizá pudieras mantener la cama calentita para mí —le sugirió rápidamente, con la intención de que se distrajera de aquellas ideas.

—¿Es un desafío?

—Más bien, una esperanza —respondió él con honestidad, y tuvo la recompensa de ver cómo Carolyn se ruborizaba un poco. Pensar en ella esperándolo en aquella enorme cama, con los brazos abiertos para recibirlo, hizo que lo recorriera el deseo. Maldijo al destino sádico que estaba haciendo que se enamorara de una mujer a la que nunca podría tener. Su vida de peligros e incertidumbre ya habían puesto en peligro el bienestar de Carolyn, y sería un estúpido si pensara que ella querría tener algo que ver con él cuando todo aquello terminara.

Cuando llegaron a la mansión y se dirigieron hacia su suite, tuvo la tentación de quedarse, pero la impaciencia por reunir nueva información sobre el incendio y el suicidio de Susan salió ganando.

—No me sorprendería que Della y Jasper fueran directamente a Horizon cuando vuelvan a la ciudad —le dijo a Carolyn mientras se arreglaba para marcharse—. Llámame allí si me necesitas. El coche de Lisa no está en el garaje y Buddy ha salido en su barco, así que no hay nadie más en casa.

Puedes hacer lo que quieras. Yo volveré antes de la cena.

—Ten cuidado —dijo ella, intentando mantener la voz firme mientras se sentaba al borde de la cama para observarle.

Nunca había dicho eso sintiéndolo tanto. El miedo a que le ocurriera algo cuando se marchara de su lado le atenazaba el pecho. Todo lo suyo dominaba los sentidos de Carolyn, y ansiaba acariciar las ondas de pelo negro que le caían por la frente. Las curvas de su boca le trajeron recuerdos que hicieron que su voz sonara ronca al decir:

—Quizá debiera ir contigo.

Él la miró con ternura.

—Eh, no te preocupes. Lo que ha ocurrido hoy, e incluso el modo en que conseguimos escapar ayer por la noche, pueden resultar muy útiles, porque significan que la situación ha dejado de estar estancada. Siempre y cuando haya movimiento, saldrán a la luz cosas inesperadas, y tendremos oportunidad de descubrir cosas que alguien quiere que permanezcan escondidas. Ese es el nombre del juego.

—No quiero jugar —dijo ella, rotundamente.

Él rio, y su mirada fue de repente como una caricia sobre su cara.

—Eres una preciosidad. Recuérdame que te pida que te cases conmigo.

—Recuérdame que te diga que sí.

Adam no estaba seguro de si ella estaba siguiendo su broma o le estaba invitando a que la tomara en serio. De todas formas, aquel no era el momento de pensar en ello. Era posible que, antes de que terminara la investigación, ella odiara todo lo que tuviera que ver con él.

Se acercó a ella y le dio un beso en la frente.

—Intenta disfrutar del resto del día —le dijo—. Incluso podrías darte un baño en la piscina para relajar todos esos músculos doloridos.

—¿Y enseñar todos los arañazos y los moretones? No lo creo. Pero no te preocupes, voy a aprovechar bien mi tarde libre.

Adam supo que Carolyn ya tenía decidido lo que iba a hacer. Estaba seguro de ello.

—¿Qué has pensado? —le preguntó sin darle importancia, mientras se levantaba y la miraba. Ella dudó un instante antes de contestar.

—Voy a investigar en el ático. Morna me dijo que habían metido allí todas las cosas de mi abuelo. Y no, no necesito tu ayuda —añadió antes de que él tuviera la oportunidad de añadir nada más—. Solo voy a buscar cosas

personales. Aquellas fotos que me enseñó Jasper no fueron muy satisfactorias.

—No estoy seguro de que debas hacerlo sola.

—¿Por qué no?

Por la expresión de su cara, Adam dedujo que Carolyn ya tenía la decisión tomada y nada haría que cambiara de opinión. Entendía que no quisiera exhibir sus emociones delante de todo el mundo. Si tenía que llorar, quería hacerlo sola. De todas formas, él hubiera preferido hacer las cosas de un modo diferente.

—Bueno, no exageres con la búsqueda —le pidió él.

—No lo haré —prometió Carolyn—. Y si encuentro algo que parezca de trabajo, lo dejaré aparte para que podamos mirarlo más tarde.

Su tono era de despedida, y no había nada que Adam pudiera hacer al respecto. Solo podía darse la vuelta y marcharse con la esperanza de que aquella búsqueda le proporcionase a Carolyn la cura emocional que se merecía.

Carolyn se encontró con Morna en el salón, dándole instrucciones a Lotuse para poner la mesa para la cena. La expresión del ama de llaves era de todo menos cálida, y se quedó visiblemente rígida, como si acabara de llegar el enemigo.

Sin embargo, ella hizo caso omiso de la hostilidad de aquella mujer.

—Morna, voy a pasar la tarde en el ático —le dijo sin ningún preámbulo—. Necesito que alguien me diga dónde están las cosas de mi abuelo.

—Es domingo por la tarde —respondió Morna, como si Carolyn no lo supiera—. Cualquier otro día sería mejor para hacerlo.

—Seguramente —respondió Carolyn sin alterarse—. Pero yo he decidido hacerlo hoy.

Morna apretó los labios para controlar una abrumadora necesidad de negarse a la petición de Carolyn. Finalmente, dijo en tono cortante:

—Llamaré a Mack, que está en el invernadero. Supongo que tendrá que posponer su trabajo.

—Esperaré al pie de la escalera.

Mack venía manchado de tierra y fertilizante, de haber estado trabajando en el jardín. Se limpió las manos en el mono y le dijo a Carolyn:

—Morna me ha dicho que quería verme. ¿Hay algún problema? Estaba muy enfadada. Sé que me he retrasado un poco en podar los setos, y...

Carolyn dijo rápidamente:

—Todo está perfectamente, Mack. Está haciendo un trabajo estupendo en el jardín. Solo necesito su ayuda durante unos minutos.

Le explicó su idea de pasar la tarde investigando en el ático y le pidió que la ayudara a encontrar los objetos personales de su abuelo.

Con expresión de alivio, Mack la condujo hacia la buhardilla y se apartó para dejarla pasar primero.

Ella dejó escapar un grito ahogado cuando vio el montón de cajas y baúles que había allí amontonados. Nunca había visto nada como aquello. Le llevaría días, no, semanas, mirarlo todo.

—Es un lío —dijo Mack—. Se han estado acumulando aquí las cosas de la familia durante años. Así ocurre en estas casas antiguas, ya sabe.

Carolyn no lo sabía. Nunca había tenido una familia ni una casa. Se sentía como una intrusa. ¿Qué derecho tenía ella para estar allí, husmeando entre las cosas de otra gente?

—Creo que apilamos todas las cosas de su abuelo allí, en aquella esquina. El señor Stanford no tenía mucha ropa, así que hay sobre todo libros y papeles. ¿Por qué no me dice lo que quiere y se lo llevo al piso de abajo?

—No tengo ni idea de lo que quiero —le respondió con sinceridad—. Si decido bajar algo, Mack, se lo diré. Aquí tengo suficiente luz de los ventanucos para mirar en las cajas —dijo, y señaló un taburete—. Me sentaré ahí.

—Muy bien, entonces voy a abrirle las cajas. Así no tendrá problemas para ver lo que hay dentro.

—Gracias, Mack. Parece que voy a estar muy ocupada esta tarde.

Después de abrirle las cajas, él se quedó dubitativo.

—¿De verdad no quiere que le mande a una de las chicas para que la ayude?

Ella sacudió la cabeza.

—No, creo que es algo que tengo que hacer sola.

Después de que se hubiera ido, Carolyn se preguntó por qué se habría mostrado tan obstinada en hacer aquello sola. Nunca había creído en los espíritus, pero en aquella buhardilla oscura, sintió que se le ponía el vello de punta.

Poco a poco, según iba encontrando diferentes cosas, empezó a saber cómo era la personalidad de su abuelo. Le encantaba leer y fumar en pipa, y coleccionar pequeñas figuras indias de madera tallada. Encontró muchos papeles y revistas que su abuelo había guardado por alguna razón. No era nada personal. Nada que pudiera atenuar su sentimiento de desconexión. Estaba a punto de abandonar cuando descubrió una caja de fotografías. Se le secó la boca y empezaron a temblarle las manos cuando las miró una por una. Había una de Arthur y su mujer el día de su boda. «Mi abuela». Carolyn observó sus caras durante mucho tiempo, y después dejó la fotografía con un suspiro. Eran dos extraños que la miraban, nada más. Había una foto del día de la graduación de Jasper, en la que aparecía como un joven solemne. Carolyn se preguntó por qué siempre tenía la apariencia de que su vida era una pesada carga. Después, en un marco de plata al fondo de la caja, encontró lo que estaba buscando. La imagen de una chica rubia, adolescente, con una gran sonrisa.

—Mamá —susurró con la voz ronca. Pero aquello solo era una palabra. No había ningún recuerdo que le confiriera significado—. Es demasiado tarde —dijo ella, con la voz temblorosa—. Demasiado tarde.

De repente escuchó el sonido de unos pasos. Rápidamente dejó la fotografía en la caja, se levantó y se limpió las lágrimas que le llenaban los ojos.

—¿Adam? —le preguntó, sin dar crédito, cuando él apareció. ¿Sería una alucinación?

—Aquí estás —dijo él—. Pensé que había oído algo que venía de esta esquina.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí?

—No estoy seguro —admitió él, pero al ver su cara bañada por las lágrimas a la luz del ventanuco, supo que su intuición era cierta. Había tenido la sensación de que nada era más importante que estar con ella en aquel momento, y se había vuelto antes de llegar a Horizon—. Supongo que pensé que necesitabas un abrazo.

Él la rodeó con los brazos, pero ella se quedó rígida, temiendo que, si dejaba que la tocara, se derrumbaría ante las emociones que la embargaban. Se apartó de Adam y se sentó otra vez en el taburete.

—Ha sido un poco agotador mirar todo eso —admitió ella, tomando la fotografía de Alicia y mostrándosela—. Mira, esta debió de ser la temporada

en la que ella se escapó con mi padre.

Él asintió.

—Sí, yo diría que tenía unos dieciséis años, ¿no te parece?

El tono de voz y el comportamiento pausado de Carolyn no lo engañaron ni por un segundo. Sabía que estaba destrozada por dentro y que estaba luchando por mantener la compostura. Al mirar la fotografía de Alicia, observó el gran parecido físico entre madre e hija. Incluso aunque veía que de los ojos claros de las dos irradiaba la misma energía, Adam se dio cuenta de que había una diferencia entre ellas: Carolyn iba a aprovechar su futuro, no a malgastarlo.

—Ya casi he acabado con esta caja —dijo ella, al tomar un sobre grande con fotos de varios tamaños. Cuando se vació el contenido en el regazo, el estómago le dio un vuelco. ¡No era posible! Todas las fotografías eran de ella, ya adulta.

Alguien había documentado los últimos cinco años de su vida. Había imágenes de ella por los pasillos del hospital, saliendo de la clínica en la que trabajaba como voluntaria, subiendo las escaleras de su apartamento, de compras con Rosie, trabajando en su escritorio en la empresa de inversiones y de muchos otros aspectos de su vida.

Se quedó estupefacta, horrorizada y furiosa por aquella inaceptable intromisión en su intimidad. El único responsable había sido su abuelo. Había contratado a alguien para que la espiera y para que le pusiera al corriente de todo lo relativo a su nieta, en vez de admitir abiertamente la relación que los unía. Había sido demasiado cobarde como para aparecer en la existencia de Carolyn.

Tiró las fotografías por el suelo de un manotazo.

—Tranquilízate —le dijo Adam suavemente, intentando disimular su propio asombro ante el hecho de que Arthur hubiera pagado a alguien para que hiciera aquello.

—Mi abuelo puede tomar su maldita casa y su empresa farmacéutica y... Se negó a aceptar lo más importante. No quería aceptarme por mí misma — las lágrimas se le derramaron de nuevo por las mejillas—. Tenía que asegurarse de que yo era lo suficientemente válida como para ser una Stanford. Pues muy bien ¡no lo soy! Y nada de lo que haya oído o visto hasta el momento me hace querer serlo.

Le quitó a Adam la mano que él le había puesto en el brazo y salió

corriendo de la buhardilla. Estaba consumida por la necesidad irracional de escapar del dolor lo más rápido posible. En su confusión se volvió hacia el pasillo erróneo y se dio cuenta de que se estaba acercando a las habitaciones de Della y Jasper.

Al darse la vuelta, se topó con Adam. La frustración le llenó los ojos de lágrimas ardientes. No se había dado cuenta de que él la había seguido. Sin decir nada, él la abrazó y su impulso salvaje de huir se desvaneció. Adam la condujo hacia su propia suite y cerró la puerta tras ellos.

Al ver que él la miraba con una preocupación tierna, se dio cuenta de que no estaba juzgando su comportamiento irracional en absoluto. No tenía que fingir con él, ni esconder sus sentimientos. Era algo totalmente nuevo para ella. Su mecanismo de defensa siempre había estado en funcionamiento cuando había tenido que revelarle sus pensamientos a alguien.

—Fue Arthur el que salió perdiendo al no tener el coraje suficiente de reclamarte en su vida y quererte —le dijo Adam con suavidad—. Tu abuelo lo sabía cuando volvió a hacer su testamento. Creo que, si hubiera vivido, finalmente se habría dado a conocer y habría tenido la recompensa de saber lo maravillosa que eres.

—Gracias —respondió ella.

—¿Te gustaría que te diera ese abrazo ahora? —preguntó Adam.

Ella asintió. Entonces él la rodeó con sus brazos, suavemente, hasta que ella alzó la cabeza y le ofreció los labios.

Entonces, él le dio un beso profundo que los dejó sin respiración. Después escondió la cara en su cuello, y Carolyn gimió al sentir su lengua acariciándola, encendiendo la chispa del fuego que ardía entre ellos. Le devolvió los besos entregándose por completo y olvidando todo lo demás.

Cuando él volvió a levantar la cara para mirarla, estaba preguntándole en silencio si quería que continuara. Como toda respuesta, ella le rodeó de nuevo el cuello con los brazos y volvió a ofrecerle la boca.

Adam la levantó en brazos y la llevó hacia la cama. Cuando su ropa cayó al suelo, ella sintió sus manos acariciándola e intensificando el placer que le causaban sus besos. Temblando entre sus brazos, dibujando la forma de su cuerpo masculino con las manos, notó la pasión que los embargaba a ambos.

Nunca se habría imaginado que podía experimentar sensaciones tan increíbles. Mientras hicieron el amor, entendió el significado de recibir, tomar y compartir. Por primera vez en su vida, supo lo que era la plenitud del

amor incondicional.

Y cuando el deseo de los dos estuvo saciado, Carolyn suspiró de satisfacción y se acurrucó entre sus brazos.

—¿Y a qué se deben todos esos suspiros? —le preguntó Adam mientras le besaba el cuello.

—Solo estaba pensando que mi noche de bodas ha tardado, pero ha merecido la pena esperar.

Llegaron tarde a la cena. Lisa era la única que estaba sentada a la mesa, puesta para seis, y les sonrió con complicidad, como si las señales de la pasión que habían compartido todavía estuvieran presentes en sus rostros.

—Hay algunas cosas que son mejor que comer, ¿verdad? —bromeó, guiñándole un ojo a Carolyn.

—Exactamente —convino Adam, y le lanzó a Carolyn una mirada que lo demostraba. Al apartarle la silla para que se sentara, él la miró con ternura. Carolyn, dulce Carolyn. Las dos horas pasadas lo habían trasladado a un reino diferente de sentimientos, alimentados por una pasión que nunca había experimentado antes. Aunque su matrimonio había sido muy bueno, nunca había disfrutado de una alegría como la que había disfrutado con Carolyn en el dormitorio. Ya no era un marido fingido. Se juró que se dedicaría a hacerla feliz si ella decidía quedarse con él.

Cuando Lotuse empezó a servir la cena, Adam sonrió a Lisa.

—¿Qué tal el domingo? —le preguntó como si no supiera nada de dónde había pasado aquella mañana y probablemente toda la noche.

—He estado visitando a un amigo —respondió ella, sin dudarle un instante—. Y esta tarde he estado jugando al golf en el club. ¿Y vosotros? No me digáis que habéis pasado un día tan bonito como este en Horizon.

—Solo una parte del día —respondió Carolyn—. ¿No te ha contado Morna que ha habido un pequeño incendio esta mañana?

—¿Qué? —Lisa dejó la copa de vino sobre la mesa de un golpe—. ¿Dónde? ¿Cómo?

O era una actriz consumada o no sabía nada del incendio, pensó Adam, mientras le explicaba brevemente lo ocurrido.

—No puedo creerlo. ¿Lo saben mamá y Jasper?

—Los llamé —respondió Carolyn—. Probablemente, por eso llegan tarde.

—Seguro que ella estará furiosa. Protege aquel lugar como una osa. No me gustaría estar en el lugar del idiota que haya causado ese incendio.

—¿Tienes idea de quién ha podido ser? —preguntó Carolyn, intentando

que su tono sonara inocente—. Me refiero a que si tu madre ha mencionado alguna vez que hubiera alguien de la competencia, o un empleado, que estuviera lo suficientemente descontento como para buscar venganza.

—Ella nunca me cuenta nada del negocio —respondió Lisa—. Me he ofrecido mil veces a ayudarla y trabajar allí, pero no quiere que vaya —el tono amargo de su voz era difícil de esconder, pero intentó disimularlo con una carcajada—. Así que supongo que continuaré siendo su hija malcriada.

Adam le hizo algunas preguntas más, pero no consiguió ninguna información nueva.

Unos pocos minutos después, justo cuando Lotuse estaba retirando los cuencos de sopa, aparecieron Della y Jasper. Inmediatamente, Lisa empezó a hacerle a su madre preguntas sobre el incendio, pero era evidente que Della no quería hablar sobre aquello.

—Todo está bajo control —dijo ella, en tono cortante.

—La cena no es momento para discutir de problemas ni para hablar de cosas desagradables —afirmó Jasper, en su habitual tono insociable. Con su mirada incluyó a Adam y a Carolyn en la frase.

Carolyn se quedó sorprendida con su actitud. Había pensado que les harían preguntas a ella y a Adam sobre el incendio, dado que estaban presentes en el momento en que había ocurrido. ¿Sabrían Della y Jasper que Susan se había suicidado? ¿Debería contárselo o no?

Los pensamientos de Adam se movían en la misma dirección. ¿Significaría la muerte de Susan algo más para Della que la pérdida de la directora del departamento de área de negocio? Cada vez era más evidente que había varias personas en Horizon involucradas en la producción y distribución para el mercado negro. Si Susan era una de las personas de la cadena, y si Della era quien estaba orquestando aquellos envíos ilegales, habría perdido una cómplice muy importante. ¿Qué haría entonces? ¿Cerraría la operación o buscaría un sustituto?

El silencio invadió la sala, y Carolyn sentía que Buddy no estuviera allí. Lisa estaba de mal humor, y Carolyn se preguntó si aquello tendría algo que ver con Cliff. A ella no le quedaba otro remedio que fingir que no sabía nada cuando lo que en realidad quería era advertirle a la muchacha que no siguiera mezclándose con aquel tipo.

La esperada llamada telefónica acerca de la muerte de Susan se produjo a los postres, y Della contestó de muy mal talante a Morna por la interrupción.

—Dícales que llamaré luego —le ordenó.

—Parece muy importante —insistió Morna—. Quieren darles una noticia.

—Maldita sea —dijo Jasper—. Alguien ha debido de hablar de más sobre el incendio —añadió, y miró significativamente a Carolyn y a Adam.

Della apretó los labios.

—Morna, tráigame el teléfono.

La criada obedeció y Della respondió con un «sí» seco.

Adam observó cómo su cara de pocos amigos era sustituida por una expresión de consternación absoluta. La persona que llamaba debió de mencionarlos a Carolyn y a él mismo, porque la mirada horrorizada de Della se volvió en su dirección.

Terminó la llamada con la voz ahogada.

—Sí, gracias por llamar. No lo sabía —dijo, y colgó.

—¿Qué ha pasado, madre? ¿Es sobre Buddy? ¿Le ha pasado algo? —preguntó Lisa, aterrorizada.

—No, no es Buddy.

—Entonces, ¿qué?

Della dirigió su mirada malévola hacia Carolyn y Adam.

—¿Por qué no se lo explicáis vosotros? Parece que habéis sido testigos de excepción.

—¿Quién llamaba, Della? —preguntó Jasper, mientras se le intensificaban las arrugas de la cara—. ¿Qué significa todo esto?

Adam respondió con calma:

—Supongo que la llamada era sobre Susan Kimble.

—¿Qué pasa con ella? —inquirió Jasper—. No irás a decirme que ha estado involucrada en el incendio.

—No —respondió Della—. Susan se ha suicidado esta mañana. Carolyn y Adam la encontraron. Y no nos han dicho una palabra —Della les estaba enviando puñales con los ojos—. Me resulta incomprensible por qué han esperado a que otra persona nos diera la noticia.

—¿Es eso cierto? —preguntó Jasper—. Carolyn, ¿por qué razón habéis dejado pasar toda la cena sin decírnoslo?

—Estábamos cumpliendo tus órdenes, tío Jasper. Si no recuerdo mal, nos has dicho que la cena no es momento para permitirse el lujo de mantener conversaciones desagradables. Y yo creo que el suicidio de una joven no es un tema agradable en absoluto.

Él apartó el plato del postre.

—Tu falta de sentido común, Carolyn, me causa horror.

Con los ojos relampagueantes, Lisa se volvió hacia Jasper como si hubiera estado esperando la oportunidad para decirle unas cuantas cosas.

—¿Quién te da derecho para decirnos sobre qué podemos hablar en la cena? Nunca has sido el que pagaba las facturas. Arthur te ha tratado siempre del mismo modo en que nos trataba a los demás. Y ahora es Carolyn la que nos mantiene. Esta es su casa, su comida y su mesa. Si nos echa a todos, tú serás el culpable.

—¡Lisa! —le gritó su madre—. Discúlpate.

—No —respondió Lisa, y retiró su silla—. Y también tengo algo que decirte a ti. Me voy de casa. He encontrado a alguien y me importa un comino si lo apruebas o no.

A Carolyn le dio un vuelco el estómago. «Cliff. No, Lisa, no», rogó Carolyn en silencio. «No te enamores de alguien que se aprovechará de ti, te romperá el corazón y te abandonará antes de que te des cuenta».

Lisa salió de la habitación, y Carolyn supuso que su madre la seguiría. Pero no lo hizo. Della actuó como si lo que había dicho su hija solo hubiera sido provocado por la rabieta de una cría malhumorada. Estaba mucho más interesada en interrogar a Carolyn y a Adam.

—¿Qué estabais haciendo en casa de Susan? —preguntó Della—. ¿Y en casa de Nellie? Ella ha sido quien ha llamado. ¿Es que me estáis espiando? ¿Acaso estáis contactando con todos mis empleados en sus casas?

Adam sorprendió a Carolyn al decirle la verdad a Della.

—Pensamos que podrían saber quién había provocado el incendio.

—¿Y no es eso trabajo de la policía? No veo por qué tenéis que interferir en la investigación. ¡Y mirad lo que ha ocurrido! —dijo furiosa—. Ahora, la atención de los medios de comunicación se centrará en Horizon, por culpa vuestra.

—¿Y por qué eso es tan malo? —preguntó Adam.

Ella tragó saliva.

—La publicidad negativa nunca es buena para una empresa. Un incendio y un suicidio. ¿Qué será lo próximo?

«Sí», se preguntó Carolyn insegura, «¿qué será lo próximo?»

Adam se estaba preguntando lo mismo cuando se retiraron a su habitación.

—Creo que será mejor que trabaje esta noche —le dijo a Carolyn cuando

cerraron la puerta tras ellos.

—¿Trabajar? ¿A qué te refieres? —ella observó su cara. ¿Es que estaba arrepintiéndose de que hubieran hecho el amor aquella tarde, y buscaba una excusa para no irse a dormir con ella?

Él debió leer la pregunta en sus ojos, porque le dijo con ternura:

—Cariño, preferiría meterme en la cama contigo y abrazarte hasta mañana por la mañana...

—Entonces, ¿por qué...?

Él le besó la frente.

—¿Por qué tengo tanta prisa? Cuanto más se retrase la investigación, más gente inocente morirá. Estoy seguro de que alguien está dando órdenes de producción y de distribución ilegales. Solo tengo que comparar los pedidos y los envíos, para conocer las discrepancias que pueda haber.

—Pero no puedes ir a Horizon ahora. Alguien se lo diría a Della, y ella sospecharía.

—Lo sé, por eso conservé mi habitación del hotel. Tengo el ordenador allí, y tengo acceso a los programas secretos de la Agencia Federal. Voy a enviarles algunas preguntas y la información que he reunido para que lo evalúen. Ya les he mandado algunos archivos que saqué del ordenador de Arthur, y les he pedido que contrasten las empresas al por mayor y al por menor que hacen pedidos a Horizon.

—Supongo que no hay nada que yo pueda hacer para ayudarte.

—No hay nadie más importante que tú en esta investigación —le aseguró él, con ternura—. Simplemente, sigue haciendo tu papel, y tendremos éxito.

Ella le puso los brazos alrededor del cuello y le ofreció los labios.

—¿Qué papel?

Él sonrió y se tomó unos minutos en explicárselo.

Cuando se instaló en su habitación del hotel, Adam llamó al agente que había estado vigilando el apartamento de Cliff. El informe fue negativo. No había aparecido nadie por allí hasta aquel momento. Otra desilusión fue que los análisis realizados a los archivos que le había enviado a Angelica no habían dado ningún resultado. No había ninguna incongruencia en los pedidos, las direcciones y los envíos. Eran claros y legales, y no había órdenes falsas ni nombres de empresas fantasmas en la lista.

—¿Crees que el incendio y el suicidio de Susan Kimble están relacionados? —le preguntó después de escuchar lo que Adam le explicó.

—No tengo pruebas, pero el instinto me dice que sí —y le repitió el contenido de la nota de suicidio—. Parece que tenía remordimientos. También podría ser debido a que estaba embarazada, y no tener nada que ver con su puesto de directora de área de negocio.

—Si tu instinto no se equivoca y ella estaba involucrada, su muerte podría suponer que la operación se desbaratara, ¿no te parece?

—Podría ser. A menos que hubiese alguien dispuesto a ocupar su lugar.

—Entonces, ponte rápidamente a investigar en esa dirección.

—Sí, señora. Gracias por recordármelo.

Su sarcasmo no cayó en saco roto, y el tono de su jefa cambió.

—¿Y cómo va tu matrimonio? —le preguntó.

Él dudó durante un instante demasiado largo.

—¿Adam?

—Va bien —respondió.

—No pareces muy seguro.

—Yo siempre estoy seguro —mintió.

Siempre y cuando no afectara a la investigación, su jefa no tenía por qué conocer la verdadera naturaleza de su relación con Carolyn. En aquel momento, ni siquiera él estaba seguro de cómo manejar aquella pasión. Solo sabía que Carolyn era lo más preciado que tenía, y la responsabilidad que estuviera a salvo le concernía a él.

Trabajó hasta medianoche, estudiando a cada posible sospechoso y cada aspecto de otros casos anteriores que pudiera proporcionarle alguna idea. Cada vez era más evidente para él que Susan Kimble había tenido una posición fundamental en la operación. ¿Qué era lo que le había pesado tanto en la conciencia como para que se suicidara y matara también a su propio hijo? ¿Quién era el padre? ¿Estaba su vida privada completamente separada de Horizon? Mientras Adam volvía a la mansión a través de la oscuridad y la niebla, todas aquellas preguntas bullían en su mente.

Carolyn estaba dormida cuando él se deslizó sigilosamente entre las mantas, pero estaba atravesada en mitad de la cama, en lugar de ocupar su sitio. Se acercó a ella. Su calor y la suave fragancia de su perfume agudizaron los recuerdos de la pasión que habían compartido, y tuvo que hacer un ejercicio de disciplina para no acariciarla cuando ella se acurrucó contra su

cuerpo. Suspiró satisfecha en sueños, pero no llegó a despertarse completamente. Su aceptación total de la cercanía de Adam, mientras dormía a su lado sin ninguna reserva, le cayó como un bálsamo sobre el alma. Escuchó su respiración tranquila y suave, y cerró los ojos. Los sucesos del día se desvanecieron de su mente mientras caía en un sueño profundo.

Cuando Carolyn se despertó aquella mañana, Adam estaba ya vestido, y por la expresión de su cara ella supo que la estaba esperando.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, sentándose en la cama y apartándose el pelo de la cara. Había dormido bien, pero viendo a Adam, lamentó no haberse despertado antes de que él se hubiera levantado. Miró el despertador.

—¿Solo las seis y media? Madrugar tanto se está convirtiendo en un hábito perjudicial.

Él se acercó y la besó.

—Sé que es muy pronto, y me gustaría pasar todo el día aquí, pero no puedo. Tenemos que ir al despacho de Susan antes de que nadie mueva nada. No puedo entrar y buscar cosas yo solo para no levantar sospechas, pero contigo, sí. Es tu empresa, y tienes todo el derecho a examinar lo que quieras. Tenemos que ponernos en marcha antes de que la Dama Dragón se haga cargo de todo. Eso significa que deberíamos marcharnos ya, y desayunar algo más tarde —entonces sonrió y le besó la punta de la nariz—. ¿De acuerdo, mi amor?

Ella saboreó aquellas palabras y asintió.

—Pero tienes que prometerme que me compensarás más tarde. Dame diez minutos.

Cuando se levantó para ir al baño, sintió los ojos de Adam sobre su cuerpo y se alegró de haber hecho caso a Lisa cuando la intentaba convencer de que comprara aquel camión de seda que se le ajustaba al cuerpo y se deslizaba con sus movimientos. Nunca pensaba que podría sentirse tan feliz. Tan en paz consigo misma. Se había abandonado totalmente al amor. Ocurriera lo que ocurriera, nunca tendría dudas de nuevo sobre que la vida podría ser bella, aunque solo fuera durante unas pocas horas.

Cuando llegaron a Horizon aquella mañana, apenas había empleados. Y no

había nadie en el departamento de área de negocio. En el escritorio del despacho de Susan solo había papeles, cuadernos y bolígrafos, pero no fotografías ni ningún objeto personal. Cuando abrieron los cajones, no encontraron nada informativo.

—Lo limpió todo —dijo Carolyn con la voz ahogada—. Sabía lo que iba a hacer. No fue un impulso, sino algo planeado.

—Eso me temo —dijo Adam, y miró el ordenador. ¿Qué probabilidades habría de que hubiera dejado algún archivo que la incriminase? Casi ninguna. Susan era una mujer competente, y todo en su comportamiento lo demostraba. Adam se preguntó cómo era posible que aquella mujer se hubiese quedado embarazada. Seguramente, sus sentimientos habrían vencido a su lógica.

—Necesito algo de tiempo para investigar en su ordenador. Si pudiera llevármelo al hotel, lo haría más fácilmente. ¿Qué te parece?

Ella asintió.

—Dejaré una nota diciendo que me lo he llevado, para que nadie denuncie un robo —dijo Carolyn, y suspiró—. A Della le va a dar un ataque. Me temo que voy a tener un enfrentamiento con ella cuando menos me lo espere.

—Puede que tengas razón —convino Adam. La Dama Dragón tenía sus recursos, y desde el mismo momento en que Carolyn había intentado ejercer su autoridad, había encontrado una resistencia fiera.

Entre los dos, llevaron el ordenador al coche, después de darle algunas explicaciones al guarda de seguridad.

Después fueron a tomar un desayuno rápido a la misma cafetería donde se habían encontrado a Susan y a Cliff unos días antes. Carolyn no podía quitarse a la joven de la cabeza mientras desayunaban. Tenía miles de preguntas. ¿Sería Cliff el padre del niño? ¿Estaría Cliff jugando con ella y con Lisa a la vez? ¿Estarían Cliff y Susan involucrados en aquel tráfico de medicamentos ilegal?

Suspiró y apartó la taza de café que se había tomado.

—¿Qué hacemos ahora?

—Me gustaría ir al departamento de embalaje a hablar con Elinor. Con suerte, podrá decirnos qué había en las cajas que se quemaron.

—Dudo que quiera cooperar si fue ella quien provocó el incendio —replicó Carolyn claramente.

—Entonces tendremos que sonsacarle —dijo él, y sonrió a Carolyn para

darle confianza—. Tenemos que intentar encajar todas las piezas del puzzle. De algún modo, tienen que formar un dibujo —«y más vale que sea pronto», añadió para sí mismo.

Cuando volvieron a Horizon, Elinor estaba muy ocupada evaluando los daños de su departamento. Solo una esquina de la sala había resultado afectada.

—Podría haber sido peor —admitió—. La mayoría de las cajas preparadas para el envío estaban en la otra esquina. Una vez que lo limpiemos todo, podremos darle luz verde al proceso y recuperar la normalidad.

—¿Tienes idea de lo que había en las cajas? —le preguntó Adam.

Ella lo miró como si la hubiese insultado gravemente.

—Por supuesto que sé lo que había dentro —respondió con irritación—. ¿Crees que todo el etiquetado y el seguimiento que hacemos es un jueguecito?

—Tendrás que explicárnoslo, Elinor —le pidió Carolyn con una sonrisa de disculpa—. ¿Siempre almacenáis las cajas en el mismo orden antes de que se las lleven a los camiones?

—No todas, pero hay sustancias controladas y drogas experimentales que se guardan en esta esquina. Los pedidos se comprueban dos veces antes de salir de este departamento.

—¿Y qué había, entonces, en las cajas que se han quemado? —insistió Adam.

—Un nuevo antibiótico en el que están trabajando. Eventide Research, Inc. lo está probando para conseguir la aprobación de la Agencia Federal de Medicamentos y Alimentación. Llevan tres años haciendo un estudio para determinar si entraña riesgos para la salud.

Adam se preguntó rápidamente si aquella droga experimental sería lo que había matado a Marietta.

Si Elinor era realmente inocente, solo se embalarían y prepararían pedidos legales para Eventide Research, Inc, pensó Adam. Alguien se habría quejado si sus pedidos no hubieran sido completados.

—Es un centro de investigación muy reputado —dijo Carolyn pensativamente—. Sé que tienen muchos proyectos diferentes, y el hospital en el que yo trabajaba solicitaba que les mandaran especialistas —musitó—. No entiendo por qué alguien iba a querer prenderle fuego a sus pedidos.

Elinor se encogió de hombros.

—Hay muchos locos sueltos por ahí.

—¿Se os ocurre alguna idea?

—No —dijo Elinor—. Solo me ocupo de mis asuntos.

La forma en que lo dijo le hizo pensar a Adam que no era necesariamente cierto. Aquella mujer enérgica y poco reflexiva estaba en lugar exacto para saber si había órdenes falsas que se llevaban a cabo en su departamento y en el de producción. También estaba a medio camino hacia el departamento de logística. Adam decidió preguntarle exactamente lo que necesitaba saber.

—Elinor, ¿cómo sería posible que cajas de medicamentos experimentales extra, que no estuvieran contempladas en los pedidos, atravesaran los controles de Horizon?

—No es posible —dijo ella rotundamente—. Hay demasiadas comprobaciones y balances. Todos los medicamentos etiquetados tienen un número de pedido legal, y cada envío tiene una dirección que coincide con la factura. Cada orden necesita la firma de, al menos, seis personas.

A Carolyn se le encogió el corazón.

¿Sería posible que Adam estuviera equivocado en cuanto a Horizon?
¿Estaría en una cruzada errónea?

Cuando salieron del departamento de embalaje, Carolyn dijo:

—Creo que voy a tener una charla con mi querido tío esta mañana.
Privada.

—Es una buena idea —respondió Adam—. Conoces el modo de trabajo en un laboratorio y tienes todo el derecho a hacerle todas las preguntas que quieras.

Carolyn no le explicó que las preguntas que quería hacerle a su tío eran personales. Le enfurecía que Jasper no quisiera hablar sobre Alicia. La mayoría de los hermanos tenían recuerdos para compartir con la familia, pero Jasper no. Todo lo que tenía eran unas cuantas fotografías de él mismo, y cuando había hablado con Carolyn, había evitado cuidadosamente toda mención a su hermana y a su propio padre. La frustración y el disgusto que se había llevado en la buhardilla de la casa hicieron que sus pasos fueran firmes mientras subía las escaleras hacia la oficina de Jasper.

Estaba sentado en su escritorio. Carolyn lo vio a través del panel acristalado que hacía las veces de pared, estudiando unos documentos. Llamó a la puerta amablemente, y sin esperar invitación, entró.

Él se quedó asombrado, y al principio frunció el ceño. Después se contuvo

y se levantó.

—Carolyn. No has bajado a desayunar hoy.

—Me gustaría hablar contigo, tío Jasper —dijo ella, haciendo caso omiso del tono de reprimenda que había en la voz del hombre, y se sentó enfrente de su mesa.

—Sí, por supuesto —dudó durante un instante, como si no quisiera sentarse—. Si quieres dar una vuelta por el laboratorio...

—No, ahora no —respondió ella firmemente—. Tengo algunas preguntas personales que hacerte.

El tono de su voz debió poner a Jasper sobre aviso, porque se puso visiblemente rígido.

—No estoy seguro de que pueda proporcionarte la información que necesitas.

—Tú eres el único que puede explicarme por qué odias todo tipo de mención a mi madre.

Él la miró durante un segundo, como si fuera a negarlo. Después se sentó, puso las manos sobre el escritorio y dijo cansadamente:

—Eso parece, ¿verdad?

—¿Te importaría decirme por qué?

—No me acuerdo del momento en que me di cuenta de que mi hermana me desagradaba profundamente. Creo que fue en navidades, cuando Alicia tenía cuatro años. A mí me regalaron ropa nueva de invierno, pero cuando intenté jugar con algunos de sus regalos, todos se rieron de mí —su mirada se endureció—. Mis padres solo tenían una hija, en realidad. Alicia. Le dieron a ella todo su cariño y su atención. Por desgracia, olvidaron enseñarle nada sobre la responsabilidad, y ella les rompió el corazón.

Hizo una pausa y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Después de que muriera, mi padre concentró toda su energía en el negocio. Nos hizo caso omiso a mi madre y a mí, y cuando ella murió también, se limitó a mantenerme fuera de su vida.

Carolyn tuvo ganas de levantarse, ir hacia él y ponerle la mano en el hombro para consolarlo. De algún modo, habían vivido la misma soledad durante su existencia.

—Intenté hacer que se sintiera orgulloso de mí. Creí que si tenía éxito en mi negocio, me aceptaría —dejó escapar una carcajada amarga—. Todo lo que conseguí fue demostrar que no tenía ningún talento para los negocios y

fracasé exactamente del modo en que él había pensado que lo haría. Después te encontró a ti, la hija de Alicia, y te lo dejó todo —dijo, y movió la mano haciendo un círculo—. Es divertido cómo se repite el pasado, ¿verdad?

La forma en que la miró le dijo a Carolyn que él había traspasado todo el odio que sentía por su madre hacia ella. Y tuvo el horrible presentimiento de que Jasper sería capaz de haber traicionado a su padre y haberlo matado. Y también de haber puesto en marcha toda una operación de distribución en el mercado negro en la que Horizon estaría involucrada.

Adam, llevado por su empeño en encontrar algún detalle que no encajara en la información que había conseguido en el despacho y el ordenador de Susan, estuvo trabajando en su habitación del hotel hasta bien entrada la noche.

Finalmente, exasperado, llamó a Angelica.

—No hay constancia de ningún pedido entregado a una empresa que no sea para probar nuevos medicamentos. He comprobado una y dos veces los archivos de Susan Kimble. No es lógico que pueda haber llevado a cabo una operación completamente limpia, cuando tiene que haber tanta gente involucrada. Alguien hace los pedidos que acaban en el mercado negro, pero no tengo ninguna pista de quién y cuándo.

—Será mejor que vengas a la Agencia con todo lo que tienes. Algunas veces, una mirada ajena ayuda mucho. Toma un vuelo esta noche. Yo te esperaré en el piso franco.

Él iba a protestar, pero cambió de opinión. Angelica tenía razón. Quizá se le estuviera escapando algo evidente.

Adam llamó a Carolyn desde el hotel y la despertó para decirle que tenía que hacer un viaje relámpago a Washington.

—Tengo que informar a mis superiores. Me marchó del hotel en unos minutos e iré directamente al aeropuerto.

—Pero es medianoche —protestó ella mientras miraba el reloj.

—Lo sé, pero voy a tomar un vuelo nocturno. Me llevaré la ropa que tengo aquí en el hotel y compraré lo que necesite.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Como máximo, un par de días —le aseguró con más confianza de la que él mismo sentía—. Tienes que prometerme que mientras yo esté fuera, vas a fingir que no te encuentras bien y no vas a ir a la oficina.

—¿Por qué?

—Porque no sé qué demonios está sucediendo. Podrías tropezarte con algo sin saberlo. Y no salgas de la casa bajo ningún concepto. ¿Me oyes?

Ella farfulló algo.

—Cariño, prométeme que vas a hacer lo que te digo —y continuó, suavizando la voz—. Te quiero. ¿Cómo voy a poder hacer mi trabajo si estoy todo el tiempo preocupándome por ti?

—¿Por qué tienes que irte sin mí? —protestó ella—. Estamos juntos en esto y...

—Carolyn, no puedes venir conmigo —le dijo firmemente—. Te llamaré. Confía en mí, y haz lo que digo.

Él sabía que ella no estaba convencida, y después de colgar se preguntó si le obedecería. Podría ser más obstinada que nadie, y tuvo el presentimiento de que debería cancelar el viaje y asegurarse de que ella estaba a salvo.

Carolyn no pudo dormirse de nuevo. Por el tono de voz de Adam, había notado que estaba preocupado por tener que marcharse y dejarla. Suspirando, se dio la vuelta en la cama y se abrazó a la almohada. Quizá sus superiores encontrarán las respuestas que ellos habían estado buscando. Tenía la esperanza, por encima de todo, de que pudieran continuar con sus vidas sin estar expuestos a la constante amenaza de un peligro que se cernía sobre ellos.

Se quedó sorprendida cuando Adam la llamó de nuevo a la mañana siguiente y le pidió que volviera a prometerle que no iría a la oficina hasta que él volviera. En aquella ocasión, Carolyn no discutió. Su separación estaba haciendo que cristalizaran los sentimientos profundos que tenían el uno por el otro.

Después de colgar, ella se dio cuenta de que, en el fondo, estaba contenta de tener tiempo libre. No se acordaba de la última vez que no tenía obligaciones ni un superior dándole órdenes.

Se puso unos vaqueros y una camiseta y pasó el día repasando informes sobre su empresa, comiendo y paseando por el jardín. Mack estuvo encantado de enseñarle el invernadero, y después ella se dio el lujo de bañarse en la piscina cubierta. Todo lo que hizo durante aquel día le recordaba lo mucho que deseaba que Adam estuviera allí con ella. Echaba de menos su sonrisa, sus ojos azules intensos y sus caricias suaves.

Estaba esperando su llamada cuando sonó el teléfono, a las ocho de aquella tarde.

—Voy a volver mañana por la tarde —le dijo—. Ya no puedo hacer nada más aquí. Hemos estudiado toda la información a fondo y no hemos encontrado nada. El siguiente paso que vamos a dar es colocar a algunos de nuestros agentes en Horizon. En ese punto te necesitamos, cariño. Tendrás que contratar a la gente y colocarla en el lugar exacto.

Ella gruñó.

—No se me ocurre nada que pueda desagradarme tanto. A Della le va a dar un ataque si interfiero con el personal.

—No hay otra forma. Además, tienes que empezar a tomar el control en algún momento, ¿no? Tu abuelo fue quien te puso en el puesto de máxima autoridad. Podría haberle dejado a Della el cincuenta y uno por ciento de la empresa, en vez de a ti —le recordó Adam.

—Algunas veces me gustaría que hubiese sido así.

—Eh, esa no es la Carolyn que yo conozco —la regañó él.

—Quizá sea que no me conoces bien.

—Oh, sí. En lo que se refiere a tu valentía, decisión y lealtad, me jugaría la vida. En realidad, ya lo he hecho.

El tono de su conversación cambió, y empezaron a hablar de lo que sentían el uno por el otro. Su separación forzosa había dejado claro que se habían enamorado profundamente. Después de que Carolyn colgara el teléfono, estaba demasiado inquieta como para leer o acostarse. Buddy y Lisa habían salido, como de costumbre, y también Della y Jasper, que habían asistido a una conferencia.

Al poco tiempo, Carolyn oyó que un coche entraba en el garaje. Eran poco después de las nueve. La conferencia debía de haber terminado pronto.

Carolyn decidió que no había momento mejor que aquel para enfrentarse a la Dama Dragón. Della le había dicho que normalmente, pasaba un par de horas trabajando en su despacho de la casa antes de acostarse. Quizá debería dejarle caer un par de pistas sobre su intención de contratar gente nueva; así la prepararía, en cierto modo, para los cambios que quería hacer Adam, pensó Carolyn. Prefería tener la discusión allí que en mitad de la fábrica.

Se preparó para el desagradable encuentro y se dirigió hacia la suite de Della y Jasper. Cuando llegó, vio que la puerta estaba abierta y las luces encendidas.

Respiró hondo, y cuando entró en la habitación, vio que no era Della la que estaba sentada ante el ordenador, sino Buddy. Probablemente, estaba jugando

a algún juego de ordenador, pensó. Perdiendo el tiempo, como de costumbre.

Se acercó y miró por encima del hombro del chico silenciosamente. Entonces, la frase burlona que iba a pronunciar murió en sus labios. No estaba absorto en un juego. En el monitor había un sofisticado programa que ella desconocía.

Antes de que pudiera decir nada, él se dio cuenta de su presencia.

—Hola, Carolyn. Tu dulce perfume te delata —se volvió hacia ella, y al mismo tiempo se inclinó sobre una maleta de cuero que había en el escritorio, a su lado—. Realmente, siento que haya ocurrido esto —dijo, y en un segundo la apuntó con una pistola.

Ella lo miró sin dar crédito. La verdad se le fue encima con la fuerza devastadora de una avalancha.

—¡Eres tú!

—Sí, soy yo. El inútil de Buddy, jugando, como de costumbre —y le dedicó su habitual sonrisa de felicidad—. Pero en esta ocasión, es un juego con un beneficio real. Un juego que estoy ganando y tú estás a punto de perder, Carolyn. ¿Quién lo habría pensado?

Ella tragó saliva y repitió:

—Sí, ¿quién lo habría pensado? ¿Pero cómo...?

—¿Cómo lo he conseguido? —Buddy soltó una risa de satisfacción y mantuvo el arma apuntando a Carolyn—. ¿Cómo es que he conseguido llevar una operación de tráfico en el mercado negro ante las narices de todo el mundo sin que nadie se diera cuenta? Fácil. Todo el mundo confía ciegamente en las cifras que proporciona el programa porque parecen correctas. ¿Y por qué no iban a serlo? El programa informático que controla el proceso de producción y distribución de Horizon es un software asombroso. Todo lo que ocurre desde el principio hasta el final está reflejado en los informes. Sin embargo, las cifras están equivocadas. Yo hago pedidos extra a través del programa, y no quedan reflejados.

Incluso con sus limitados conocimientos sobre informática, Carolyn pensó que aquello era prácticamente imposible.

—¿Cómo?

—¿Que cómo consigo vencer la seguridad del sistema y saltar todas las comprobaciones y exámenes del software de producción? Supongo que te mereces saberlo, ahora que el juego ha terminado para ti, pero primero tengo que asegurarme de que esta conversación queda entre tú y yo. Tú y el fisgón

de tu marido no me habéis engañado ni por un minuto —sacudió la cabeza—. Es una pena. Ahora tengo que liar un poco más las cosas. Vas tener que dar un paseo en barco.

—No vas a salirte con la tuya en algo como esto —dijo Carolyn, tan firmemente como pudo. Tenía la boca y la garganta secas. Miró a la puerta que permanecía cerrada entre el despacho y la habitación contigua.

—No están en casa. Yo acabo de llegar, así que estamos solos.

Entonces supo que no había sido el ruido del coche de Della y Jasper lo que había oído, sino a Buddy.

—Voy a gritar, y vendrán los criados —le advirtió.

Él se encogió de hombros.

—Entonces tendré que dispararlos a ellos también —la calma con la que pronunció aquellas palabras le dijo a Carolyn que haría exactamente lo que estaba diciendo.

Jaque mate, pensó aterrorizada. Él había conseguido su silencio con más efectividad que si le hubiera puesto una mordaza en la boca. ¿Cómo iba a poner en peligro voluntariamente las vidas de los demás? No podía, y él debía de saberlo.

—Vamos a ir tranquilamente hacia la puerta de atrás. Hay una escalera que nos conducirá al piso de abajo.

Ella recordó que Adam había tomado una escalera oculta para el servicio el primer día, y había rodeado la casa sin que nadie lo viera. Por lo que Adam le había dicho, no tenía ninguna esperanza de que nadie viera a Buddy apuntándola con un arma y obligándola a ir hacia su barco.

Atravesaron el pasillo y cruzaron por delante de la puerta de la habitación de Lisa, que, aparentemente, no iba a pasar la noche en casa. Carolyn se preguntó si estaría con Cliff. ¿Sabría ella lo que había estado haciendo su hermano?

Cuando llegaron al embarcadero, Buddy la obligó a bajar al velero. Ella se tragó un grito de histeria cuando Buddy le ató fuertemente los tobillos y las muñecas con un cabo. Él no escuchó sus ruegos, y la trató con una indiferencia aterradora.

Cuando se aseguró de que Carolyn no podría escapar, se puso de pie y le dijo con una sonrisa sarcástica:

—Bienvenida a mi verdadero hogar.

Como si hubiera estado mucho tiempo esperando a que alguien apreciara

su capacidad, empezó a alardear de cómo había sido capaz de dirigir toda aquella operación sin que nadie lo supiera.

—¿Ves todos esos libros? —abrió un armario y le señaló una pila de manuales de programas informáticos—. Cuando todo el mundo pensaba que estaba por ahí, navegando o pescando, estaba estudiando todo lo que podía sobre ordenadores y programas. Soy un superdotado —dijo.

Carolyn pensó con desesperación que, si conseguía hacer que continuara hablando, alguien de la casa se daría cuenta de que las luces de su barco estaban encendidas y vendría a investigar.

—Verdaderamente, has engañado a todo el mundo.

—La gente es estúpida.

—Debes de ser un genio para haber mantenido oculto todo lo que has hecho —dijo ella, luchando para que no le temblara la voz—. ¿Cómo te las has arreglado?

—Mientras mi madre estaba en el trabajo, yo estudié todos los programas que se usan en la empresa en el despacho de su habitación, y decidí que, en vez de intentar forzar el programa que supervisa la producción de medicamentos desde el principio hasta su distribución, entraría por la puerta de atrás, por decirlo de algún modo, y programaría uno propio.

—¿Por la puerta de atrás? —Carolyn repitió la pregunta intentando entender lo que él decía y al mismo tiempo, intentado encontrar la forma de salvarse.

—Horizon tiene un sistema de producción integrado. Toda la información almacenada en el ordenador se controla a través del Database Management System, y yo necesitaba una contraseña para entrar en ese sistema —dijo, y se rio entre dientes—. Mi madre cambia la contraseña todo el tiempo, pero tiene que escribirla para que no se le olvide. De esa manera, yo siempre sé cuál es. Con esa contraseña, he podido entrar como si fuera el administrador y he hecho todos los cambios que he querido.

Carolyn luchaba por concentrarse en lo que él le estaba diciendo y no dejarse vencer por el miedo. En aquel momento ya estaba segura de que él había sido el responsable de la muerte de su abuelo y de que la eliminaría a ella también, sin ningún escrúpulo. Mantener la conversación era lo único que podía hacer para retrasar el momento en que él llevara a cabo su plan de deshacerse de ella.

—¿Y cómo entraste por la puerta trasera, Buddy?

—Con mis propios programas para manipular los archivos de datos, envié todos los pedidos que quería. Y cuando el sistema terminaba de procesar esos pedidos, las referencias quedaban borradas. En lo que respecta a los informes de Horizon, nunca han existido.

—Pero no habrías podido hacerlo sin ayuda. Susan lo sabía, ¿verdad?

Él sonrió.

—Muy bien, Carolyn. Si algún empleado imprimía un informe mientras mis pedidos falsos se estaban preparando, habría constancia escrita y eso podría haber alertado a alguien sobre mis operaciones. Ahí es donde Susan entraba en escena. Tenía que asegurarse de que aquello no ocurriera. Era muy buena. Las impresoras se atascaban, o se agotaba el tóner o el papel, o perdían la conexión con la red. Todo el mundo pensaba que los problemas de ese tipo y las pérdidas de informes eran algo normal. Y como los informes tenían que ser imprimidos de nuevo, no había nada raro. Susan fue una gran ayuda.

—Y se suicidó porque no podía seguir con el engaño.

—Susan fue una cómplice perfecta hasta que sufrió un ataque de conciencia. Intentar quemar el último pedido fue una estupidez. Ahora tengo que dejar mis operaciones antes de lo que había pensado.

—¿Cómo conseguiste que accediera en un principio? —aunque Carolyn pronunció aquella pregunta, ya sabía la respuesta. Él había sido su amante. Buddy había jugado con los sentimientos de una chica que se sentía poco atractiva y la había usado en beneficio propio. Su crueldad era espantosa.

—Tú eras el padre de su hijo, ¿verdad?

—Una complicación inesperada —admitió él, encogiéndose de hombros—. Nadie se esperaría que una chica lista como Susan se metiera en un lío así, ¿verdad?

Carolyn no pudo disimular más su disgusto. Lo miró fijamente y le preguntó:

—¿Cómo puedes vivir con tu conciencia?

—Es fácil. Tengo suficiente dinero como para darme una buena vida en cualquier otro país que me apetezca.

—¿Quién más está involucrado en este chanchullo despreciable?

La expresión de Buddy se endureció, y evitó darle una respuesta.

—Solo unos cuantos cabos sueltos más, que tengo que solucionar.

A ella se le paró el corazón. Por la forma en que la miraba, supo que ella

era uno de esos cabos.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Carolyn, cariño, vas a hacer un pequeño viajecito por mar. Hay un barco que está esperando a que le haga entrega de una mercancía. Pagaré al capitán para que te suelte en mitad del océano. No habrá cadáver, ni pruebas —le dijo, y sonrió, como si estuviera encantado con su inteligencia.

Riéndose, puso en marcha el motor. Sacó el barco del embarcadero y desaparecieron en la noche.

Por la mañana, Adam llamó a Carolyn desde el aeropuerto de Washington para decirle que volvía antes de lo esperado. Como no contestó al teléfono privado de su estudio, pensó que debía de estar en alguna otra parte de la casa, o que había hecho caso omiso de su advertencia y se había marchado. Tuvo la tentación de llamar a Horizon para ver si estaba allí, pero pensó que lo averiguaría cuando llegara a Seattle.

La llamó cuando hubo aterrizado, pero no obtuvo respuesta. ¿Dónde estaría? Marcó el número de la casa y habló con Morna.

—No la he visto esta mañana —respondió secamente el ama de llaves—. Pero ella nunca me dice cuándo debo esperarla. Ustedes, algunas veces desayunan y otras no, nunca comen y quizá cenan. ¿Cómo se supone que voy a transmitirle las órdenes a la cocinera? —se quejó.

—Hablabamos de ello más tarde —respondió Adam, conteniendo su impaciencia—. Vaya a ver si Carolyn está en su habitación. Esperaré.

Ella no podía estar durmiendo a aquella hora, pensó. Era más tarde del mediodía. ¿Estaría enferma? Esperó ansiosamente a que Morna volviera a responderle el teléfono.

—No está allí —le dijo cuando llegó por fin—. Debe de haberse marchado muy pronto de la casa, antes incluso que Della y Jasper.

Adam soltó un juramento mientras colgaba. En aquel momento estaba seguro de que ella no había hecho caso de sus advertencias. Debía de haber decidido continuar con la investigación ella sola, y se habría marchado a Horizon.

Marcó el número de su oficina, pero no contestó. Después llamó a Della. Ella le informó de que no había visto a Carolyn desde la noche anterior, cuando se habían marchado de casa para asistir a una conferencia.

—¿Estaba su coche en el garaje cuando os habéis marchado esta mañana?

Della se quedó pensando durante un instante.

—Sí, creo que sí. Supongo que si no está en casa, alguien la recogería ayer para pasar el día fuera. Quizá uno de sus viejos amigos —con su tono

malicioso quería dar a entender que podía haber otro hombre.

—A lo mejor se ha marchado de compras con Lisa —dijo Adam.

—Lo dudo —respondió ella secamente—. Mi hija ha decidido pasar una temporada en otro lugar.

Adam tomó apresuradamente un taxi, y de camino a la mansión intentó averiguar por qué Carolyn no se habría llevado su coche nuevo si iba a salir con alguien, seguramente con Rosie. No tenía sentido. ¿Dónde había ido? ¿Y con quién? Quizá hubiera dejado una nota en su habitación, pensó esperanzado.

Entró en la casa y subió las escaleras de cuatro en cuatro. Cuando llegó a la habitación, descubrió cosas que le causaron una gran inquietud.

No había ninguna nota, y Adam se dio cuenta de que ella no había dormido allí. La cama no estaba deshecha, y su camisón y su bata estaban colgadas en una percha, en el baño. Había un libro abierto sobre el sofá, y cuando él la había llamado, la noche anterior, ella estaba leyendo.

Sintió una opresión en el pecho. La experiencia le había enseñado que no debía dejarse llevar por las emociones. No se sacaba nada en limpio con derrumbarse cuando hacía falta tener la mente clara. Mientras caminaba lentamente por la habitación, se obligó a sí mismo a examinar racionalmente la situación.

No había ningún signo de lucha.

Abrió el cajón donde ella guardaba su bolso. Allí estaba. Y al abrir el armario, le pareció que no faltaba ninguno de sus abrigos ni de sus chaquetas. ¿Por qué razón habría salido ella con tanta prisa como para no tomar ni siquiera un abrigo?

¿Una llamada de teléfono?

¿Una emergencia?

Bajó rápidamente las escaleras y preguntó a Seika, Lotuse y a su padre, pero ellos tampoco sabían nada. No la habían visto desde la cena de la noche anterior. Adam salió de la casa y rodeó el edificio en busca de Mack. Finalmente lo encontró podando los rosales.

—No la he visto hoy —le dijo el jardinero, secándose el sudor de la frente—. Ayer estuvo dando un paseo por el jardín y el invernadero. Una señora muy simpática. Además tiene buena disposición para las plantas. Es agradable tener a alguien que aprecie la belleza de la naturaleza —y añadió bajando la voz—: No como el resto de las mujeres de esta casa.

Adam volvía a la casa cuando vio el barco de Buddy entrando en el embarcadero. Cuando Adam se acercó, lo saludó y le enseñó una ristra de peces que tenía en la mano.

—Tengo algunas maravillas aquí. Deberías venir conmigo algún día, Adam. No hay nada como una buena mañana de pesca.

—¿Has visto a Carolyn?

—No —dijo, sacudiendo los rizos de la cabeza—. Pero he salido a las cuatro de la mañana, y eso es demasiado temprano para la mayoría de la gente.

—¿Y has visto a Lisa?

—No. No ha vuelto a casa. Creo que está con algún tipo. Mamá está furiosa con eso.

Adam no quería entrar en una discusión sobre el comportamiento de Lisa.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Carolyn?

—Ayer, en la cena —respondió Buddy rápidamente—. Me dijo que estaba cansada y que se iba a acostar pronto. Me dio la impresión de que tenía algo que hacer hoy.

«O ayer», pensó Adam. «Pero, ¿qué?»

Cuando se hizo de noche, Adam seguía sin encontrarla, así que llamó a la policía y denunció su desaparición. Usó toda su influencia para que las autoridades le dieran prioridad al caso, y fueron a la mansión a buscar huellas y pistas por la casa y el jardín. No había señales de ningún intruso.

¿La habrían secuestrado? Según avanzaba la noche, la atención de Adam empezó a centrarse en los dos sospechosos que podrían necesitar dinero con la suficiente urgencia como para pedir un rescate por Carolyn.

Cliff estaba el primero en la lista. El segundo era Nick.

Adam fue al apartamento de Cliff y lo encontró con Lisa. Los interrogó y se aseguró de que su coartada era real.

Después fue hacia casa de Nick. Para llegar hasta Port Townsend, Adam tuvo que tomar un ferry. Las casas de aquel barrio eran muy viejas, y la de Nick en particular parecía que acababa de soportar un huracán. De una de las ventanas salía una luz débil, y la madera de los escalones crujió cuando Adam los pisó. Estaba apunto de llamar a la puerta cuando se dio cuenta de que estaba entreabierta.

—Nick —lo llamó. Después asomó la cabeza a un pequeño vestíbulo—. Nick, soy Adam. ¿Estás ahí?

Esperó, pero nadie respondió. El instinto le hizo sacar su arma reglamentaria. Si Nick tenía a Carolyn prisionera en su casa, la necesitaría. Prestó atención por si escuchaba algún sonido, pero no percibió nada.

Cuando entró sigilosamente en el salón, lo vio. Nick estaba en medio de un charco de sangre. Lo habían disparado en medio del corazón. ¡Carolyn! ¿Estaría ella involucrada en todo aquello de alguna manera?

Con el arma preparada por si tenía que utilizarla, recorrió la pequeña casa, pero no encontró ninguna pista de que ella hubiera estado allí. Tampoco nada que le dijera quién podía haber asesinado a Nick. Si había sido por una deuda de juego, ya la había pagado con creces. Con su vida.

Adam se arrodilló al lado del cuerpo de Nick, que todavía estaba caliente. Le vació los bolsillos y descubrió las cosas normales: las llaves, la cartera con algo de dinero y algunas pastillas antiácido. Casi pasó por alto un pequeño trozo de papel arrugado que tenía en el bolsillo de la camisa. Una etiqueta de envío. El nombre de la empresa no concordaba con ninguno de los que él había visto en los ordenadores de Horizon, estaba seguro. Al mirar fijamente la dirección, recordó súbitamente que estaba en el área de los muelles donde había sido atropellado Arthur Stanford. ¿Habría descubierto Arthur algo similar y habría ido a aquella zona a investigar? La mente de Adam funcionaba a toda velocidad. ¿Se habría tropezado Carolyn con algo tan peligroso?

Adam llamó a la policía y les informó de la muerte de Nick. Después condujo hacia una parte donde las calles estaban flanqueadas por almacenes y negocios relacionados con los muelles. Al mirar y leer los diferentes letreros, Adam se dio cuenta de que estaba a unos cuantas manzanas de donde Arthur había sido atropellado. La dirección que había en el trozo de papel le condujo a un edificio oscuro de tres pisos que estaba al lado de un pantalán.

¿Estaría Arthur dirigiéndose hacia allí cuando algo le llamó la atención e hizo que saliera del coche? Seguramente, fue entonces cuando alguien lo atropelló intencionadamente.

En el puesto de Nick en el departamento de distribución, le habría resultado muy fácil desviar pedidos cubriendo el nombre y la dirección de las empresas legítimas con una etiqueta que enviara el pedido a aquella dirección en la que él se encontraba. Adam aparcó a media manzana del almacén y se acercó por un lado del edificio. De repente, vio un coche solitario aparcado y lo reconoció. Era el de Buddy.

Adam corrió hacia atrás y torció la esquina. Vio dos figuras en la sombra que salían por la puerta trasera, y supo quiénes eran.

Carolyn gimió de dolor cuando Buddy la empujó y le torció el brazo por detrás de la espalda. Estaba aturdida y adormilada por una pastilla que él le había obligado a tragar, y tenía calambres por haber pasado toda la noche encerrada en un armario del almacén. Se tropezó.

Buddy le había dicho que ella sería la primera carga cuando el barco extranjero entrara en el puerto. Sus esperanzas se habían desvanecido para entonces. No creía que Adam pudiera encontrarla, así que pensó que tenía alucinaciones cuando oyó su voz.

—Déjala, Buddy —le ordenó Adam cuando salieron a la luz del día—. ¡Ahora, o disparo!

Buddy se giró y puso a Carolyn delante de él como escudo.

—Adelante. Ahórrame el trabajo de tener que embarcarla.

—Estás detenido, Buddy. Ahora tendremos que añadir el secuestro a tu larga lista de crímenes, como el asesinato.

—Oh, así que has encontrado al viejo Nick —dijo Buddy, casi satisfecho de que se le reconociera el crimen—. Siento desilusionarte, pero tiene que haber un perdedor en todos los juegos. En este eres tú.

—¡Detrás de ti! —gritó Carolyn.

El enorme tipo al que Buddy había pagado para que fuera el carcelero de Carolyn le dio un golpe y a Adam se le cayó la pistola de la mano. Pero había pasado muchas horas entrenándose en artes marciales, y de un solo golpe hizo que su atacante perdiera el conocimiento y cayera sobre la madera del pantalán.

Cuando Buddy intentó recoger el arma de Adam del suelo, Carolyn consiguió soltarse y le clavó las uñas en la cara. Él intentó soltarse gritando improperios, y cuando la golpeó y se liberó, Adam se le tiró encima y los dos cayeron al suelo.

Rodaron hasta caer al agua agarrados el uno al otro. Carolyn gritó y buscó con la mirada en las oscuras aguas, pero no había señal de ninguno de ellos.

—¡Adam! ¡Adam! —gritó.

Pero no había respuesta.

De repente, percibió un ligero movimiento a poca distancia, y notó que la

adrenalina le recorría el cuerpo. ¿Quién había salido del agua?

Se le paró el corazón y se le entrecortó la respiración. Después se le llenaron los pulmones de aire al ver que la figura que subía al pantalán era Adam.

Se tambaleó hacia él y cuando lo alcanzó, se abrazó a su cuerpo como si nunca fuera a dejar que se separara de ella.

Avisaron rápidamente a las autoridades portuarias y varios agentes encontraron, tras una corta búsqueda, a Buddy, que había conseguido subir a tierra por una de las rampas del muelle.

El juego mortal había terminado.

Adam abrazó fuerte a Carolyn.

—Vámonos a casa, cariño —le dijo.

Después de que los coches de policía se hubieran marchado, Adam quiso llevar a Carolyn al hospital para asegurarse de que estaba perfectamente, pero ella se negó.

—Por favor, llévame a casa —le rogó con la voz trémula.

Estaban agotados, magullados y pálidos. Camino a casa, en el coche, él le contó a Carolyn que Nick había sido asesinado, y le explicó que estaba convencido de que Arthur, de algún modo, había averiguado la dirección de aquel almacén y estaba inspeccionándolo cuando Buddy lo atropelló con su coche. Después, Carolyn le contó lo que ella misma había descubierto sobre Buddy, y cómo él había estado usando el ordenador de su madre y las contraseñas para entrar en el sistema, hacer pedidos falsos y borrar las órdenes una vez que se habían llevado a cabo.

Adam dejó escapar un silbido.

—Qué desperdicio. Una mente tan brillante. Si Buddy hubiese utilizado toda esa creatividad para un proyecto legítimo, habría ganado mucho más dinero que de esta forma.

—Y Susan y Nick todavía estarían vivos.

—Estoy segura de que Susan se había enamorado de Buddy, y así fue como él consiguió que hiciera lo que quería. Después, cuando ella se quedó embarazada, se dio cuenta de la verdad e intentó quemar las cajas que estaban apiladas y listas para el mercado negro.

—Y pobre Nick —Carolyn sacudió la cabeza—. Estaba entre la espada y la pared.

Adam asintió.

—Nick tenía una necesidad tan acuciante de dinero para pagar sus deudas de juego que accedió a cambiar las etiquetas de los pedidos legales con los falsos.

—Y Buddy lo asesinó cuando ya no le era de utilidad. Ahora todo tiene sentido. No sé por qué no lo veíamos.

—Así son los puzzles. Una vez que encajas la última pieza, ves la imagen

completa.

Ella apoyó la cabeza en el respaldo del coche y cerró los ojos.

—Así que, ¿todo ha terminado de verdad?

Él sabía lo que ella le estaba preguntando.

«¿Dónde vamos a partir de ahora?»

En aquel momento, tenía el camino libre para asumir las responsabilidades que entrañaba su herencia. Era libre de tomar las riendas de Horizon y demostrar de lo que era capaz. Aquel desafío inesperado haría que ella lo tuviera todo: dinero, poder y prestigio.

—Sí, todo ha terminado —respondió él con un nudo en la garganta.

Después, los dos se quedaron silenciosos.

Aunque intentaron aferrarse a sus sentimientos y a la pasión, sus responsabilidades se interpusieron a medida que pasaban las semanas. Adam tenía que atar todos los cabos de la investigación y trabajar con las autoridades para darle un final satisfactorio al caso. Pasaba en Washington la mayoría del tiempo, y lo que había entre Carolyn y él se convirtió en una relación a distancia.

Carolyn supo que Adam Lawrence eran en realidad el primer y segundo nombre de pila de Adam. En realidad, se apellidaba Anderson. Era el señor Adam Anderson. El nombre real y completo no le resultaba familiar, y parecía un símbolo de la distancia creciente entre ellos.

Della y Jasper se quedaron conmocionados con el engaño de Buddy, y tuvieron reacciones inesperadas hacia Carolyn, tanto en casa como en la fábrica. Della estaba devastada por lo que había hecho su hijo, y se mostró muy dispuesta para enseñarle a Carolyn todo lo que necesitaba saber acerca de Horizon, durante horas y horas. Carolyn se dio cuenta de por qué su abuelo había dejado la empresa en manos de aquella mujer inteligente y capaz.

Jasper permitió que se estableciera una relación diferente con su sobrina. Se sobrepuso a los resentimientos del pasado y miró todo lo que había ocurrido desde una perspectiva diferente. Incluso Lisa aceptó las advertencias que Carolyn le hizo acerca de su aventura con Cliff.

Aunque la traición de Buddy abrió nuevos y buenos caminos, Carolyn veía su futuro con un sentimiento de pérdida.

Adam intentó compensar la distancia entre él y Carolyn enterrándose en la Agencia en Washington, D.C. Cada semana hablaban por teléfono durante horas, pero a medida que pasaban los días, las conversaciones iban centrándose más y más en las actividades que realizaban el uno sin el otro. Para Adam era evidente que Carolyn estaba conociendo otra gente, aceptando los retos que le planteaba su nueva vida y su nuevo trabajo y orientándose en el círculo social de los más ricos. Oficialmente, no había tomado las riendas de Horizon todavía, pero no faltaba mucho para que se hiciera un anuncio público.

Él estaba preocupado por cómo iban a resolverse los asuntos personales entre ellos dos, como por ejemplo, la anulación de su matrimonio. Cuanto antes, mejor, pensó, así que reservó un vuelo para Seattle y se preparó mentalmente para enfrentarse de la mejor forma posible el daño que iba a causarle.

Carolyn estaba esperándolo en su suite, y él soltó un gemido cuando la vio. Llevaba el vestido rojo de seda que le recordó cada beso y cada caricia que había depositado en su cuerpo exuberante. Adam nunca la había visto como una seductora, pero mientras se acercaba lentamente hacia él, supo que estaría perdido si se rendía ante la sonrisa tentadora de sus labios.

—Tenemos que hablar —le dijo rápidamente, con los brazos pegados al cuerpo, en vez de abrazarla tal y como le ordenaba su corazón.

Ella asintió, sonriendo todavía.

—Sí, me siento como una equilibrista que está a punto de caer sin red de seguridad. Y quiero asegurarme de que tú estás ahí para recogerme.

—No vas a caer, Carolyn —le dijo con firmeza. Las palabras de ella, y su sonrisa, solo conseguían intensificar la tristeza que sentía por tener que terminar con aquella relación—. Tú vas a tener un éxito maravilloso en el mundo de los negocios, y lo sabes. Tienes todo lo que se necesita para sacar adelante todo lo que se te ocurra.

Ella se acercó a él, lo suficiente como para que su perfume le llenase las fosas nasales.

—Me alegra oír eso, porque he tomado una decisión. No quiero tener éxito en el mundo de los negocios. Nunca lo he querido. Quiero ser médico. La mejor médico de Washington, D.C.

Durante un minuto, la mente de Adam se quedó en blanco. Aquella conversación no iba a ser tal y como él había pensado.

—¿Qué estás diciendo?

Ella le acarició la mejilla con las puntas de los dedos.

—Es muy sencillo, cariño. Voy a dejar Horizon en manos de Della y Jasper, y voy a mudarme con mi marido a Washington. Estoy preparada para ser la señora de Adam Lawrence Anderson, o la señora de comoquiera que te llames en este momento.

Él sonrió al tomarla en brazos, y el beso que le dio le confirmó a Carolyn que la aceptaba de todo corazón.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com